



## EL CALOR SOLAR Y LA VIDA <sup>(1)</sup>

---

### I

**S**EÑORES: Creo proceder con toda la franqueza propia de nuestro carácter aragonés, al advertiros que el tema que me propongo desarrollar, no gozará de las bellezas de un asunto literario, ni de los profundos conceptos de un tema filosófico, ni de los esplendentes relatos de una narración histórica, pues me he de limitar á exponer lisa y llanamente ante vuestra ilustrada consideración algunos datos relativos á un tema de capital importancia, puesto que se encamina á investigar la influencia que el calor solar ejerce en la vida de los seres organizados.

La falta de amenidad de los asuntos científicos no debe ser causa bastante para que los releguemos al olvido, porque

---

(1) Tenemos el gusto de publicar en nuestra REVISTA las dos conferencias que, para desenvolver cumplidamente tema de suyo tan importante, ha dado en el Círculo Aragonés el ilustrado joven D. Antonio Vela y Herranz, auxiliar del Observatorio astronómico de Madrid, mereciendo unánimes y entusiastas aplausos de sus oyentes.

El distinguido alumno de la facultad de ciencias, Sr. Vela, es uno de los jóvenes de más brillante porvenir por su claro entendimiento y decidida afición al trabajo.

siempre hemos de tener presente que á las ciencias experimentales habremos de acudir muchas veces en busca de datos para el adelanto y progreso de otros órdenes de conocimientos.

Y en verdad, señores, que la misma filosofía, la ciencia madre y fundamental, la ciencia de los principios y esencia de las cosas, de lo permanente é inmutable, y en la que la inducción desempeña un papel tan importante, hallaríase muy desvalida sin el poderoso auxilio de la observación y de la experimentación, palanca poderosa para el adelantamiento y progreso de la ciencia. ¿Qué resultado produjo el *à priori*ismo filosófico de los griegos? Errores y absurdos, entre los que descuella como luminosa antorcha algún vislumbre de verdad, debido á la poderosa intuición de genios, como el filósofo de Estagira. Y cuenta que el mismo Aristóteles, cuando quiere explicar algunos fenómenos físicos, haciendo aplicación de ciertos principios generales no deducidos de los hechos, llega á consecuencias tan absurdas, como la de los movimientos naturales y no naturales, la de los principios opuestos caliente y frío, seco y húmedo, y las que deduce respecto á las cualidades de los cuerpos, que supone procedentes de cualidades ocultas, pasadas las cuales es inútil investigar más. Y de todos modos, Aristóteles, Teofrasto, Arquímedes, Hipócrates, Celsio, Diucárides, Plinio, Vitrubio, Columela, Séneca, Galeno, Alberto el Grande, Rogelio Bacón, Raimundo Lulio, y algunos otros sabios griegos, romanos y de la Edad Media, no son más que estrellas fugaces que dejan su refulgente estela en el campo de la ciencia; pero que no forman verdadero centro de un sistema científico. Hay que avanzar hasta encontrarnos con el gran canciller de Inglaterra para hallar la base firme é indestructible de los estudios científicos; la escrutadora mirada de Bacón la ha puesto patente; partid de los hechos, y de peldaño en peldaño, os elevaréis á la cima de los principios. La observación y la experimentación; he aquí el punto de apoyo para remover el mundo científico; ponedlas en mano de Galileo, y él os dirá que la tierra se mueve, por más que los escolásticos quieran pararla; dadle estos instrumentos á Lavoissier, y os pondrá en

posesión de las leyes de la materia en sus múltiples combinaciones... pero, ¿á qué seguir adelante vagando por horizontes sin límites? Doquiera que dirijáis vuestras miradas, encontraréis algo que personifique la apoteosis de la ciencia; allá veis la fuerza poderosa del vapor que impulsa con rapidez vertiginosa á aquella máquina que ora cruza ríos y atraviesa montes, ora desafía la pujanza del proceloso mar; más allá veis unos sencillos alambres que llevan en raudo vuelo vuestro pensamiento á lejanas tierras; es el telégrafo eléctrico mensajero de la idea; en otra parte, el hombre hace servir á la luz de fiel dibujante, y como si todo esto no fuera bastante, se arma del telescopio, y dirigiendo su vista hacia la azulada bóveda, descubre nuevos mundos que ni aun sospechados fueron ¡Maravillosos resultados de la ciencia experimental; los agentes naturales que tal vez sirvieron y aun en ocasiones sirven á las gentes sencillas de terror y espanto, domados y sujetos á forzosa esclavitud, para servir al Rey de la tierra; la lanzadera y el trípode, moviéndose por sí solos, como ya presentía Aristóteles; el universo abarcado en una sola mirada en toda su grandiosidad y magnificencia! ¡Qué diferencia de aquella raquítica concepción del universo á la que proclama la moderna ciencia, que ofusca nuestro ánimo al considerar tanta grandeza, dentro de un sublime principio de unidad! No está reducido el universo á un astro opaco (la tierra), iluminado por dos lumbreras que señalan el día y la noche, y desde el cual se percibe una azulada bóveda tachonada de puntos brillantes, no; el universo es materia en movimiento, impulsada por una energía universal, que se diversifica en múltiples y variadas manifestaciones, unas explicadas y conocidas, otras que aún no han salido de la categoría de incógnitas; la tierra es un átomo que gira así como otras tierras sobre las cuales no se le puede conceder privilegio alguno alrededor del sol, y éste, acompañado de gran número de pequeños astros, no es más que una molécula del universo, que gira al mismo tiempo que otros mundos y otros soles por la inmensidad de los espacios en armónico conjunto, impulsados por un movimiento inicial, movimiento que producirá calor, calor que se trasformará en trabajo y vida, vida traba-

jo y calor, que dejarían de existir si cesara este movimiento hijo de la energía universal.

El movimiento: he aquí la última palabra de la ciencia para dar explicación á muchas de las cuestiones, que antes fueron insensibles arcanos; todos cuantos fenómenos podemos estudiar no son más que esto; transformación de movimiento, fórmula sublime dentro de su sencillez. De ella partiremos para el desarrollo de nuestras ulteriores investigaciones.

Movimiento vibratorio de la materia ponderable; he aquí la definición del calor. Movimiento vibratorio del éter, he aquí la idea de las radiaciones caloríficas. El movimiento es calor y el calor es movimiento. Ved al salvaje de las islas de la Oceanía; coge dos pedazos de madera, y moviendo rápidamente sus brazos, los somete á un enérgico frotamiento; persiste un rato en esta ruda tarea hasta que al fin se detiene; su respiración es fatigosa, el sudor baña su bronceado rostro, el rápido movimiento que ha producido se ha transformado en calor; pero mirad, el leño que tiene en la mano echa humo, está encendido; le aproxima á sus labios, sopla, es decir, arroja sobre él una columna de aire en movimiento y se produce la llama que le servirá para calentar la comida, que introducida en su estómago, producirá nuevo calor, dispuesto á volver á transformarse en movimiento. Venid ahora á la culta Europa, ó trasladados á una de las jóvenes repúblicas de la América; mirad ese ferrocarril, que parece poseído del vértigo de la carrera; ¿quién lo mueve? No son las brujas ni arte de magia, es el calor; vibró el eter en remotas edades y el astro del día nos envió solícito inmensas cantidades de calor, que no sólo hicieron el gasto diario, sino que aún quedó bastante, almacenado en inmensos depósitos carboníferos; no está perdido; en el siglo XIX sufrirá nueva transformación, y vaporizando el agua de cilíndrica caldera, hará que se mueva esa máquina que arrastrará con poderoso impulso millares de toneladas.

¿No veis también retratado el mismo fenómeno en la vida social? Es aquella una agrupación falta de movimiento, por cualquier causa, ¿y qué sucede? Sobreviene el marasmo

y tras él el frío de la muerte, y la agrupación sucumbe.

Pero basta ya de preámbulos y entremos de lleno en el asunto que me propongo desarrollar con la brevedad que me imponen, por una parte la angustia del tiempo, y por otra, mi deseo de proporcionaros la menor molestia posible. La limitación de la humana inteligencia hace preciso en todo asunto el establecimiento de un orden ó método para llegar de la manera más cómoda y fácil á la posesión de la verdad. Obedeciendo á esta necesidad, he dividido la cuestión en tres partes, que se deducen naturalmente del enunciado del tema: trataré en la primera del calor solar, en la segunda expondré las consideraciones referentes á la fuerza vital, ocupándome, por último, de las mutuas relaciones que entre ambas fuerzas existen.

### CALOR SOLAR

Siendo el calor solar el primer punto en que he de ocuparme, paréceme conveniente exponer algunas ideas referentes al foco de donde proviene.

El sol es indudablemente el astro supremo de nuestro sistema planetario, y digo que es el astro supremo, por ser el centro alrededor del cual giran todos los demás, respecto á los cuales tiene dimensiones enormemente grandes. Todos los planetas, con sus correspondientes satélites, todos los asteróides y los cometas en conjunto, no bastarían para darnos la más remota idea de un astro 600 veces mayor que el conjunto de todos ellos, y á ninguno de los cuales se parece, no solamente en lo que á la magnitud se refiere, sino en lo concerniente á la constitución física, objeto de tantas hipótesis que van cayendo sucesivamente al duro golpe de la razón muda de los hechos, surgiendo otras nuevas, cada vez más satisfactorias; pero no lo suficiente para tranquilizar espíritus escrupulosos y enemigos de admitir teorías que, aunque de bello aspecto, no se formen de verdades inconcusas.

Las dimensiones del sol pueden obtenerse por comparación con las de nuestro planeta, observando el diámetro aparente del primero y la paralaje del segundo, ó sea el ángulo

bajo el cual se vería la tierra si desde el sol se la observase. Y como los radios de dos globos vistos á la misma distancia son proporcionales á los ángulos bajo los cuales se ven, se infiere por una sencilla proporción el valor del radio solar, que es 108 veces mayor que el de la tierra, ó sea  $108 \times 6.366$  kilómetros. Con este dato se deduce fácilmente el valor de la superficie y volumen del sol, que son respectivamente 12.000 y 1.300.000 veces mayores que análogas dimensiones de nuestro planeta.

Para formarnos una idea clara de las magnitudes relativas de estos dos cuerpos celestes, pongamos un ejemplo en pequeñas proporciones: supongamos que un globo terrestre de los usados en nuestros establecimientos de enseñanza tenga un diámetro de 40 centímetros; un globo solar que guarde relación exacta con esta magnitud, debe tener un diámetro de 43 metros, y si, por el contrario, el globo solar tuviese de diámetro 40 centímetros, el terrestre debía tener dos milímetros de radio.

En cuanto al aspecto que el astro en cuestión nos ofrece, todos sabéis que el disco solar presenta porciones menos iluminadas que el resto, y que por contraste se nos presentan como negras manchas, y así se denominan, ofreciendo además trozos más iluminados que la demás superficie, á los que se llama fáculas, fáciles de reconocer, tanto éstas como aquéllas, cuando el sol se halla cerca del horizonte.

La existencia de las manchas sirvió al astrónomo Fabricio para demostrar el movimiento de rotación del sol alrededor de un eje casi perpendicular al plano de la eclíptica, y que se verifica en veinticinco días y medio, tiempo doble del que emplea una mancha en pasar del borde oriental al occidental del disco solar.

Creo pertinentes al asunto algunas ideas relativas al origen y constitución de nuestra estrella. Cuestiones son estas ante las cuales la ciencia ha permanecido muda durante mucho tiempo, y con prudencia conveniente, porque, para estudiar cuerpos tan distantes, los siglos deben considerarse como días; y sólo podrán emitirse ideas razonadas cuando sea suficiente el número de pacientes observaciones que en varia-

dos lugares de nuestro globo se hayan verificado por personas de reconocida competencia.

Hoy día las ciencias naturales poseen un inmenso arsenal de datos para poder emitir la hipótesis, generalmente admitida, de que todo el universo ha sido formado á expensas de materiales, primitivamente diseminados en el espacio inmenso, reuniéndose, en virtud de sus acciones recíprocas, en torno de variados centros, empezando la materia á atraer á la materia, obedeciendo á un supremo impulso, que tendría efecto en tiempo de que no podemos formarnos idea, pues nuestra inteligencia se ofusca y nuestro ánimo se aterra al considerar la infinidad de millones de años que han debido trascurrir para el redondeamiento de los inmensos globos que navegan en el espacio; para la formación de la costra de los planetas, y en fin, señores, para que en estos últimos haya sido posible la existencia de seres organizados, sencillos unos, pero siempre con suficientes órganos para el desempeño de sus funciones vitales, y complicados otros hasta el extremo del sér racional; formando todos un conjunto armónico que, sobre un solo cuerpo celeste, puede darnos idea del poder infinito del *Sér Creador*, como el incomprensible universo móvil nos da á conocer por sus efectos al Autor y Esencia de las leyes inmutables de la Naturaleza.

Habiendo debido pasar la tierra, según esta hipótesis, por el estado de fluidez ígnea en que el sol se halla, resulta que en su superficie se ha producido un enfriamiento que la ha solidificado hasta cierta profundidad, pero que se ha verificado en un tiempo insuficiente para producir el mismo efecto en un astro cuya masa es 300.800 veces mayor que la de nuestro planeta.

Al astrónomo Wilson se debe la primera teoría razonable acerca de la constitución del sol; consiste en suponerle formado por un núcleo oscuro, cubierto de una atmósfera de gases incandescentes, á que dió el nombre de fotósfera. En dicha atmósfera se originarían, según esta hipótesis, violentos y continuos movimientos, que darían origen á desgarraduras al través de las cuales podría verse el núcleo oscuro; explicando de este modo el origen de las manchas solares

respecto de las cuales ya había probado dicho sabio que únicamente puede darse satisfactoria explicación de las diversas configuraciones con que se nos presentan en el curso de las rotaciones solares, admitiendo que son cavidades, y cavidades enormes por muchas de las cuales cabría holgadamente nuestro globo.

La existencia de la fotósfera ha sido plenamente confirmada por Arago, quien demostró por procedimientos ingeniosos y convincentes que la superficie del sol es gaseosa, sin olvidar que debe tener en suspensión partículas sólidas incandescentes á juzgar por el vivo resplandor que nos envía.

En cuanto á la constitución interna de dicho astro, afirma el célebre astrónomo francés Mr. Faye que toda su masa es gaseosa, teniendo la porción central una temperatura tan elevada, que no puede haber combinación química posible entre los elementos que la forman, pues éstos deben hallarse disociados; pero en la superficie que gozará menor temperatura, á causa de la pérdida de calor por irradiación á los espacios, podrán verificarse las combinaciones, produciendo vapores que, acumulados en forma de nubes, bajarán por su peso á las capas centrales, donde se disociarán nuevamente; estas corrientes descendentes darán origen á otras ascendentes, que alimentarán la combustión superficial; y del mismo modo que en la tierra tenemos corrientes aéreas que azotan su superficie y se elevan á grandes alturas de la atmósfera, así también en el sol se verificarán corrientes análogas de toda clase de vapores incandescentes, produciendo gran agitación en la superficie de este astro, y cambiando el número, orden y disposición de sus manchas y penumbras; sin que estas consecuencias deban parecernos atrevidas ó motivadas por entusiasmo que haya podido producir exageración, pues de todos los hechos en que se apoyan y de muchos más se convencerá todo el que, si no puede hacer observaciones por sí mismo, lea con atención la preciosa obra que sobre tan importante asunto nos ha dejado el ilustre P. Sechi, dedicado durante tantos años al estudio y contemplación de un astro, digno de la contemplación y el estudio de todos los seres humanos, puesto que todos vivimos de la energía que

de él nos viene, y sin embargo, somos tan ingratos, que solamente le recordamos cuando, por su distancia á nosotros, nos envía menos calor que el que para vivir con comodidad necesitamos, ó cuando, por ocultarle las nubes, no puede hacer llegar hasta nuestras semillas los ardores necesarios para su completa madurez.

En cuanto á los elementos que entran á constituir su masa, el admirable espectroscopio, debido á Kirkoff y Bunsen, nos acusa la presencia en la masa solar del hierro, níquel, calcio, hidrógeno y muchos otros cuerpos que constituyen la tierra; y si bien no se ha podido averiguar hasta el día la presencia en aquella masa del oro, la plata ni el platino, en cambio no hemos hallado en la superficie de la tierra el helium, nuevo metal sospechado en la masa del sol.

Ya diréis que soy pesado en apuntar datos acerca de este astro, pero á todo lo que necesita base hay que dársela en primer término, de modo que lo que he insistido en lo dicho ha sido en gracia de la brevedad de lo que me queda por decir, y que, no olvidando los hechos citados, comprendéremos fácilmente. Tratemos, pues, de formarnos una idea de la cantidad de calor emitido por el sol y del recibido por la superficie terrestre. El procedimiento que inmediatamente se ocurre es averiguar la cantidad de dicho agente que irradia la unidad de superficie solar y la que recibe la unidad superficial de nuestro planeta; deduciendo después por cálculos sencillos la integral de calor que emana del sol y la del que recibe la tierra.

Importa, por consiguiente, averiguar qué cantidad de calor recibe la unidad superficial de nuestro suelo; problema erizado de dificultades, y que sólo aproximadamente ha podido determinarse, por ser tantos y tan variables los elementos que influyen y deben tenerse en cuenta para la más exacta determinación del resultado apetecido. Fácil sería, en efecto, calcular la cantidad del calor que recibe cada punto del globo, si aquélla dependiera únicamente de la posición geográfica de cada localidad, pues entonces la temperatura iría disminuyendo constantemente desde el ecuador hasta los polos; variaría en armonía con el movimiento de traslación

de la tierra, y se modificaría regularmente, según la inclinación del plano del ecuador sobre la eclíptica.

Pero no existe tal regularidad, porque no todos los puntos del globo tienen la misma elevación sobre el nivel del mar, ni gozan de una atmósfera de igual transparencia; viniendo á complicar la cuestión los vientos frecuentes que reinan en cada localidad, la proximidad á los mares, las corrientes marinas, la frecuencia de las lluvias, y otras causas de menos consideración.

De todas estas causas, la que juega un papel más importante en la distribución del calor sobre la superficie de la tierra es su envoltura gaseosa; ésta absorbe gran parte de los rayos caloríficos que del sol emanan, moderando su acción durante el día, é impidiendo que durante la noche sufra la tierra un descenso considerable de temperatura, á consecuencia de la irradiación á los espacios interplanetarios que se encuentran á la asombrosa temperatura de  $140^{\circ}$  bajo cero, según los cálculos de Mr. Pouillet, á quien se deben los más importantes trabajos sobre estos asuntos. Nuestro planeta recibe solamente la mitad del calor que el sol le envía, pues la atmósfera absorbe la otra mitad con ligeras diferencias.

El procedimiento que empleó el eminente físico citado para determinar la cantidad de calor solar recibido por la superficie terrestre, es ingeniosísimo. Hizo uso de un sencillo aparato de su invención, llamado pirheliómetro ó medidor del calor, con el cual, y al cabo de repetidas observaciones, dedujo, por simples operaciones aritméticas, el aumento de temperatura que el sol ocasionaba durante un minuto en una cierta cantidad de agua destilada, actuando sobre un centímetro cuadrado de superficie cubierta con negro de humo.

Los resultados obtenidos por Pouillet han sufrido modificaciones á medida que se han perfeccionado los aparatos y se han repetido las experiencias. Además, en su época se creía que el negro de humo tenía un poder absorbente absoluto, lo cual, por no ser exacto, motivó que los resultados por él obtenidos fuesen evidentemente menores que los verdaderos.

Avanzando las ciencias físicas, se han descubierto nuevas

propiedades, que introducidas como elementos para la más acertada resolución del problema, modifican los resultados obtenidos por procedimientos anteriores.

Sería inacabable este pesado relato, si hubiera de detenerme en exponer los perfeccionamientos introducidos en el método de Pouillet, por los varios é ilustres observadores que á tan importante asunto han consagrado su inteligencia.

Sólo diré que se ha llegado á obtener, para la resolución del problema, una fórmula sencilla, de exactitud probada por muchedumbre de experiencias, y uno de cuyos elementos representa la cantidad de calor solar que llega á un centímetro cuadrado de superficie en el límite superior de la atmósfera. De esta manera se puede calcular la cantidad de calor que recibiríamos del astro luminoso, si la capa gaseosa no existiese. Inmediatamente puede saberse cuál es la cantidad que la tierra recibe realmente, conociéndose como hoy se conoce el coeficiente de trasmisión de la atmósfera.

Pues bien: si ésta no existiera, cada centímetro cuadrado de la superficie de nuestro globo recibiría en un minuto  $1^{\circ}, 8$ , es decir, la cantidad de calor que se necesita próximamente para elevar dos grados la temperatura de un litro de agua. Si esta cantidad se multiplica por 60 y por 12, obtendremos la expresión del calor que la misma unidad de superficie recibe en un día; multiplicando el número así obtenido por 365, obtendremos la cantidad de calor recibida en un año; y así sucesivamente se puede calcular la cantidad de calor recibido durante un período cualquiera de tiempo, ya por una porción determinada de nuestro suelo, ya por toda la superficie de la tierra.

Como los resultados que se obtienen son números que sólo dicen á la inteligencia que representan enormes cantidades, de las que casi no nos podemos formar idea, se apela ordinariamente á comparaciones prácticas, que preparen la idea, para que pueda más fácilmente ser asimilada por el espíritu. Y se hacen en esta forma:

Sabemos que para fundir un kilogramo de hielo se necesitan 79 calorías; luego por simples operaciones aritméticas, podemos saber qué cantidad de hielo puede fundir el calor

que la tierra recibe realmente del sol, el que de este astro llega á la superficie externa de la capa que nos envuelve, y el que el sol irradia en todas direcciones á los infinitos espacios etéreos.

Según esto, el calor que la tierra recibe realmente del sol en un año, que expresado en calorías es, como hemos dicho antes, la mitad de  $1^{\circ}$ ,  $8 \times 60 \times 12 \times 365$  por centímetro cuadrado, suponiendo que la otra mitad es absorbida por la atmósfera, es suficiente para fundir una capa de hielo de 25 metros de espesor que la envolviese. Es decir, que si nos castigara la Naturaleza, colocando sobre nosotros una capa de hielo del espesor citado, en lugar de la capa de agua de 15 codos, que alguien cree haber existido en otros tiempos; no por eso desaparecería la vida orgánica de nuestro globo, sino que los animales acuáticos seguirían viviendo en el agua, que por ser más densa que el hielo bajaría hasta alcanzar el contacto con la tierra; el líquido iría aumentando y disminuiría apresuradamente el agua congelada, á expensas del fuego continuo que llegaría del sol, el cual no dejaría perecer á uno de sus planetas, sino que al cabo de un año podrían los animales que habían permanecido encerrados en una corona esférica, ascender á la superficie exterior para admirar la presencia del astro radiante de calor y vida, cuya vida y cuyo calor aprovecharían aquellos animales encargados de conservar el reino animal sobre la tierra, propagándose, modificándose y extendiéndose.

Los valores que hemos considerado, representan solamente la parte de energía térmica que del sol recibe el planeta que habitamos. El calor total que del sol se desprende, podemos determinarlo por un cálculo sencillo, en que conociendo qué cantidad de dicha fuerza recibe un metro cuadrado, por ejemplo, de la superficie de la tierra, á distancia de 150 millones de kilómetros del foco calorífico, se averigua la cantidad que dicha superficie recibiría si se la llevase á contacto con el sol. Esto equivale á conocer la cantidad de energía térmica que emite un metro cuadrado de la superficie solar y permite calcular la cantidad que, en todas direcciones, emite dicho astro.

Mr. Faye fija este valor en un número expresado por 3577 seguido de 27 ceros.

En honor á la verdad, debemos tener presente que estos valores sólo pueden ser aproximados porque las experiencias se hacen en pequeñas proporciones, y los resultados siempre irán afectados de un pequeño error, que crece al tomar el número aproximado como base para calcular con él enormes cantidades.

Dice el físico Mr. Pouillet, que el calor total que del sol procede, sería capaz de fundir en un día una capa de hielo de 17 kilómetros que le rodease, y el sábio inglés Mr. Tindall, dice que con dicha energía térmica, se podría hacer hervir en una hora una masa de agua de 3 billones de kilómetros cúbicos á la temperatura de 0°.

Otra observación muy curiosa añade el célebre astrónomo Herschel. Para apagar el sol, dice, sería necesario lanzar constantemente sobre su superficie una columna de hielo de 70 kilómetros de diámetro y 30.000 de altura, con una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo.

Lo cual nos dice que no es fácil apagar nuestro astro vivificador, que no quedarán los planetas sometidos á su dominio sumergidos en eternas tinieblas, que no quedarán yerros, sin vida, que no serán condenados á un frío absoluto, sino que seguirá brillando y resplandeciendo, alentando á todo su cortejo de astros opacos en el camino que con ellos hace con rumbo á un punto celeste, alumbrado por estrellas de la constelación Hércules, y al que no se sabe si llegaremos algún día.

Dispensadme que os exija un último esfuerzo de atención, antes de despedirme de vosotros. Si he conseguido mi propósito, es decir, si he logrado que os forméis una idea del gasto de energía calorífica que en el astro de que nos hemos ocupado tiene efecto, estoy seguro de que se os habrá ocurrido esta pregunta: ¿No disminuirá la potencia calorífica del astro luminoso, por causa de tan inmensa radiación? ¿Se notará después de muchos siglos disminución de su calor radiante? Y finalmente, ¿llegará un día en que se acaben los manantiales de vida que nos envía?

Estas preguntas, que inquietan sin cesar la mente del hombre pensador, han dado motivo para que se plantee en la ciencia una cuestión tan trascendental, cual es la indagación de la verdadera causa de la incandescencia de las estrellas; porque mal podremos discurrir sobre las pérdidas de calor que en el sol pueden verificarse, si no conocemos los medios que tiene para producirlo. Todos los que conocemos, pueden reducirse á dos esenciales: las *combinaciones químicas ó combustiones y el choque*.

A la primera de estas causas no debe su origen el calor solar, porque, suponiendo que la masa del astro en cuestión estuviese formada por los cuerpos de mayor capacidad calorífica que conocemos, y calculando la cantidad de aquella fuerza que tal masa puede producir, se deduce que el sol debía haberse apagado al cabo de 2.000 años de emitir calor; consecuencia contraria al testimonio de la historia, que nos dice haber brillado tal estrella, con el mismo resplandor, durante mayor lapso de tiempo, y opuesta por completo á las doctrinas geológicas, que nos enseñan, que no ya por miles, sino por millones de años debe contarse su existencia.

Mr. Mayer, creador de la Termodinámica, atribuye la incandescencia del sol al choque de materiales atraídos por aquél desde distancias inmensas. Haciendo los cálculos necesarios para confirmar su hipótesis, deduce dicho eminente físico que para mantener la radiación solar, sería necesario que cayesen cada año 1.260 kilogramos de materiales sobre cada metro cuadrado de la superficie del sol.

Pero según esta hipótesis, la masa solar hubiera experimentado á esta fecha un incremento que se hubiera hecho sensible por la aproximación de los planetas hacia dicha masa, y por el aumento de velocidad que en sus movimientos hubieran experimentado. Como los hechos observados dicen lo contrario, tampoco esta hipótesis resuelve la cuestión.

Otra hipótesis debida á Helmholtz, se funda en la consideración de que las moléculas que constituyen el sol, debieron estar en su origen bajo la forma caótica ó de nebulosidad. La aproximación de las moléculas ha debido producir gran cantidad de calor, y el resultante de la condensación de

la masa solar, bastaría, según cálculos del físico citado, para mantener la radiación solar todavía durante unos 20 millones de años.

Por no molestaros más, señores socios, no he de extenderme en consideraciones referentes á todas estas hipótesis, que, si bien ninguna aclara por completo la cuestión, siguen todas progresión creciente en su perfeccionamiento. Poderosos telescopios nos traerán los astros á mejor alcance, y la Astronomía nos resolverá la cuestión.

Entretanto, el hombre, tenaz en sus indagaciones, no estará tranquilo mientras no conozca una explicación razonable de este hecho, en que intervienen, por una parte, un astro magnífico, espléndido de luz y calor, que se trasforma aquí en vida y trabajo, y por otra, una inteligencia libre que no divisa el círculo por donde vuelven á su primitivo origen ese trabajo y esa vida, y que por tanto, es aguijoneada por el deseo innato de saber que la guía sin reposo á la adquisición y goce de la santa verdad.

He dicho.

*(Se concluirá.)*





# LA ESTÉTICA MUSICAL EN FRANCIA

(Continuación.)

## TERCER ARTÍCULO

### PSICOLOGÍA DE LA ORQUESTA Y DE LA SINFONÍA



APLICANDO el método experimental á los hechos psicológicos y físicos, ha quedado ya demostrado anteriormente que todo instrumento músico es una voz, y también de una manera exacta, que un instrumento debe tanto más considerarse musical, cuanto más analogía tenga con la voz humana, cantando sin palabras. Así se descarta la teoría que supuso que la música instrumental podría casi concebirse fuera del hombre. Es importante dejar sentado que los mejores y más modernos estéticos franceses atribuyen una voz personal, individual y caracterizada á los instrumentos más expresivos, y que, lejos de ser solamente metáforas sus afirmaciones en este punto, están confirmadas por experimentos de acústica fisiológica y por los de Mr. Henri Helmholtz principalmente.

La demostración no es, sin embargo, todavía completa. Queda por investigar ahora—según dije al final de mi último artículo—si la composición instrumental, si la obra escrita

para la orquesta, para instrumentos solos, es también vocal de una manera apreciable. Hay que ver si existe derecho para decir con Mr. Pillaut que toda melodía instrumental supone ó espera palabras y que, por consiguiente, la melodía puramente instrumental no existe.

Respecto de esto y de lo que atañe al poder expresivo y vocal de los instrumentos, no han de hacernos falta testimonios muy serios. Una vez más nos encontraremos en estado de constituir una estética musical francesa, desconocida hasta ahora, ó cuando menos desapercibida, porque no ha tenido suficiente conciencia de sí misma y no ha discernido, con sus diseminados fragmentos, ni el punto de vista general ni el necesario enlace que, á cuenta y riesgo de nosotros mismos, vamos á tratar de darle aquí.

La música que algunos quieren sea la única música pura, es la instrumental, entendiéndose por tal la que no emplea más que la orquesta, sea el que fuere el número de los instrumentos que la formen. Antes de examinar la composición instrumental en sí misma, veamos si puede afirmarse que la orquesta no es más que una creación artificial por encima, por bajo, y en todo caso exterior al hombre y á su facultad vocal. Interroguemos para el caso á otros teóricos distintos de aquellos cuyos juicios ya conocemos, y sus opiniones nos probarán cuán antigua y general es la idea filosófica que aquí se desarrolla.

Cien años hace que un escritor, miembro de la Academia francesa y de la de Inscripciones y Bellas Letras, hombre de gran saber y de sagacidad ingeniosa, publicó una obra titulada *De la música considerada en sí misma y en sus relaciones con las lenguas, la poesía y el teatro*. En este libro ha expuesto Chabanon, tratado por Fetis con la más infundada injusticia, una multitud de observaciones psicológicas tan justas como perspicaces, nuevas entonces y muy admisibles, sin embargo, por la estética actual. No citaré por el momento más que las dos líneas siguientes: «Cuando la voz canta sin palabras, no es más que un instrumento» (1). Proposición

---

(1) Página 73.

ésta de rigurosa exactitud cuya recíproca contendría igualmente una verdad incontestable, y pudiera formularse así: «Un instrumento musical es una voz que canta sin palabras.» Y entonces resulta, como consecuencia forzosa, que la orquesta entera no es más que un conjunto de voces que cantan sin palabras.

Explicado este concepto por los teóricos, no alcanza siempre toda la claridad y toda la sencillez de que es susceptible. Hay autor que, no permitiendo que se niegue una significación psicológica á las frases instrumentales, y exigiendo que se reconozca en ellas la presencia de la idea, no llega, sin embargo, á ver y á decir que lo que se llama una idea no puede expresarse, ni siquiera muy imperfectamente, sino con el órgano de una voz. Esta última palabra, que es cabalmente la precisa, no se ha dicho aún, pero falta muy poco. Tentaciones nos dan de apuntársela al maestro que no cae en ella. Antonio Reicha ha escrito: «Es inexacto afirmar que la música aislada y sin auxilio de las palabras obra sólo vagamente, no presenta ninguna idea y no es una lengua.» Reicha se equivoca dando el nombre de lengua á lo que no tiene palabras: es negar por una parte lo que por otra se afirma. Una lengua sin palabras es una contradicción, un contrasentido. Pero Reicha está tan cerca de lo verdadero que, poniendo la palabra *voz* en lugar de la palabra *lengua* de que se ha servido, la frase queda intachable. Otra parecida puede leerse en el *Manual* de Choron y Adriano de Lafage, y advierto naturalmente que exige la misma corrección: «Cuando un hombre del pueblo da su parecer acerca de una romanza que cante su hija, no separa en su juicio la música de las palabras: para él estas dos cosas son una misma. Si oye un violín, bueno ó malo, ejecutando un vals ó una contradanza, atribuye al tono una idea que le interesa» (1). En otros términos, el violín es una voz que le canta alguna idea interesante, de la misma manera que antes la voz de su hija le cantaba palabras cuya tonada le parecía inseparable de ellas.

(1) *Nouveau manuel complet de musique vocale et instrumentale* (Colección Loret), 2.<sup>a</sup> parte, tomo III, pág. 88.

A medida que la teoría sea más segura, á medida que la crítica musical llegue á revestir ese carácter filosófico que ha de valerle el nombre de estética, terminará sus asimilaciones y pronunciará resueltamente la palabra de su pensamiento.

Entre los críticos de música, Mr. Henri Blaze de Bury ha sido uno de los primeros que se han atrevido á emplear el vocablo «estética.» No era de los que, por miedo de tomar de los alemanes esta voz, por otra parte mal construída, pero sancionada por el uso, preferirían suprimir una ciencia psicológica ya fundada y organizada. En vez de destruir la estética, procuremos crear otra mejor que aquella que algunos comprometen, abusando de ella. Es bien seguro que ni aun después de los recientes odios entre franceses y alemanes, Mr. H. Blaze de Bury no borraría ni una línea de lo que escribió hace veintiseis años... «Esta estética, decía, objeto de tantos aspavientos y que, administrada á dosis vigorosas, como algunas veces hoy se estila, por ejemplo, corre, cuando menos, el riesgo de hacer dormir á la gente, podría producir muy diferente efecto si una mano hábil y discreta cuidase de emplearla como es debido» (1). El mismo autor sostendría también, me parece, tantas páginas en que con tanto talento dió brillante muestra de saber aplicar de una manera muy hábil y discreta la filosofía á la música. Varios de los luminosos trozos de su obra nos presentan el progreso de la música instrumental, explicado principalmente por la asociación cada vez más íntima, y aun puede decirse por la identificación final de las voces y de la orquesta; de tal manera, que esta última, traspasando en gran parte la función subalterna de acompañante, cumple hasta la *obra vocal*, y sirve á veces para elevarla hasta la perfección misma. Pero oigamos lo que nos dice el eminente crítico: «...A la consciencia humana se dirige Mozart, y su melodía ha de tener por tema las pasiones y sus vicisitudes. Y al decir su melodía, quiero al mismo tiempo decir su orquesta, porque de aquí en adelante el canto y la orquesta no son más que una misma cosa, y el gran drama de la vida ha encontrado

---

(1) *Musiciens contemporains*, introducción, pág. 8, 1856.

finalmente su expresión musical... La orquesta deja, en efecto, de estar reducida desde este momento al simple papel de acompañante, teniendo una función mucho más importante: la de intervenir en la acción, desarrollando y comentando los caracteres...» (1) ¿Cómo es posible, pregunto ahora, desarrollar y comentar caracteres por medio de sonidos no articulados, si no es aprovechando el poder vocal que contienen los instrumentos? ¿Quién no comprende que sin semejante poder jamás podrían realizar ni siquiera la expresión más incompleta de un carácter? Según Mr. H. Blaze de Bury, esta facultad expresiva se manifiesta enteramente y de una manera brillante en el *Eurianto*, de Weber: «Conocido es el gran cuidado que Weber pone en el estudio de sus caracteres, que profundiza y reproduce por medio de la orquesta y de todos los recursos combinados de su arte. Pues bien; en ninguna de sus grandes obras pudo esta tarea del gran maestro ejercitarse con tanto éxito y tanta ventura» (2).— Hay en el tomo del que he copiado las citaciones hechas, un diálogo fingido en el cual uno de los personajes, hablando de la escena del Wolfsschlucht, una de las más originales del *Freyschütz*, dice:—«Afirmáis que esto es la orquesta, caballero, y os engañáis: es la voz de los elementos conjurados, es la cascada que llora, el viento que silba entre los abetos de la hondonada, es la tierra que arroja llamaradas de fuego por sus mil grietas volcánicas» (3). Más adelante investigaré hasta qué punto consigue la orquesta traducir, sin imitarlas, ciertas voces de la naturaleza; aquí me limito simplemente á tomar nota del testimonio de un juez tan competente respecto de la aptitud vocal de los instrumentos, juez que une la profundidad á la elocuencia, conociendo y señalando los peligros de una orquestación excesivamente ambiciosa. «...¿No podríamos afirmar, dice, que la orquesta es para los músicos lo que la metafísica para los poetas, es decir, un camino seguro para extraviarse y perderse si no

(1) *Musiciens contemporains*, págs. 57 y 58.

(2) *Idem*, pág. 63.

3) *Idem*, pág. 35.

tienen mucho cuidado? En la orquesta se encuentran efectivamente el sinnúmero de abstracciones de que tanto y tan donosamente se ha abusado en nuestros días; ahondando los abismos de la orquesta, se descubre todo ese filosofismo en el arte tan pernicioso en sus consecuencias y tan fatal cuando manos inexpertas quieren manejarlo y lo explotan» (1).

Tal vez sorprenda yo á algunos de mis lectores colocando al lado de Mr. H. Blaze de Bury á Héctor Berlioz con los dos títulos de estético músico y de teórico, lleno en general de moderación y sabiduría. Merece, sin embargo, ambas calificaciones. Cualquiera puede convencerse de ello, leyendo, como yo, todas las páginas de los ocho volúmenes que llevan su nombre. Allí se encontrará un hombre caprichoso, ya lo sé, un escritor fantástico, un juez temoso y muchas veces irritado y propenso á las ejecuciones sumarias; allí se encontrará un compositor que parece no sentar más que principios excesivos y no ir en busca más que de lo colosal, de lo inmenso para sacudir al auditorio con vibraciones que conmuevan sus nervios, le arranquen lágrimas y le dejen con estremecimientos y rendido. El mismo me proporciona todas las expresiones de que acabo de servirme para pintar uno de los aspectos de su naturaleza poderosa y móvil. Desconfiad, sin embargo; porque hay otro Berlioz que contradice y desmiente todo lo que el anterior afirmaba. Mientras que el primero, por ejemplo, se burla de los filósofos, á quienes llama bufones, el segundo dirige á los hombres de Estado, á los directores de Bellas Artes, á los administradores y artistas, los siguientes consejos, profundamente serios y graves, aunque siempre punzantes y llenos de ironía: «Ganad millones y podréis establecer un Conservatorio gigantesco en el que se enseñe todo lo que es bueno saber en música y con la música; en el que se formen músicos artistas, letrados y no artesanos; en el que los cantores aprendan su lengua y la historia y la ortografía, con la vocalización y hasta la música también, si es posible; en el que haya clases de todos los instrumentos útiles, sin excepción alguna, y veinte clases de

---

(1) *Musiciens contemporains*, pag. 81.

ritmo; en el que se formen inmensos cuerpos de coristas que sepan realmente cantar y leer y comprender lo que canten; en el que se eduquen directores de orquesta que no golpeen la medida con el pie y sepan leer las grandes particiones; en el que se profese la filosofía y la historia del arte, y muchas otras cosas todavía» (1). Berlioz, al propio tiempo que está esperando esa enseñanza de la filosofía y de la historia del arte, no pierde ninguna ocasión de poner á la luz del día las grandes reglas de la teoría musical. ¿Qué importa que no la bautice con el nombre de estética, si la conoce muchas veces mejor que los descendientes del padrino que tan mal nombre le dió?

A ese segundo Berlioz, filósofo á ratos y de una penetración singular entonces, es á quien voy á hacer preguntas acerca de la esencia vocal de la orquesta en general. Más adelante se las haré sobre las obras instrumentales. No tiene igual cuando toca estos dos puntos.

Así como los autores que he citado con motivo de la psicología de cada instrumento en particular, Berlioz reconoce que tiene una *voz* cada uno de los principales órganos de la orquesta. Escribe sin titubear, y toma siempre este término al pie de la letra: la voz de la bocina, la voz de las flautas, de los oboes, del violín. Dice, por ejemplo: «Los grandes instrumentos de Sax, que son relativamente á las demás *voces* de la orquesta lo que un cañón es con respecto á un fusil» (2). Sin embargo, la palabra sola no le basta, y la explica y la comenta para que se comprenda su valor psicológico y moral, añadiendo: «Y las *voces* múltiples de la orquesta que se quejan ó amenazan, cada una á su modo y á su estilo, parecen no formar más que una sola, tan grande es la fuerza del sentimiento que las anima» (3). De estas múltiples voces, un verdadero maestro saca maravillosos efectos, y sobresale en fundirlas en una voz única que obedece á sus órdenes: «Venga un compositor que sepa escribir, exclama; un com-

(1) *Les grotesques de la musique*, págs. 244 y 245.—1881. Calman Lévy.

(2) *A travers chants*, pág. 106.—1880.

(3) *Idem*, pág. 55.

positor que posea á fondo su arte, y que por consiguiente, sepa emplear la orquesta con discernimiento, con precisión, hacerla hablar con talento, moverse con gracia, jugar como un niño gracioso, ó cantar con voz poderosa ó tronar ó rugir...» (1) Según Berlioz, las propiedades inherentes á los timbres de los instrumentos llegan hasta á permitir que se les sustituya, en ocasiones dadas y con provecho del arte, á la voz del actor. «Sí, dice; los maestros de la escuela italiana son los que, con tan buen sentido como gracia, trataron los primeros de hacer cantar la orquesta y recitar las palabras de una de las partes que median entre el tiple y el bajo, en las escenas bufas en que el *canto parlato* es de rigor, y en muchas otras también en que sería absolutamente contrario al buen sentido dramático hacer que el actor cantase una verdadera melodía» (2). Hay finalmente ocasiones en que Berlioz da á las masas instrumentales el nombre muy característico de *coros de la orquesta* (3).

De los instrumentos de la orquesta pasemos ahora á las composiciones musicales. Entre los géneros á que éstas han dado origen, la sinfonía es el más conocido, el más popular, y según parece, el mejor comprendido. Tratemos, pues, de la sinfonía, antes de abordar otros tipos que son aristocráticos y de difícil acceso, como el *quatuor*, la *sonata* y el *concerto*.

Interin no se haga una historia completa de la sinfonía, Mr. Victor Wilder (4) que ha bosquejado brevemente sus orígenes, nos proporciona un resumen del que tomaré algunas frases. El sabio crítico cita en primer lugar á Jacobo Grimm (5), cuyas palabras justifican nuestra opinión psicológica: «De la recitación medida del verso han salido el canto y la canción, y del canto han salido, por un esfuerzo de abstracción, todas las demás formas de la música.» Gervi-

(1) *Les grotesques de la musique*, pág. 224.—1880.

(2) *Idem*, pág. 226.

(3) *Les soirés de l'orchestre*, pág. 184.—1878.

(4) Folletín del *Parlement* del 15 de marzo de 1881.

(5) *Alle übrige Musik*.

nus (1) hace observar que la palabra abstracción caracteriza exactamente el nacimiento de la música instrumental. Este no es efectivamente, en su origen, dice, más que una imitación del canto vocal arrancado por un divorcio violento al ritmo de la poesía. Nos parece que es un error el creer que el canto sólo se haya separado de las palabras por medio de un esfuerzo violento. Nada es más natural que el acto por el cual el canto se aísla de las palabras cantadas. Este acto se verifica á cada instante, por ejemplo, cuando alguno canta una tonada no pronunciando más que la sílaba *jah!* ó silbando la misma tonada. Si la persona que canta se dedica al mismo tiempo á un trabajo manual, le sucede muchas veces que canta alternativamente la tonada con palabras y sin palabras, como para descansar de la palabra cantada por la emisión de la voz sin articulación precisa. No hay en esto divorcio, esfuerzo ni violencia. Se falsean así los fenómenos más sencillos, más diarios, por la aplicación exclusiva ó predominante del método histórico á objetos actuales que están á nuestra vista y que sólo exigen los miremos con cuidado. Fijémonos, sin embargo, en una parte de la observación, que es verdadera y que nos importa: fijémonos en que la música instrumental deriva del canto *vocal* por un procedimiento de imitación. No decimos otra cosa, pero creemos hablar con claridad, con precisión más científica empleando la fórmula que de nuevo propongo: la música instrumental es la análoga de la voz humana cuando canta sin palabras; por consiguiente, es también una música vocal, de otra especie sin duda, pero de la misma esencia.

Desde el día en que la música instrumental está constituida en estado distinto, todas las composiciones se clasifican bajo uno ú otro de estos títulos: *pezzi da cantare*, piezas para canto, y *pezzi da sonare*, piezas para tocar. De la primera expresión viene la *cantata*, que no es al principio más que un trozo de canto; de la segunda, la *sonata*, que ha comprendido desde luego toda pieza tocada por uno ó varios instrumentos. Según el designio particular del compositor, la so-

(1) *Haendel und Shakespeare.*

*nata* toma la forma de la *ballata*, *pezzo per ballare*, piezas para bailar, ó la de la *sinfonía*, que no fué en un principio más que un prelude, una abertura, el vestíbulo de la ópera.

Esta sinfonía ó esta abertura sólo aspiraba en su origen á un papel muy modesto. Según Arteaga (1), no tenía por objeto más que imponer silencio á los que hablaban, despertando la atención del auditorio. Juan Jacobo Rousseau la considera poco más ó menos de la misma manera. He aquí la imagen que de ella bosqueja en su diccionario de música:

«En un espectáculo en que los numerosos concurrentes hacen mucho ruido, es preciso primero imponer silencio y fijar su atención por un comienzo brillante que les impresione. Después que el espectador esté ya atento, conviene interesarle con menos ruido por medio de un canto agradable y lisongero que le disponga al enternecimiento que hemos de procurar inspirarle luego, terminando, por fin, la abertura con un trozo de otro carácter, que, al enlazar con el principio del drama, imponga, por último, con cierto ruido el silencio que el actor ya puesto en escena exige de todos.»

En las primeras formas de la sinfonía se encuentran tres trozos distintos: la *introducción*, el *andante* y el *finale*, que constituyen el desarrollo de las tres partes integrantes de la abertura creada por el genio de Scarlatti. A estos tres trozos, José Haydn añade otro cuarto: el minué, tomado del *acompañamiento de orquesta* que se había formado paralela y hasta anteriormente á la sinfonía, por la simple aproximación de una serie de piezas bailables: *ballate*.

Esta breve y sustancial exposición de Mr. Víctor Wilder nos enseña casi todo lo que ha de sernos útil saber acerca del nacimiento y del crecimiento de la sinfonía. Pero á fin de que quedemos bastante persuadidos, es indispensable añadir otra cita del mismo autor en la que aparece que la psicología sale de la historia, y sobre ella proyecta la claridad más viva:

«Curiosa es la observación de que, en este trabajo de des-

(1) Arteaga, *Le revolutione del teatro musicale italiano; dalla sua origine, fino al presente*. Bolonia, 1783.

arrollo de los tres trozos primitivos de la sinfonía, el compositor de música de orquesta se ve también obligado á pedir á la música vocal sus modelos. Es efectivamente incontestable que el primer *allegro* está modelado sobre el *aria* de los antiguos maestros italianos, el *andante* sobre la *cavatina*, y el *finale* sobre el *rondó*. Puede extremarse esta aproximación hasta sus últimos límites y se puede sostener que la *coda* en la música instrumental deriva en línea recta de la cadencia ó punto de órgano de los cantores, porque en la época en que la educación musical de los vocalistas estaba más adelantada que en nuestros días, no se limitaban á hacer insignificantes trinados para terminar un trozo, sino que volvían á tomar los temas principales y los bordaban, dándoles un nuevo color, un aspecto inesperado» (1).

Vuélvase á leer con atención este excelente párrafo; reflexiónese sobre esta necesidad que ha sentido el compositor de música de orquesta de pedir para la sinfonía modelos á la música vocal, y sin dificultad podrá confesarse que los trozos que constituyen la obra sinfónica son reproducciones más ó menos modificadas, pero innegables, de las tonadas que cantaban en época anterior las voces humanas ó las que cantan también hoy mismo estas voces. ¿Qué ha cambiado? El timbre, la naturaleza física de la voz; pero lo que se oye resulta siempre una voz ó un coro de varias voces. Ni la extensión mayor, ni el poder más sonoro de la voz instrumental le quitan su carácter de tal voz. Para quien sepa mirar, manifiesta claramente su origen; se presenta ella misma como una laringe artificial, derivación imitativa, prolongación analógica de la laringe humana. Se pasa de una á otra por la transición más natural y graduada; y sería, pues, muy razonable renunciar de una vez para siempre á aquellas expresiones de arreglo violento, divorcio é independencia conquistada de que se usa y abusa para caracterizar el paso de la voz humana, cantando sin palabras, á la voz instrumental. El fenómeno que engendra la música de instrumento se explica cien veces mejor por la idea de filiación, prolongación, con-

(1) Folletín del *Parlement* del 15 marzo 1881.

tinuación variada y matizada, que por la idea de ruptura, Nada se ha roto, por el contrario: siempre se mantienen las dos formas de las que una no es más que el desarrollo de la otra. Por esto es tan fácil hacerlas andar juntas ó sustituir la hija por su madre y recíprocamente.

Este es el motivo de ser de dos clases los comentarios estéticos de la sinfonía. Unos no hablan más que de dibujo, de colorido, ideas musicales y abstracciones técnicas que, ni siquiera comprendidas por los hombres del oficio, casi nada enseñan á los mejores talentos, y son letra muerta para todos los demás. Tal es la oscuridad de estas explicaciones y tal su inutilidad también, cuando ninguna relación con la voz ni con el alma las demuestra, que los críticos ya duchos, cuando menos los que no reconocen semejante género de análisis, toman poquito á poco la costumbre de prescindir de ellas, sustituyéndolas con pormenores bibliográficos ó anécdotas acerca de la vida ó de la persona del compositor. Los comentarios de la segunda clase tienen una fisionomía, no exclusivamente, pero esencialmente psicológica. El crítico que los prefiere, ya á las conversaciones del biógrafo, ya al lenguaje árido del oficio empleado sin explicaciones, ve y hace que los demás vean, en los instrumentos de la orquesta sinfónica, seres, personas, actores que se hablan, riñen, se reconcilian, lloran, gimen y producen clamores. No hay duda que está obligado á ver, ó mejor dicho, á oír y á comprender con precisión, so pena de caer en ridículas interpretaciones; pero, si sobresale en coger el sentido de las frases y de los trozos, presentándolo en su relación íntima con los medios musicales que lo expresan, su comentario será natural, claro, instructivo, quedando como la mejor lección que pueda recoger un auditorio con dotes de inteligencia musical. Júzguese por los ejemplos que siguen.

Encontramos el primero en la *Enciclopedia metódica*, escrita por un músico compositor y teórico, llamado Momigny. Sea cual fuere el valor de las doctrinas de este autor sobre las bases de la constitución de la gama y otras cuestiones técnicas, lo cierto es que Fetis, que combate sus lucubraciones, conviene, sin embargo, en que emite juicios justos sobre la

medida, el ritmo y la parte estética del arte. Esta apreciación tiene mucho valor y está de acuerdo con la de los autores del *Manuel de musique* de la Enciclopedia *Roret*. Estos últimos vituperan la manía de innovar y la afición á falsos sistemas que han extraviado á Momigny, según dicen; pero lo califican de hombre de talento y citan en gran parte su análisis de la sinfonía en *re mayor* de Haydn, en cuyo trabajo se manifiesta, según ellos, hombre de gusto y de elevado juicio. Aquel análisis tiene, pues, cierto tipo clásico, y sin reproducirlo por entero, extraeré algunas de las frases que mejor atestiguan hasta qué punto es natural, luminosa y atractiva la interpretación psicológica.

«La introducción—dice Momigny—tiene por motivo *re, re, re, la*; y por respuesta *re, ut sostenido, ut, ut*; y este motivo parece decir: *Prosternémonos ante los dioses*.

»Una respetuosa invocación viene después de esta orden del Gran Sacerdote, y sale de los bajos, del bajón, del alto y del segundo violín...

»Parece que el primer violín, orando, suspira.

»Después de estas cuatro religiosas medidas, un *forte* repite: *Prosternémonos ante los dioses*; pero no ya en *re menor*, sino en *fa mayor*.

»La devoción aumenta, y una santa tristeza la acompaña...»

Otro importante pasaje del *allegro* en *re menor* queda explicado así:

«Mientras que los bajos, los clarinetes y el bajón dicen *si, si, si, ut becuadro, si*, ¿no veis la agitación de los violines?

»No sostiene Haydn esta agitación en los violines primeros más que durante dos medidas, pero continúa durante todo el período en los segundos.

»¿Por qué renuncia á tal movimiento respecto de los primeros violines? Para darles gritos sincopados en las notas agudas, mientras que, por medio de suspensiones, aquellos mismos gritos vienen á ser una especie de armoniosa plegaria en los instrumentos de viento.»

Este procedimiento, esta manera de personificar, lo extrema con desusada osadía Momigny en la descripción psicológica.

gica de la segunda mitad de la primera parte del *finale*:

«Era preciso pasar del *forte* al *piano*, dice. Por esto vemos que se callan todos los instrumentos de viento y hasta todos los bajos.

»El primer violín parece preguntarse á sí mismo y responder á una de las proposiciones contenidas en el contra-tema, cuya verdad parece contestada. Todos los personajes de esa gran escena escuchan primero muy silenciosos esta parte, excepto los segundos violines y el alto que responden por monosílabos, tales como *muy bien*, ó *no, no*.

»Los violoncelos y el bajón vienen luego á defender la proposición atacada por medio de las siguientes palabras que repiten: *fa sostenido, sol, la, si, ut becuadro*, etc. Todos toman parte en la disputa; el ataque y la defensa causan una agitación violenta en la sinaulia; parece que cada ejecutante da mandobles con una espada. La sinaulia y los contrabajos animan á los combatientes con afirmaciones que dan nuevo aliento á unos é irritan á los otros.

»De todo ello resulta, durante ocho medidas, una pelea sabia y un choque terrible producidos por un arte admirable...

.....

»Parece que los jefes de los [numerosos personajes puestos en movimiento dicen que habrían podido evitarse los excesos á los cuales todos acaban de entregarse.

»Una calma precursora del enternecimiento permite que hable la sensibilidad que tiene el don de convencer los corazones, en el momento mismo en que el espíritu no está todavía persuadido.

.....

»Después de las diez y ocho medidas del período anterior, el regocijo expresado por la flauta y los violines primeros anuncia el restablecimiento de la paz que se confirma en el período siguiente por el unánime concierto de las mismas expresiones y de la misma alegría» (1).

(1) Véase el libro *Nouveau manuel de musique vocale et instrumentale* de la Enciclopedia *Roret*. Segunda parte, tomo III, págs. 279 á 295.

Es difícil describir con más claridad y talento el drama tocado por la orquesta de la sinfonía y animar con más intensa vida á los actores que lo representan, nada más que por medio de su timbre propio, de su voz sin palabras sometida á las leyes musicales. No ignoro las objeciones que pueden hacerse contra este género de interpretación, y las examinaré luego.

Tengo antes que hacer constar que este método no ha pasado como un artificio de circunstancia. Ha durado, ha crecido, ha recibido reglas y se ha perfeccionado. Cerca de medio siglo después del ensayo hecho por Momigny, volvió á parecer con gran brillo bajo la incisiva y ardiente pluma de Berlioz. Aplicándolo, el autor del libro titulado *A travers chants* escribió aquel estudio crítico sobre las sinfonías de Beethoven que nadie ha igualado todavía y en el que se sobrepusó á sí mismo. No es posible, claro es, copiar aquí las cuarenta y seis páginas de que consta el admirable comentario de las nueve sinfonías del maestro. Teniendo que limitarme y pudiendo escoger, pondré á la vista del lector algunos fragmentos del análisis hecho por Berlioz de la quinta en *ut menor*, en primer lugar, porque jamás aquel crítico se ha manifestado tan admirablemente penetrante y hábil psicólogo, y luego porque he podido comprobar en una audición reciente la exactitud del mayor número de sus explicaciones.

«Parécenos que la sinfonía en *ut menor*—dice Berlioz—emana directa y únicamente del genio de Beethoven; su pensamiento íntimo es el que desarrolla en ella; sus secretos dolores, sus concentradas iras, sus ensueños preñados de un abatimiento tan triste, sus visiones nocturnas, sus bríos y entusiasmos le dan el motivo; y las formas de la melodía, de la armonía, del ritmo y de la instrumentación se manifiestan en ella de un modo tan esencialmente individual y nuevo como dotado de poderío y nobleza.

»El primer trozo está consagrado á la pintura de los sentimientos desordenados que destrozan un alma grande, víctima de la desesperación; no de esa desesperación concentrada y tranquila que toma las apariencias de la resignación; no aquel dolor sombrío y mudo de Romeo al recibir la noti-

cia de la muerte de Julieta, sino el terrible furor de Othelo al oír de los labios de Yago las envenenadas calumnias que le convencen del crimen de Desdémona. Ya es un delirio frenético que estalla en gritos espantosos, ya un abatimiento excesivo que no conoce más que los acentos del pesar y tiene lástima de sí mismo. Escuchad esos hipos convulsivos de la orquesta, esos acordes dialogados entre los instrumentos de viento y los de cuerda, que van y vienen debilitándose siempre como la respiración penosa de un moribundo, y luego dan lugar á una frase llena de violencia en la que la orquesta parece levantarse, reanimada por un relámpago de furor; ved esa masa que se estremece, vacila un instante y se precipita luego toda, dividida en dos unísonos ardientes como dos arroyos de lava; y decidme si ese estilo apasionado no está fuera y por encima de todo lo que antes se había producido en música instrumental.»

Parémonos un instante. Convengo desde luego en que la palabra *voz* no se encuentra en las anteriores líneas. Sin embargo, el crítico ha observado y reconocido en el trozo de música que comenta, sentimientos que trastornan el alma grande, un furor terrible, un delirio frenético, acentos de pesar, acordes dialogados, y también pasión. Pero, para expresar semejantes estados, que son eminentemente psicológicos, ó para reproducir los acentos que responden á estos estados, jamás tuvo la humanidad medio alguno sonoro que no fuese la voz natural ó artificial. En cuanto á los gritos, á los hipos, al ruido de una respiración penosa, estos fenómenos pertenecen, sin contestación, al órgano vocal. Con todo, este origen no bastaría para hacerlos admitir en la obra musical que rechaza los ruidos informes, aunque fuesen vocales: el arte los coge; pero los modela, les imprime la forma de la entonación regulada, la del ritmo, del movimiento y de la medida; los trata, en una palabra, de la misma manera que á la voz hablada cuando quiere convertirla en voz cantada. Así, pues, decir que Beethoven ha introducido en su orquesta gritos, sollozos, hipos, es lo mismo que afirmar que ha trasformado esos gritos, esos sollozos, esos movimientos convulsivos en variedades de la voz cantada, no por la laringe del

hombre ahora, sino por esas otras laringes fabricadas que se llaman instrumentos.

En el *adagio*: «El tema propuesto en primer lugar por los violoncelos y los altos unidos, con un sencillo acompañamiento de contrabajos *pizzicato*, va seguido de una frase de los instrumentos de viento, que vuelve á ser constantemente la misma, y en el mismo tono, de un extremo á otro del trozo, cualesquiera que sean las modificaciones sufridas sucesivamente por el primer tema. Esta persistencia de la misma frase en volver á presentarse siempre en su sencillez tan profundamente triste, produce poco á poco en el alma del que oye una impresión indescriptible y que es ciertamente la más viva de esta naturaleza que hayamos podido experimentar nunca» (1). He oído hace poco tiempo la sinfonía en *ut menor*, por tercera ó cuarta vez. La frase de que habla Berlioz me ha conmovido tanto como á él, de la misma manera que á él, y en idéntica forma que lo había hecho ya en otro tiempo. Es verdaderamente, como él lo dice dos líneas más abajo, «una elegía sublime.» Nada puede igualar su angustiosa tristeza. Berlioz indica una de las causas de esa expresión de desconsuelo cuando llama la atención sobre la sencillez de la frase y sobre la persistencia obstinada con que vuelve á presentarse. Habría podido añadir á su análisis que aquella frase que oprime el corazón y arranca lágrimas, es un *refrán*. Nadie, nadie bien dotado musicalmente dejará de atribuirle á un sér que padece y canta su inmenso dolor. Por lo demás, el mismo Beethoven confesaría que así es como él sentía al escribir. «...Para él, las personas se convertían en instrumentos, mientras que esos instrumentos, animados á su vez, penetrados de la idea artística, se trasformaban en personas, y esas cosas de madera y de cobre, cobrando repentinamente vida, obedecían á su voluntad y se modelaban á su imagen. Un día en el que Schuppanzigh se quejaba de la dificultad de un pasaje del *quatuor en fa mayor* (ópera 59): —«¿Creéis acaso—exclamó Beethoven—que pienso en un miserable violín, cuando siento en mí el soplo de la inspira-

(1) *A travers chants*, pág. 31, edición citada.

ción y me impele á escribir? No oía sonidos en aquella calentura creadora, *oía voces*» (1). Otro admirador de Beethoven, cuyos juicios no acepto en todas sus partes, y cuyo estilo sobrecargado de imágenes falsea amenudo el pensamiento, pero que, conociendo á fondo al maestro, lo comenta á veces en términos acertados y precisos, ha escrito también: «Beethoven no trata así el adagio (como ciertos músicos de nuestro tiempo). Sus cantos son los personajes de sus dramas sinfónicos (*dramatis personæ*), cuyo papel está siempre subordinado á la idea primera» (2).

Contra el método á la par psicológico y técnico, pero sobre todo psicológico, cuyo empleo magistral acabo de dar á conocer, se han presentado varias objeciones, y no he de tratar de eludirlas. La primera es muy conocida. Cosa extraña; se ha refutado diez veces, y sin embargo, vuelve siempre á presentarse, y se cree siempre invencible; tan cierto es que los teóricos y los críticos musicales se leen poco unos á otros, aparte raras excepciones. Seré tan obstinado como la tal objeción, que no es más que un error de bulto, y tantas veces como se reproduzca volveré á combatirla. Consiste en decir que la música tiene una elasticidad y complacencia infinitas y lleva la facilidad de sus uniones hasta el extremo de serle todo indiferente. En otros términos, que una tonada determinada de música vocal puede adaptarse igualmente bien á palabras de significación contraria, y que una frase dada de música instrumental que se cite ó elija es una especie de cuadro elástico en el que cada cual puede poner lo que guste. La consecuencia de tales afirmaciones es por demás clara: todo análisis psicológico es vano, puesto que otro intérprete del mismo trozo puede legítimamente dar á aquel canto musical un sentido opuesto.

Voy á ceder ahora la palabra á Berlioz, que responderá mejor que yo: «Hablábamos hace poco de los compositores

---

(1) *Luis Van Beethoven, su vida y sus obras*, según los más recientes documentos, por Mme. A. Audley, pág. 200, París, Didier, 1867.

(2) De Lenz, *Beethoven y sus tres estilos*, tomo I, pág. 18 (dos tomos, París, 1855).

que creen en la expresión musical; pero que creen en ella con reserva y buen sentido, sin desconocer los límites impuestos á ese poder expresivo por la naturaleza misma de la música, límites que en ningún caso es lícito traspasar.

»Hay, por otra parte, mucha gente, en París y fuera, que no cree en tal expresión. Hay ciegos que niegan la luz, pretendiendo seriamente que *todas las palabras se adaptan igualmente bien á toda música...* Los tales acomodarían sin remordimientos el poema de la *Vestal* á la partición de *Freyschütz* y recíprocamente...

»Por más que se responda á aquellos desgraciados como respondía el que antiguamente andaba para probar el movimiento, no hay posibilidad de convertirlos.

»Por lo mismo y sólo para diversión de los espíritus sanos, voy á presentar aquí *La Marsellesa* bajo la tonada de una plegaria bíblica...» (1)

Jamás ha podido emplearse de una manera más decisiva la demostración experimental. Canten los lectores y fíjense: *Risum teneatis amici*. Y, sin embargo, es bien seguro que, en el momento mismo en que recuerdo esa refutación tan ingeniosa y perentoria de Berlioz, no faltan doctores en música que declaran con tono terminante que una melodía admite toda suerte de palabras.

Pero esos hombres, llamados por Berlioz *ateos de la expresión*, serán más tenaces aún, si cabe, tocante á la melodía instrumental. Esta será juzgada por ellos radicalmente banal, propia y dispuesta á todo. Hasta le negarán la elocuencia expresiva de la voz hablada, cuyas palabras y cuyos matices, aunque no se oigan, son sentidos y apreciados por cada uno de nosotros. Un autor muy competente da la respuesta á esta segunda contra-verdad. Es Mr. George Guérault:

«Durante el sitio de París, dice, en 1870, se había tratado de organizar conciertos populares en el Circo.

»Me acuerdo de haber ido allí el 30 de octubre con mi difunto padre, Adolfo Guérault, uno de los más apasionados amantes de la música que pudiera darse. Nos encontrába-

(1) *Les grotesques de la musique*, pág. 229, edición citada.

mos entonces en una disposición de espíritu fácil de concebir para todos los que estuvimos encerrados en París desde el 15 de setiembre de 1870 al 30 de enero de 1871. Al entrar en la sala, supimos por la Sra. Edmond Adam que el pueblo Le Bourget, de una manera tan brillante arrebatado la víspera á los prusianos, había sido recobrado por ellos, sin que se hubiesen hecho grandes esfuerzos para disputárselo. Luego, de repente, la orquesta rompe la quinta *fa-ut* y los violines principian la tan conocida frase con que debuta la *Sinfonía pastoral*. El contraste de aquel movimiento, de una tranquilidad, de una serenidad perfecta, con las emociones que nos agitaban, fué tan violento, tan doloroso, que nos fué imposible permanecer allí. Tuvimos que dejar nuestros asientos á las primeras medidas» (1).

Hágase, á modo de contra-prueba, el experimento inverso. Un día que tengáis el alma rebosando alegría á consecuencia de algún brillante favor de la fortuna, oid la sinfonía en *la* de Beethoven. En el momento en que principie el andante, aquel incomparable trozo que desgarrá y derrite los corazones más firmes, resistid al efecto que produce; traed á vuestro pensamiento la imagen de la dicha que acabáis de experimentar; agarraos en cierta manera á los motivos que tenéis de regocijo. La melodía del maestro será más poderosa que vuestra voluntad: os amoldará á su propia semejanza. Resistid todavía, ó más bien transigid: tratad de invertir los términos; pedid á aquella frase dominante que tome la forma sonora de la alegría de que rebosaba vuestro corazón al entrar; cantad vuestra dicha con aquellas notas de desconsuelo. En vez de ceder á vuestro esfuerzo, la tonada implacable, penetrando hasta los más hondos y secretos pliegues de vuestro sér, irá á buscar allí, á despertar y llevar al paroxismo algún antiguo dolor adormecido bajo una herida cicatrizada por el tiempo. Será la voz de aquel dolor, y lo cantará con un acento irresistible. Correrán vuestras lágrimas y no os avergonzaréis, porque los que tengáis al lado llorarán

---

(1) *Revue philosophique*, julio de 1881, págs. 38-39: *Del papel del movimiento en las emociones estéticas* (conclusión).

también de la misma manera. Decid entonces, si os atrevéis, decid, si podéis, que la música instrumental es indiferente y que puede expresar lo que se quiera.—¿Conocéis algún experimento de laboratorio científico más convincente que éste?

Sea, dirán aquellos á quienes la evidencia haya sorprendido y que no tienen completamente la audacia de su paradoja; sea, la música expresa ciertos estados extremos de la sensibilidad: la suprema tristeza y la alegría triunfante. Ya se concede que la misma melodía es impotente para significar esas disposiciones contrarias del alma humana. Los filósofos tienen derecho á aplicar aquí el principio de contradicción. Dése, empero, un solo paso hacia estados psicológicos algo caracterizados, algo determinados, y el vacío aparece y borra todas las diferencias como esas nieblas de la mañana cuyos velos esconden los dibujos del paisaje y no dejan ver más que algunas masas confusas.

Volvamos á decir otra vez, sin cansarnos, que la música instrumental más expresiva no tiene nunca nada de la precisión de las palabras articuladas. Esto es lo que hay que conceder cuantas veces la cuestión se presente. No se exagere, sin embargo, el alcance de esta concesión. Trataré de señalar su límite.

Los ateos de la expresión, como los llama Berlioz, y hasta aquellos que se paran á la mitad del camino de su ateísmo, tienen la costumbre de tomar la música instrumental al por mayor, juzgándola en globo, sin descender al estudio analítico de los diversos elementos que la componen. Ó si llegan á apreciar uno de esos elementos, lo toman aparte, lo aíslan de los demás, y pierden así de vista todos los principios de diferencia, todos los medios de producir el grado de emoción, todos los signos de particularidad, menos uno. Suprimida así la causa, queda naturalmente destruído el efecto. No obstante, no es suficiente reconocer esta alteración en su grado máximo: es también necesario, para valuar el papel del movimiento, seguirlo en sus diversos grados de velocidad ó lentitud y observar la alteración que trae, en cada grado, á la fisonomía expresiva del trozo. Bajo este punto de vista, los compositores son los únicos buenos di-

rectores de orquesta para la ejecución de sus obras. Solamente ellos saben apreciar con exactitud en qué movimiento sus pensamientos deben cantarse, y deberían indicarlo siempre con signos ciertos y claros.

Pero el movimiento no es el único medio de graduar y particularizar en lo posible la expresión. El ritmo contribuye á ello en gran parte. En ausencia de las palabras, comunica á la voz de la orquesta una elocuencia á veces prodigiosa. Oigamos de nuevo á Berlioz explicando la fuerza tan extraordinariamente conmovedora de aquel *allegretto* (que se llama andante) de la sinfonía en *la*, sobre todo por la naturaleza del ritmo:

«El ritmo, un ritmo sencillo como el del primer trozo, pero de diferente naturaleza, es también la causa principal del increíble efecto producido por el *allegretto*. Consiste únicamente en un *dáctilo* seguido de un *espondeo*, sostenidos sin descanso, ya en tres partes, ya en una sola y luego en todas juntas; sirviendo á veces de acompañamiento, concentrando á menudo la atención sobre ellos solos, ú ofreciendo el primer tema de una fuga episódica de dos motivos en los instrumentos de cuerda. Ellos (siempre el *dáctilo* y el *espondeo*) se manifiestan primero en las cuerdas graves de los altos de los violoncelos y de los contrabajos, matizados con un *piano* sencillo, para volverse á repetir luego en un *pianissimo* lleno de melancolía y de misterio; de ahí pasan á los segundos violines, mientras que los violoncelos cantan una especie de lamentación en el modo menor; elevándose siempre la frase rítmica de octava en octava, llega á los violines primeros que, por un *crescendo*, la transmiten á los instrumentos de viento en lo alto de la orquesta donde estalla entonces con toda su fuerza. En esto, la queja melodiosa, emitida con mayor energía, toma el carácter de un gemido convulsivo; ritmos inconciliables se agitan penosamente unos contra otros; todo son llantos, sollozos y súplicas; es la expresión de un dolor sin límites y de un padecimiento que devora...» (1).

Ya vemos que esta maravillosa página de análisis tiende

---

(1) *A travers chants*, pág. 47, edición citada.

principalmente al estudio de la virtud expresiva del ritmo en el trozo de que se trata. Berlioz se fija en este ritmo, lo sigue paso á paso á todas partes, ya suba ó baje, ya se transmita de uno á otro grupo de instrumentos.

Si el crítico no se hubiese fijado más que en el estudio de un instrumento solo, su comentario habría resultado con poca claridad. Llega á ser muy claro, musicalmente hablando por supuesto, gracias á ese examen del desarrollo rítmico. Pero añadamos también que un importante aumento de claridad proviene aquí de otro origen. Me refiero á que en todo el citado pasaje habla Berlioz de aquel ritmo como siendo el de una *voz*. Aquel ritmo es un *dáctilo* seguido de un *espondeo*; está lleno de *melancolía*; es una *frase*, y por fin, una *melodiosa queja*. Estas explicaciones no quieren decir que tengamos en aquel trozo el equivalente de la determinación precisa de los vocablos y de las palabras, sino que nos encontramos más en la generalidad abstracta y vaga, y tenemos una parte del significado psicológico que corresponde á la voz sin palabras. Y este significado se desprende aún algo más con la sencilla línea que transcribo: «Los violoncelos *cantan* cierta lamentación en el *modo menor*.» Ahora bien: ¡qué voz la de los violoncelos, sobre todo en este modo!

Así es ya posible apurar bastante el significado de la melodía instrumental. Se consigue mirando, no sólo el movimiento y el ritmo, sino también los cambios que presentan, las variedades que producen, la tonalidad y la modalidad y los contrastes que evidencian los choques entre modos y entre acordes. El estudio de estos efectos, cuya impresión en el alma es á veces tan particular, no se ha llevado todavía bastante lejos. En cuanto á los modos, no tenemos más que dos, el mayor y el menor. Es una pobreza incontestable. Los que saben cuántos ofrecía la música griega, se admiran menos del gran número de sentimientos que debió haber expresado. Pero aun con nuestros dos únicos modos, los maestros obtienen transiciones y oposiciones que los críticos hábiles saben apreciar y señalar. La tonalidad, la modulación, el uso de determinados acordes caracterizan la frase y le dan más precisión. Berlioz habla claramente, apoya su comenta-

rio en razones sólidas en el siguiente párrafo acerca de la terminación del andante de la sinfonía en *la*: «Esta exclamación quejosa, con la que el andante principia y acaba, está producida por un acorde (el de *sexta* y *cuarta*) que tiene siempre á resolverse en otro, y cuyo sentido armónico incompleto es el único que pudiera permitir acabar, dejando al oyente en lo vago y aumentando la impresión de melancólica tristeza en que todo lo que precede ha debido necesariamente sumergirle» (1).

Sería indispensable, en el punto en que el arte musical ha llegado, profundizar psicológicamente la fuerza expresiva distinta de cada tono, de cada modo. Las composiciones serían mejor razonadas y más ricas en diversidades significativas; los estudios críticos más inteligibles é instructivos, y se verían con claridad las analogías íntimas de los instrumentos con las voces. Desgraciadamente, los compositores no saben siempre por qué emplean un tono con preferencia á otro, y sus jueces no lo saben tampoco mejor. La gramática estética del arte musical se escribirá con el tiempo, no tengo duda alguna; pero por el momento está todavía por redactar.

La de la acentuación rítmica, métrica y patética, la de los matices por el movimiento y por la intensidad existe hace ocho años. La debemos al muy hábil autor del *Tratado de la expresión musical*, Mr. Mathis Lussy. Este observador tan sagaz como ingenioso de las diversidades expresivas estudió á los maestros; los espío, sorprendiéndolos con el cuerpo del delito; les arrebató muchísimos de sus secretos, poniéndolos á la luz del día por medio de ejemplos acerca de los que cada cual puede verificar sus experimentos. He analizado su obra en un trabajo al que remito al lector (2). Con todo, aquí es muy oportuno traer á la memoria dos rasgos de aquel libro teórico y práctico á la vez. En primer lugar, está fundado en la relación directa de la música con la psicología; y en segundo lugar, aparte algunas diferencias de detalle, Mr. Mathis Lussy reconoce en todas partes, ya implícita, ya explícita-

(1) *A travers chants*, pág. 47, edición citada.

(2) *Journal des savants*, cuaderno de junio de 1880.

mente, que la voz y los instrumentos están sometidos á las mismas leyes y llegan á la expresión por los mismos medios. Establece esta analogía esencial, no sólo entre el canto musical y la voz cantada, sino también, lo que es tan justo como notable, entre el canto instrumental y el canto de la voz hablada. Así, en el capítulo en que trata de los matices y de la intensidad del sonido, escribe la regla siguiente:

«Cuando, después de una serie de notas agudas, se presenta con un gran intervalo, un pequeño grupo de notas graves, se hace *subito pianissimo*.»—Viene después un ejemplo tomado de Verdi y otro de Mozart, *sonata en la, Minuetto*, sin palabras, naturalmente. Y, en nota, Mr. Mathis Lussy añade: «Este efecto es de los más sorprendentes. Rachel y Ristori jamás producían tanta impresión como cuando, después de haber empleado todo el poder de su órgano, contenían en los murmullos de una voz apagada, las vehemencias de una pasión impotente» (1).

Pero mientras esperamos una teoría psicológica de la expresión todavía más profunda y completa; mientras esperamos que los compositores adquieran todos la necesaria costumbre de inscribir siempre que sea menester signos indicadores de esas particularidades, de esas desigualdades expresivas que Mr. M. Lussy ha llamado *irregularidades*; mientras todos llegan á comprender la utilidad de atribuir á los mismos signos el mismo sentido, en lugar de usarlos cada cual según su capricho, no creo imposible decir desde luego lo que hay en la música de sinfonía y lo que es lícito ver en ella (2).

CH. LÉVEQUE.

del Instituto.

(*Revue Philosophique de la France et de l'Étranger.*)

(*Se continuará.*)

(1) *Traité de l'expression musicale*, pág. 142.

(2) Llega á mis manos á última hora un informe del que debo dar cuenta. He estudiado más arriba el *andante* de la sinfonía en *la* de Beethoven tal como lo he oído ejecutar siempre en el Conservatorio. Pero el sabio monsieur

V. Wilder nos dice en el *Parlement* del 28 de noviembre de 1882, que el mismo Beethoven ha indicado el movimiento del trozo y lo ha señalado *allegretto* por medio de una nota correspondiente al número 76 del metrónomo. Parece que un documento auténtico recientemente encontrado atestigua el hecho. De ahí resulta que hemos de ver en aquel trozo, no la marcha de un convoy fúnebre, sino el paso de una boda de lugar. Sea; pero si se toca *andante*, según la tradición del Conservatorio, su expresión resulta profundamente dolorosa y aflictiva. Y con el movimiento *andante* es como la hemos siempre oído Berlioz y yo, y también muchos otros.





## EL EXTREMO ORIENTE <sup>(1)</sup>

ESTUDIO DE LOS PAÍSES  
DONDE HA TENIDO ORIGEN LA ACTUAL GUERRA DE FRANCIA  
CONTRA EL CELESTE IMPERIO

### V

#### VAGUEDADES Y DUDAS

**A**NTES de emprender el examen de la civilización, usos y costumbres de los annamitas, necesitamos tomar un corto respiro que nos permita dejar establecidas ciertas vaguedades é incertidumbres acerca del país que nos ocupa.

La excursión que, acompañados de nuestros lectores, acabamos de hacer por los territorios del Annam, desde la punta oriental del Camboya hasta el Tong-King y la frontera de China, todo el sorprendente y pintoresco panorama que á nuestra vista acaba de desarrollarse, ha tenido sus forzosos límites en las tierras no lejanas de la costa; porque todo lo demás nos es casi desconocido. Las relaciones de los pocos escritores que de aquellos territorios del interior nos hablan, suelen ser contradictorias, y por lo tanto, confusas y en extremo sospechosas.

---

(1) Véase la pág 145 de este tomo.

Recientes y alarmantes descalabros no han permitido tampoco al ejército francés de operaciones separarse mucho de la vista del mar de la China, donde tienen sus barcos de guerra, y esto es también de rechazo un contratiempo imprevisible para nosotros, pues no nos es lícito siquiera contar por referencia y ampliar mucho nuestros actuales datos. Se limitan éstos á lo averiguado hoy por sacerdotes de las misiones católicas, y viajeros que no es presumible hayan podido extenderse mucho y penetrar impunemente en el corazón de los grandes bosques separados del litoral, bosques en los que moran todavía como señores y campean feroces tigres y semi-salvajes bandidos de las tribus independientes y libres de todo yugo.

Un mes hace, en los momentos mismos en que el ruido de algunas victorias parciales, á tanta costa compradas por los franceses, llegaba á París, el diario oficial de la República daba á luz varios é interesantes informes procedentes de las oficinas comerciales de *Ha-Noi*, informes que echaban por tierra esperanzas de antiguo concebidas.

Entre los diversos ramos de prosperidad, cuya explotación futura se indicaba en los territorios que ya se supusieron definitivamente anexionados, figuró el fácil tránsito por las vías fluviales de las mercancías, ya de procedencia china, ya destinadas al mismo Celeste Imperio. Se preveía que no había de tardar en organizarse una gran corriente comercial, y que los derechos diferenciales que se establecieran, asegurarían á los productos franceses y á la bandera republicana una preponderancia en extremo ventajosa. Hasta algunos periódicos ingleses, alarmados siempre que de grandes ganancias é intereses ajenos se trata, llegaron á formular reclamaciones sobre este punto.

Pero ahora resultan casi desvanecidos aquellos brillantes ensueños que abultaba la fantasía. Precisamente los ríos del Tong-King no son navegables todo el año más que en la parte á donde llega la influencia de la marea, hallándose cortados por caídas de agua ó corrientes rápidas muy difíciles de salvar, y á trechos privados de agua durante los seis meses de la anual sequía. Es una ilusión menos, de las muchas

que por falta de un conocimiento exacto del país se formaban los conquistadores.

El documento procedente de las oficinas de Ha-Noi que nos suministra dichos informes comerciales, contiene también indicaciones de importancia acerca de los inmigrantes á Hai-Fong y Ha-Noi, que abandonaron la Europa en busca de mejor suerte.

Hasta ahora, dice, los inmigrantes europeos han llegado en número bastante escaso con los correos ó trasportes. Por otra parte, es materialmente imposible encontrar en Hai-Fong locales para alojarlos, ni siquiera por algunos días.

Mucho tiempo antes de la llegada allí del cuerpo expedicionario, especuladores, pretendidos colonos de primera hora y antiguos agentes de aduanas, tolerados antes bajo el régimen annamita, acapararon los terrenos no inundados de la ciudad, no con intenciones de construir en ellos, sino para guardarlos hasta que la inmigración se desarrollase en grande escala y poder entonces venderlos á exorbitante precio. Lo mismo sucede exactamente en Ha-Noi, donde por malos terrenos húmedos, sin construcciones ni terraplenes se pide cinco ó diez veces más de lo que realmente valen, esperando todavía que dicho valor aumente al pronunciarse la corriente de inmigración que para el día de la victoria de las armas francesas se anuncia.

Sea lo que fuere, la administración civil francesa ha tomado toda clase de medidas, y á cambio de no pocos esfuerzos y hasta arbitrariedades, anuncia que podrá alojar ahora en Ha-Noi 70 ú 80 inmigrantes necesitados en casas confiscadas á *rebeldes* por la autoridad annamita local y puestas por ella á disposición de la administración francesa para que indefinidamente las usufructúe.

Tales informes no pueden por su origen ser puestos en duda, y prueban que la inmigración al Tong-King ha tomado por fortuna muy poco vuelo, pues al cabo de dos años de ocupación de aquel territorio no se cuenta aún con medios allí para acoger más considerables corrientes. Los pocos terrenos disponibles han sido anticipadamente acaparados por especuladores egoístas y ricos—tal vez los mismos que más

hayan influído en la expedición desgraciada—y ellos solos serán quizás los que saquen algún provecho de la costosa guerra de conquista.

Dejando á un lado estos datos oficiales, el misionero español P. Fuentes nos proporciona otros, y por cierto interesantísimos, acerca de la parte septentrional del Tong-King. El P. Fuentes ha estado muy recientemente tres meses en las comarcas de Cao-Bang, si bien es verdad que todo este tiempo ha permanecido á buen recaudo, secuestrado por los chinos en la ciudadela desde la que pocas exploraciones personales pudo hacer el erudito misionero. Varias publicaciones francesas han acogido con entusiasmo los relatos suyos que pintan aquella provincia.

Es muy montañosa; no tiene llanuras ni valles notables, pero es en cambio fértil, resultando en esta última parte desmentido lo que venía diciéndose de aquella región del Tong-King. Se encuentran allí muchísimos campos de arroz, maíz, principal alimento de los montañeses, patatas, mijo, etc. No faltan abundantes hierbas tampoco, y en ellas pastan rebaños de bueyes cebúes y, lo que es mucho más interesante, de caballos. Dice el P. Fuentes que Cao-Bang es un verdadero plantel de la raza caballar, y que grandísimos puestos de monta, al aire libre, están poblados de yeguas y potros.

Particularmente en Cao-Bang abundan muchísimo los árboles frutales. Se encuentran castaños de dos ó tres especies diferentes, melocotoneros precoces de la variedad mayor y más sabrosa que pueda imaginarse, y perales sobre todo en gran número. Pero lo que más sorprende es la extremada abundancia de ciertas uvas grandes y hermosas, que se venden por nada, creciendo allí espontáneamente algunas singulares vides. Las llaman *quâ vung*, lo que significa *fruta de la montaña*.

Si pasamos á la fauna, encontraremos en gran cantidad dos especies de faisanes, innumerables ardillas, y luego, en las alturas, el cervitillo almizclado. Pero en aquellas mismas alturas, el oso es también mucho menos raro que en Asturias, dice el misionero español. Durante su permanencia allí, vió que cogieron vivos á dos de aquellos temibles animales, y

vió asimismo vender siete pieles de un tamaño magnífico y muy fuertes. El tigre hace de las suyas y se arriesga á arrebatarse víctimas hasta en los arrabales de la capital de provincia. Aparece también con frecuencia en la provincia de Lang-Son y en general en todo el Tong King, lo mismo en la montaña que en la llanura.

Tocante á riquezas minerales, el P. Fuentes cita una mina de oro muy rica, dice, á media jornada de la capital; pero de la que no se sabe ó no se puede extraer la gran cantidad de agua que la ha invadido. A doble distancia hay otra mina de estaño, la mejor de todo el Annam, según parece, aunque está completamente abandonada. A una jornada y media se explota desde hace más de cien años una gran mina de hierro. Se trabaja el mineral en talleres allí mismo establecidos, exclusivamente para fundirlo, fabricándose calderas muy estimadas, que se exportan de continuo á varias y muy distantes regiones.

Ignoramos si será todo oro lo que reluce, y permítasenos esta duda, por mucho crédito y respeto que debamos á un venerable misionero español, por lo mismo grave y muy formal por añadidura. Pero es lo cierto, que los franceses nos pintaban antes aquella alta zona del Tong-King como un país en el que era casi imposible la vida.

Verdad es que entonces anunciaba el Gobierno francés sus propósitos de no pasar nunca del delta del río Rojo, y no era extraño que se describiese la frontera de China como muy miserable y desprovista de toda clase de recursos. Más tarde, y cuando se han despertado pretensiones de llevar más allá la conquista, ya ha podido pintarse aquella región con muy diferentes colores.

Pasemos ahora la vista por algunos datos relativos á los habitantes.

Los montañeses, cuya lengua es absolutamente distinta de la annamita y también de la china, se subdividen en cinco tribus, y cada tribu tiene su dialecto especial, ó puede decirse, su idioma aparte. La más importante de esas tribus es la de los *Tho*, que habita también la provincia de Lang-Son, precisamente junto á la gran calzada que la cruza. El

P. Fuentes nos representa aquellas pacíficas tribus dedicándose á la agricultura, y sobre todo á la cría del cebú y del ganado de cerda; pero añade que aquella gente es muy sucia..., muy supersticiosa y que adora al *Diablo gallina*...

Las casas de aquellas tribus no se parecen á las de los annamitas. Hay piso bajo y alto; abajo se encuentra una especie de jaula para las aves y el ganado de cerda, mientras que el piso alto está reservado á la especie humana. Pero ambos departamentos no están separados más que por una claraboya colocada muy baja, que puede levantar fácilmente, cuando se le ocurra, cualquier señor cerdo si tiene la ocurrencia de encaramarse sobre sus patas traseras. Otra tribu ha llamado también muy particularmente la atención del padre Fuentes que, como vemos, parece extraordinariamente aficionado á lo pintoresco.

Después de los montañeses, son los chinos los habitantes más numerosos de Cao-Bang. No hay annamitas, puede decirse, y los pocos que allí residen son negociantes en los pueblos grandes y funcionarios públicos en los *fú* (capitales de provincia), en los *nguyen* (distritos) ó en los *tung* (cantones). Fuera de esas localidades más ó menos importantes, nadie comprende el idioma annamita; se habla ó un dialecto de la montaña, sobre todo el *tho*, ó la lengua del Celeste Imperio. El P. Fuentes describe á los chinos que allí viven como un conjunto de lenguaraces casi todos criminales, escapados de la justicia de su tierra. No tienen ley ni Rey, dice el buen padre misionero; á nadie obedecen y no respetan nada. Algunos de ellos se organizan en cuadrillas de bandidos que roban, saquean y hasta matan... De vez en cuando aquellas bandas *irregulares* sientan plaza entre las tropas *regulares* que el Gobierno chino sostiene en el Cao-Bang con pretexto de mantener el orden en la frontera. En 1881, antes de la guerra, los regulares formaban un efectivo de dos mil hombres, cuya mitad prestaba el servicio de guarnición en la ciudadela de la capital. Su General confesaba que eran casi todos foragidos; pero, decía, si los pongo á raya y contrario, se convertirán de nuevo en irregulares ó bandidos; hasta mi vida correrá riesgos graves, y bien pudieran matarme traidora-

mente, como hicieron el año último con el General de Lang-Son. Tal es el juicio y tales son las afirmaciones del mismo P. Fuentes, cuyas aficiones á la dominación francesa son muy notorias en todo su relato.

Los mandarines annamitas, prosigue, tiemblan ante los oficiales chinos, quienes tiemblan, á su vez, ante la soldadesca que tienen á sus órdenes, resultando de esas mutuas desconfianzas una verdadera anarquía.

De doscientos treinta y cinco pueblos, grandes ó pequeños, que se encontraban en otro tiempo en aquella provincia, varios han desaparecido destruídos por los irregulares, que han vendido los habitantes como esclavos al otro lado de la frontera. Ya no existen pueblos de verdadera importancia, y la inseguridad ha crecido tanto, que ciertos mandarines del Norte del Tong-King no se atreven ya á vivir en las cabezas de distrito ó de cantón, y no van allí sino muy escoltados para hacer efectivo el cobro de las contribuciones.

Toda esta relación no está desprovista de vaguedades y suscita dudas, originadas por contradicciones notorias respecto de datos anteriores y también por las simpatías del narrador, quizás en estas circunstancias demasiado manifiestas y parciales. No hay que perder de vista que hay empeño en que las desgraciadas poblaciones del Tong-King sean aliadas decididas de los franceses; se quiere que aquellos habitantes, vejados y embrutecidos, reciban á sus conquistadores con los brazos abiertos, y este afán puede dar lugar á alguna exageración preconcebida.

De todas maneras resulta lo que al principio de este artículo indicábamos, á saber, que no son aún bastante exploradas las regiones del interior y del Norte de Annam, siendo desconocidos en gran parte sus recursos y hasta su topografía, no alcanzando á desvanecer nuestras dudas los datos insuficientes y poco fundados del misionero español, el reverendo P. Fuentes.

## VI

## RELIGIÓN

Aunque las ideas religiosas no pueden considerarse como exclusivo germen de la civilización de los pueblos, nadie puso jamás en duda que son los primeros y más poderosos elementos de la cultura. Esta consideración nos hace empezar el estudio del pueblo annamita por el de sus creencias.

Pero en esta parte nos encontramos también con dificultades sin número, muchas de ellas invencibles, y fuerza será fijarnos bastante más en la forma externa que en el sentimiento íntimo que preside el desarrollo de la concepción teogónica en la masa del pueblo. Se acusa á los annamitas de impresionables, supersticiosos, enemigos de principios fijos, descuidados, veleidosos y olvidadizos en todo lo relativo á las antiguas enseñanzas y á la conducta prescrita por los lazos del alma de la criatura con su Creador. Todo es más ó menos exacto, y se explica. No olvidemos que el pueblo annamita dista bastante, por regla general, de los grados de ilustración del pueblo chino; no olvidemos que ciertos sentimientos de rudeza son inseparables de las prácticas materiales y supersticiosas, mayormente cuando el carácter sufre la inexorable influencia de los climas meridionales. Es innegable que en el Annam impera la superstición en las masas. ¿Cómo no ha de suceder así, cuando en nuestras propias campiñas, cuando en las rústicas familias de toda Europa, vemos con frecuencia que la preocupación y la ignorancia grosera se sobreponen frecuentemente á la pureza del dogma?

Pero los conceptos religiosos del Annam arrancan de las ideas de los antiguos dominadores. La esencia de la religión annamita es casi siempre y en todas partes la de China. Limitémonos á examinar—que es cuanto en nosotros cabe—de qué manera se exterioriza dicha idea.

Un erudito viajero y funcionario repetidamente citado, Mr. Dutreuil de Rhins, nos describe una pagoda de la Cochinchina. Su interior es sencillo, constando de una sola pieza, dividida en dos partes por una alta baranda ó verja de madera esculpida, que deja en el centro un paso abierto. En el fondo se levanta el altar de Budha, y á derecha é izquierda hay dos nichos que ocupan los *bonzos*, viniendo á formar una especie de coro en aquella capilla. Las paredes de la primera parte de la sala están adornadas con dibujos sobre asuntos que ofrecen bastante analogía con algunos de nuestros cuadros del juicio final. Vense también hombres justos admitidos en cierto paraíso en el que impera como soberano un majestuoso Budha acompañado de otras divinidades, y la imaginación del artista se da rienda suelta en la manera de representar los suplicios reservados á los malos, apareciendo grandes diablos con cola y uñas formidables que empujan con picas, horquillas y ganchos á los réprobos que han de ser empalados, ahorcados, ahogados, asados ó descuartizados... En medio de la sala se ve una mesa de grandes dimensiones, en parte cubierta de flores, frutas y candeleros, en los que el público coloca sin cesar pequeñas bujías. Otro extremo de la misma mesa está lleno de libros chinos.

En el momento de la visita de nuestro viajero estaban sentados alrededor varios religiosos y chantres presididos por un viejo bonzo extraordinariamente delgado que leía en alta voz, midiendo sus frases de tal manera, que parecía la voz de uno de nuestros sacerdotes cuando reza. Con ademán ora grave y recogido, ora inspirado, extendía sus manos sobre los asistentes ó hacía con sus dedos movimientos de una rapidez prodigiosa, que parecieron al extranjero la parte realmente grotesca de aquella ceremonia, pues la austera fisonomía del anciano expresaba constantemente sentimientos, cuando menos dignos de respeto. El ruido de las conversaciones sostenidas allí por parte del pueblo no le turbaba en manera alguna, y cuando se paraba á veces, los demás oficiantes entonaban cánticos con acompañamiento de flautas y de una especie de violín, hasta que el anciano agitaba una campanilla, cesaban las voces y proseguía la lectura. De re-

pente los dedos del presidente se movieron de una manera singular, se enlazaron como crispados por la calentura, y sus miradas, fijas primero en el cielo, se extendieron después sobre la muchedumbre; se prosternó luego, cogió su campanilla y empezó á tocarla de una manera tan descompasada, que aturdía. Todos bajaron la cabeza como para recibir la bendición del cielo, y la ceremonia prosiguió de nuevo como anteriormente, volviendo los fieles, con su volubilidad de siempre, á charlar, reir, fumar, orar y psalmodiar á un mismo tiempo.

Fuera de las pagodas, los sacrificios á Budha son frecuentes durante la noche en alta mar por los que navegan, y en tierra por los caminantes amenazados de fieras y otros peligros. Se mata muchas veces á un gran cerdo, del que se reservan buenos pedazos con arroz blanco para ofrecerlos á los bonzos, y creen los annamitas en ciertos augurios que acompañan al sacrificio.

Los bonzos son en general cultos en su trato y afables. Ofrecen flores de su jardín á los que los visitan, y causan una impresión casi siempre agradable. Otro francés, Mr. Du-fourcq, con motivo de una excursión á las grutas de mármol que existen cerca de Turana, vió un convento de bonzos. «...Encima de las grutas, dice, encontramos una especie de plataforma con hermosísimos árboles, rodeada de agujas de mármol y cubierta con una vegetación pasmosa, en medio de la que aparecían algunas casas de bonzos. Su jefe ó superior nos recibió cordialmente. Los bonzos hacen voto de castidad y tienen allí una escuela de jóvenes aspirantes al sacerdocio, á quienes seduce la perspectiva de una vida ociosa... Están dispensados del servicio militar; el Rey les pasa cierta cantidad de arroz, reciben limosnas, y en ciertas épocas del año venden objetos religiosos. Parecen, en una palabra, gente muy de bien y pacífica, con su cabeza rasurada y engordando á veces en su vida contemplativa.» Sus votos de castidad están garantizados por una sanción práctica, caso de ser infringidos... No salen de sus poéticos retiros más que para las ceremonias públicas, las fiestas y los entierros; viven apartados de las contiendas políticas, y no tienen, por

consiguiente, influencia alguna en el Gobierno de su país; pero son bien vistos de los mandarines y merecen siempre grandes consideraciones del pueblo.

Las ideas filosóficas de los annamitas han crecido, como hemos dicho, á la sombra de la civilización china. La religión de los bonzos del Annam es, pues, la de Budha. Es cierta metempsícosis según la cual el alma pasa á un infierno después de la muerte del individuo; luego, mediante las oraciones y la intervención de los bonzos, las almas pueden transmigrar al cuerpo de otro sér humano ó de un animal cualquiera, y de peregrinación en peregrinación, llegar finalmente al cielo.

Además de Bubha, Sér supremo según Mr. J. L. Dutreuil de Rhins, los annamitas reverencian ó adoran innumerables divinidades ó genios. Cada familia tiene los suyos, cuya protección puede preservar de todos los males. De las doctrinas de los chinos, conservan las supersticiones más materiales, habiendo hecho desaparecer del dogma cuanto era capaz de causarles algún estorbo. No se ven en el Annam las pagodas llenas de fieles como en China. Hay poco gusto por oraciones y prácticas religiosas, pero no falta afición á las ceremonias públicas y festejos ruidosos, sobre todo cuando van acompañados de grandes festines.

El culto de los antepasados es debido en menor parte al sentimiento religioso que á una imposición de la ley y de la costumbre. No es la idea religiosa, sino la ley, la que impone á los hijos el respeto á sus padres y la obediencia á todas sus voluntades. La ley obliga también á que los hijos tomen la esposa designada por su familia. Las hijas no tienen nunca más voluntad que la de sus padres. Bajo este régimen de autoritarismo extremado, el Rey puede apoyarse en la influencia de los padres y de los amos sobre sus hijos y sus criados. Hasta la familia de un condenado es responsable y sufre castigo por el crimen de uno de sus miembros, y los rigores de la justicia se extienden á veces á los amigos y á los sirvientes.

Las clases más ilustradas, los mandarines, sin vivir completamente libres de las supersticiones del vulgo, afectan te-

ner aficiones á usos distinguidos y á ritos más puros y conformes con la doctrina de Confucio; pero los principios morales de aquel gran filósofo no están siempre en armonía con los actos de sus adeptos. El pueblo y los mandarines celebran sobre todo con mucho entusiasmo las grandes festividades, tales como los sacrificios al Cielo, á la Tierra, etc., ceremonias tomadas del culto oficial del Imperio chino, ó más bien del culto de Yu-kiao, la más antigua y quizás la más hermosa de las religiones de China.

Lo cierto es que, sea por carácter ó por temperamento, los annamitas no se muestran nunca apasionados ni intransigentes en materia de religión ó filosofía, ni aparecen tampoco escépticos, como algunos escritores han pretendido.

El budhismo ha sido estudiado detenida y particularmente en la Indochina. Tomaremos de un filosófico autor, que se disfraza bajo el pseudónimo de Nirvana, algunos informes que no carecen de atractivos y aun de verdad en medio de mucha poesía y de un rico lirismo. Estos informes nos revelan que las ideas filosóficas de Europa se infiltran también en algunos espíritus, modifican las creencias y forman la preocupación constante de los más sabios bonzos.

\*  
\* \*

Pasaba el filósofo europeo á que nos referimos una noche en el Oriente, atormentándose con los afanes de renovaciones sociales y ansiando conocer á fondo las últimas doctrinas científicas de los grandes sacerdotes de Budha, á quienes presentan algunos como primeros intérpretes de los secretos orígenes de la forma y de los destinos de la acción del cosmos. Levantó su mosquitera y saltó del lecho.

Nada es tan curioso, nos dice, como una de aquellas ciudades asiáticas, dormitando en los primeros albores del crepúsculo del día. La aurora vierte por las calles claridades verdes y de color de rosa que turban la mirada y cortan con

su viva luz el claro oscuro en el que la población está todavía envuelta. Es hora peligrosa, dicen los naturales, y no conviene salir de casa antes que el blanco día haya disipado los misterios y las asechanzas que por el mundo vagan durante la noche. Bandas de cuervos se levantan al paso de los caballos, y graznando y con los secos golpes de sus alas, van á posarse algo más lejos para revolver el cieno y hacer la limpieza primera de las calles. Solo interrumpe el silencio aquella ronca música de tan económicos barrenderos, y el espectáculo tiene algo siniestro, algo que comunica la inquietud que se sentiría en la negra ciudad de la Muerte. Pero muy pronto aparece el día y ya brilla el sol con todos sus resplandores. Las tiendas se abren por encanto, y por todos lados aparecen mercaderes codiciosos y bonzos con túnicas amarillas que van á mendigar el pan del día. Más lejos aparece el campo. Es una vista encantadora el campo cubierto de vegetaciones magníficas y lleno de olores deliciosos traídos por la brisa del mar, entre bosques de bananos y balsámicos ramilletes de mimosas y frangipana.

Nuestro filósofo se dirigió á un sitio pintoresco donde se oculta, entre deslumbrantes verdores, un colegio en el que vive el bonzo Sumangala, gran sacerdote de la pagoda de Stripada, que significa «el pie sagrado.»

En el fondo de un valle en el que todavía se arrastraban pequeños copos de blancos vapores, parecidos á los transparentes tules de que se visten las hadas, se presenta un edificio blaqueado en cuyo frontispicio se lee: «Colegio de la ciencia filosófica.» Salen de allí monótonos ruidos de voces que cantan, voces de jóvenes seminaristas que repiten cadenciosamente la lectura de los libros sagrados.

Se hizo anunciar el extranjero; las voces callaron al punto, y le rogaron entrase en el jardín, verdadera academia de aquel lugar de estudio. Del jardín le invitaron á pasar á una sala cuadrada cuyas paredes estaban adornadas con tablas esculpidas que representaban á Budha y á otras divinidades ó genios, con el arte primitivo y grosero que suele caracterizar á nuestras estatuas hieráticas de las primeras edades del estilo románico. Dejando caer aquellas tablas, se descubría

una biblioteca compuesta de los manuscritos más raros del budhismo y de los textos primitivos de los fundadores de aquella religión asiática.

Bajo un vestíbulo cuyas paredes estaban absolutamente desnudas, veíase á un anciano cubierto con túnica amarilla, á semejanza de Pitágoras, y echado en una especie de silla larga. Alrededor suyo no había más adorno ni mueble que un vaso de plata donde el anciano arrojaba el betel que había mascado. Veíanse también varios jóvenes, como él vestidos, de pie junto á una mesa separada, con libros y periódicos de varias partes del mundo...

Se incorporó el anciano haciendo que se sentase á su lado el extranjero. Éste pudo examinarle detenidamente. Tenía el cráneo afeitado; su frente alta y ancha se adelantaba con inteligentes bultos; su nariz era recta y muy ancha en su parte inferior; sus labios, de un color rojo negruzco por el uso del betel, eran enormes, pero de un dibujo bastante correcto; tenía los pómulos prominentes y hondas arrugas surcaban sus mejillas; su hombro derecho, que la túnica dejaba descubierto, era delgado y huesoso, guardando el desnudo brazo cierta majestad. Era Sumangala, el jefe de la iglesia del Sur, es decir, de una religión que domina treinta y ocho millones de almas, el atrevido reformador de un culto que aspira nada menos que á establecer un sistema perfecto de moral práctica... Sus ojos negros, penetrantes y suaves, tenían fijeza extrañas.

Recibió con agrado todas las objeciones del viajero y contestó á sus dudas. Cuando la pregunta era demasiado indiscreta y traspasaba las conveniencias del dogma ordinario, apartaba con un gesto á los jóvenes educandos y sacerdotes, y hablaba casi en voz baja, como si no quisiese confiar á profanos el verdadero secreto de su filosofía.

El resumen, en pocas líneas, de la doctrina expuesta por el gran bonzo del Sur es la siguiente:

«Nada existe, en el sentido propio de la palabra, y todo cambia continuamente. A cada millonésima de segundo, el mundo entero varía. El budhismo no pregunta si Dios existe; no lo duda, pero quiere saber si es un Sér superior

que dirige la marcha de este mundo perpetuamente variable y si cambia también de una manera infinita..:

»Las formas que toman las cosas se renuevan, y esta renovación incesante es la que crea una evolución de los atavismos que perpetúan en los seres un estado *de bien ó de mal*. El hombre, como todos los animales sujetos á esta evolución, sufre las leyes de la forma, de tal manera que, cuando viene al mundo, hay en todo su sér una señal predestinada de bien ó de mal. La gran obra de su vida entera debe consistir en sujetar su espíritu á ciertos ejercicios que dirijan, trabajen y modifiquen, en el sentido del bien, la forma que trae al nacer. Por medio de la meditación, por medio de la investigación de la ciencia integral, por medio del desarrollo de todas sus facultades cerebrales, ha de tratar finalmente de libertar su espíritu de todos los detritus de preocupaciones atávicas que la evolución de sus antepasados ha dejado en las formas de su cerebro... El día en que esa liberación se opere, es decir, el día en que el hombre se encuentre completamente libre de todos los cuidados y de la inquietud que acarrea la interpretación ordinaria de los hechos humanos; el día en que se desprenda de todos los lazos que ponen trabas á su pensamiento, y vea libremente el curso de la vida, comprendiendo sin esfuerzo el sentido real y filosófico de las cosas, el hombre entrará en el *nirvana*.

»El budhismo científico no se preocupa, pues, por saber de dónde viene el hombre, ni á dónde va. Predica solamente el desinterés de la vida material, los encantos de los estudios intelectuales y el desarrollo del cerebro por medio de cierta gimnástica constante del pensamiento, cuyos efectos pueden ser infinitos.

»La escuela del Sur no ve, es cierto, el *nirvana* sino como fin supremo; pero la del Norte ha concebido todo un sistema de alta filosofía, el más atrevido de todos los sistemas del mundo entero, según el cual, un hombre, aplicándose exclusivamente y durante toda su vida á la investigación de la verdad moral y al estudio de las cuestiones trascendentes de la filosofía universal, llega á dar á su cerebro una fuerza bastante poderosa para permitirle *eterizarse* en cierto modo,

cruzar los espacios inmensos del vacío y vivir con la vida intelectual de los planetas futuros... Entonces se volverá *mahatna*,—*magna anima*.»

Muy intrincadas y discutibles nos parecen las ideas de tal concepción y de tanta metafísica.

Pero volvamos á nuestro viajero. Después de algún tiempo de necesario descanso, durante el que dejó á un lado todos los elevados problemas filosóficos del neo-budhismo, fué á visitar la gran pagoda donde le esperaba el gran bonzo para celebrar en honor suyo una fiesta de regocijo. Después de cruzar un bosque de cocoteros que corta campos de torongil y jardines mágicos á los lados de un camino de arena roja al que dan movediza sombra mil plantas gigantescas, el calor abrasaba y los perfumes de aquella vegetación paradisiaca le aturdían, inspirándole ensueños locos y semejantes á los que perturban el cerebro del que come *haschich*..., cuando se le presentó la cuadrada y blanca *vihara*, á cuya puerta le esperaba el gran bonzo. Allí había acudido presurosa la muchedumbre, produciendo indecible algazara. Los golpes estridentes de los platillos y los sonidos de los gongos, respondían al agudo chillar de los rabeles. Se distinguían ya hombres, mujeres y niños, acudiendo á las pequeñas tiendas donde se venden rosarios y libritos que cuentan la historia de Budha, mientras que otros, dirigidos por algún joven bonzo, psalmodiaban con ritmo muy lento la oración búdhica: «Me refugio en la ciencia;—me refugio en la ley moral;—me refugio en el amor de mis hermanos...» Y otros paseaban en procesión estatuas de Budha con cirios encendidos, y continuaba el ruido de los platillos y rabeles y el sonar de muchas campanillas colgadas en la parte superior de pequeños kioscos, sobre las cuales algunos hombres daban recios golpes con largos bastones.

Cuando el filósofo entró en la pagoda, cuya pared de la derecha estaba enteramente ocupada por un gran Budha echado con afeminado abandono, una lluvia de flores cubrió la gran nave, y tomando haces de aquellas flores el gran bonzo, llenó con ellas y en honor del extranjero, la divina estatua..., repitiéndose los cantos sagrados y la música de platillos,

gongos, rabeles y otros instrumentos parecidos. Era aquello un gran acto de la religión budhista, que no tiene otras manifestaciones de culto externo.

\* \* \*

Por lo visto, la novísima escuela de los sacerdotes de Budha tiende á revestir sus aspiraciones filosófico-religiosas con los impenetrables misterios que rodeaban á los escasos iniciados en la antigua ciencia del Egipto de los geroglíficos, de las pirámides y de los Faraones. Y claro es que tales tendencias íntimas tardarán en trascender á los pueblos.

Los annamitas, lo mismo que los indo-chinos, están aún muy lejos de poder penetrar en semejantes honduras, y se atienen por hoy á tradiciones más groseras y materiales, y á las formas externas.

Lo que de un modo paulatino, sí, pero constante, va influyendo en las clases más ínfimas del Annam, son los trabajos de las misiones católicas.

Los misioneros suelen consagrarse exclusivamente, pero con todo el entusiasmo y el fervor del alma á los pequeños y á los desgraciados. En la casa-misión y en sus posesiones, son acogidos los niños huérfanos y los del pobre. Si los niños son de poca edad, son entregados á nodrizas indígenas. Sacerdotes y neófitos annamitas educan é instruyen á los jóvenes; y cuando éstos son ya mayores, se les emplea en los trabajos de agricultura, ó aprenden diferentes oficios. Las muchachas tejen seda y se dedican á otros trabajos propios de su sexo, hasta el día en que los Padres de la misión las casan y las dotan con alguna parte del terreno que del Gobierno annamita han conseguido. Bajo el paternal amparo de los misioneros, se ha formado un pequeño pueblo llamado *Kim-long*, embellecido hoy con las más poéticas galas de la naturaleza y del trabajo. Su pequeña capilla de madera, en la que se acogen y oran muchos desgraciados annamitas arrancados á la miseria, es el más elocuente símbolo de los fecundos principios del cristianismo.

Los misioneros han sido naturalmente los primeros extranjeros con bastante decisión y constancia para intentar ciertos cultivos en las feraces tierras del Annam. No han tenido éxito sus esfuerzos para aclimatar allí el trigo, la patata y la viña; pero el café les ha dado, por el contrario, excelentes resultados, y el Rey mismo ha publicado edictos para fomentar aquel cultivo.

Para transformar moral y materialmente un país no han valido ni valdrán nunca los ideólogos ni los filósofos, por más que pretendan cada día cambiar la faz del mundo. Pero ha hecho siempre y hace verdaderos milagros el humilde y bendito lábaro que sirve de gloriosísima enseña á los infatigables apóstoles de la religión del Crucificado.

CARLOS SOLER Y ARQUÉS.

*(Se continuará.)*





LA LEY ORGÁNICA  
DE  
TRIBUNALES MILITARES

---

CONTINUACIÓN (I)

TÍTULO III

DE LAS ATRIBUCIONES DE LOS CONSEJOS DE GUERRA

CAPÍTULO I

DE LAS ATRIBUCIONES DEL CONSEJO DE GUERRA EXCEPCIONAL

Art. 61. El Consejo de guerra excepcional conocerá de los delitos siguientes:

- 1.º De los de traición.
- 2.º De los de rebelión, sedición é insubordinación, cometidos dentro de plaza sitiada ó bloqueada, ó por individuos de las fuerzas que operen aisladamente.
- 3.º De los de espionaje.
- 4.º De los de incendio y voladura dentro de la plaza é interrupción de las comunicaciones entre ésta y las fuerzas nacionales ó aliadas.
- 5.º De los de saqueo.

---

(I) Véase la pág. 72 de este tomo.

- 6.º De los de merodeo en el campo de batalla.
- 7.º De los que tiendan á introducir el pánico en las fuerzas ó la confusión en las plazas en provecho del enemigo.

## CAPÍTULO II

### DE LAS ATRIBUCIONES DEL CONSEJO DE GUERRA ORDINARIO

Art. 62. El Consejo de guerra ordinario conocerá:

1.º De las causas contra individuos de las clases de tropa por todos los delitos no atribuídos especialmente á otra jurisdicción ó á distinto tribunal militar.

2.º De las que se sigan contra personas extrañas á la milicia que deban ser juzgadas por la jurisdicción militar fuera de los casos en que corresponda el conocimiento al Consejo de guerra de Oficiales generales ó al Supremo de Guerra y Marina.

Art. 63. El Consejo de guerra de cuerpo conocerá solamente de las causas instruídas contra individuos del mismo cuerpo por delitos cometidos hallándose incorporados á filas, si no afectan al servicio ú órdenes de la plaza.

En todos los demás casos, aun contra individuos de determinado cuerpo cuando hayan delinquido con personas extrañas al mismo ó hayan cometido delito contra el servicio ó las órdenes de la plaza, conocerá de las causas el Consejo de guerra de plaza ó del cuerpo de ejército, división ó brigada.

## CAPÍTULO III

### DE LAS ATRIBUCIONES DEL CONSEJO DE GUERRA DE OFICIALES GENERALES

Art. 64. El Consejo de guerra de Oficiales generales conocerá de las causas no reservadas al conocimiento del Consejo Supremo de Guerra y Marina, instruídas:

1.º Contra los Generales, jefes y oficiales del ejército y sus asimilados.

2.º Contra los individuos de la clase de tropa con grado de oficial.

3.º Contra los individuos de la clase de tropa condecorados con la cruz de San Fernando.

4.º Contra los Generales, jefes y oficiales de la Armada y sus asimilados é individuos de clase de tropa y marinería con grado de oficial ó la cruz de San Fernando.

5.º Contra los Generales, jefes y oficiales de los ejércitos enemigos, así como los asimilados, que estuvieren prisioneros de guerra.

6.º Contra los senadores y diputados á Cortes; funcionarios del orden judicial y ministerio fiscal, así del fuero ordinario como de los especiales, y funcionarios del orden administrativo que ejerzan autoridad.

7.º Contra los que hubieren sido Ministros de la Corona, Consejeros de Estado, Embajadores, Ministros plenipotenciarios ó residentes, Consejeros ó fiscales del Supremo de Guerra y Marina, Ministros, magistrados ó fiscales del Tribunal Supremo, de los de Cuentas y Órdenes militares y de las Audiencias.

8.º Contra los que hubieren sido Gobernadores de provincia y contra los que sean jefes superiores de Administración.

9.º Contra los grandes de España y títulos del Reino.

10.º Contra los caballeros Grandes cruces.

#### CAPÍTULO IV

##### DISPOSICIONES COMUNES A LOS TRES CAPÍTULOS ANTERIORES

Art. 65. Los Consejos de guerra están obligados á dictar sentencia sobre todos los hechos perseguidos en la causa sometida á su fallo y respecto á las personas contra quienes se haya dirigido el procedimiento.

En ningún caso podrán imponer pena ni corrección á personas que no hayan sido procesadas.

Tampoco podrán declararse incompetentes para conocer de la causa sometida á su fallo, ni acordar la ampliación de las actuaciones.

Art. 66. Sólo podrá suspenderse la celebración de los Consejos de guerra por la recusación de alguno de sus miembros, y mientras se resuelve sobre la misma ó la capacidad legal de alguno de los jueces.

También podrá interrumpirse su celebración cuando el volumen é importancia del proceso impida su vista y fallo en un solo día.

## TÍTULO IV

### DE LAS ATRIBUCIONES DE LAS AUTORIDADES MILITARES

#### CAPÍTULO I

##### DE LAS ATRIBUCIONES DE LOS GENERALES EN JEFE DE EJÉRCITO

Art. 67. El General en jefe de ejército en campaña ejerce la jurisdicción de guerra sobre todas las fuerzas de su mando y personas de cualquiera clase y fuero que sigan al ejército, así como en el territorio ocupado por el mismo, aun cuando comprenda uno ó más distritos militares.

Art. 68. El General en jefe de ejército en campaña puede delegar toda su jurisdicción ó parte de ella en los Capitanes generales de los distritos en que se hallare operando el ejército de su mando, y en los Generales comandantes de cuerpo de ejército, jefes de división ó brigada que operen hallándose apartados del cuartel general.

Art. 69. El General en jefe de ejército de ocupación ú observación tendrá limitada su jurisdicción á conocer de las causas seguidas contra individuos de las fuerzas de su mando, personas que sigan al ejército y en el territorio que éste ocupe, cualesquiera que sean el fuero y condición del culpable, por los delitos de traición, rebelión, sedición, insubordinación, inducción y auxilio y encubrimiento á la deserción, atentado y desacato á su autoridad ó á otra cualquiera del mismo ejército.

Podrá también delegar sus atribuciones para conocer de todos los delitos enumerados ó de algunos de ellos en los Capitanes generales de los distritos ocupados por las fuerzas de su mando.

Art. 70. Corresponde al General en jefe de ejército en campaña, de ocupación ó de observación:

- 1.º Ordenar la instrucción de las causas cuyo conocimiento le atribuyen las disposiciones anteriores cuando no las hubieren mandado instruir las autoridades que le están subordinadas ó los jefes de los cuerpos.
- 2.º Nombrar los fiscales instructores y secretarios de las causas de la competencia del Consejo de guerra de Oficiales generales y aprobar los nombramientos de aquellos funcionarios en las expresadas causas, cuando se hubieren hecho por otras autoridades del mismo ejército ó por los jefes de cuerpo.
- 3.º Activar el curso de los procedimientos judiciales.
- 4.º Resolver las dudas, reclamaciones y recursos que se susciten ó promuevan en las causas que se instruyan en el ejército de su mando ó territorio de su jurisdicción.
- 5.º Acordar inhibiciones á favor de otros tribunales del mismo ó distinto fuero, sin necesidad de consulta ó aprobación superior; pero remitiendo al Consejo Supremo de Guerra y Marina testimonio del decreto inhibitorio y dictamen auditorial en que se funde.
- 6.º Promover competencias jurisdiccionales y aceptar las inhibiciones de los demás tribunales.
- 7.º Decretar el sobreseimiento ó la elevación á plenario en las sumarias, sin necesidad de consulta ó aprobación superior.
- 8.º Disponer la reunión del Consejo de guerra de oficiales generales, y nombrar el presidente y vocales que hayan de constituirlo.
- 9.º Nombrar los individuos del cuerpo jurídico militar que, como vocales, hayan de concurrir á los Consejos de guerra ordinarios.
10. Resolver sobre las excusas y capacidad legal de los nombrados para intervenir en los actos judiciales, así como acerca de las recusaciones que contra los mismos se promuevan.
11. Aprobar todas las sentencias de los Consejos de guerra cuando las hallare arregladas á derecho, y en tal sentido hubiere opinado su auditor.
12. Remitir al Consejo Supremo de Guerra y Marina,

para su decisión, las sentencias que no hubiere aprobado ó que su auditor hubiere calificado de injustas.

13. Remitir al mismo Consejo testimonio de la acusación fiscal, defensa ó defensas, sentencia, dictamen auditorial y decreto de aprobación de todo fallo en que se imponga pena de muerte ó alguna de las perpetuas á uno ó varios procesados.

14. Disponer la ejecución de las sentencias que hubieren aprobado y las demás que sean firmes, precediendo en las de muerte el acuse de recibo del parte ó comunicación en que se haya dado conocimiento del fallo al Gobierno.

15. Decretar el cumplimiento de los exhortos emanados de otros tribunales ó autoridades judiciales.

16. Ejercer con arreglo á las prescripciones de esta ley la jurisdicción disciplinaria sobre todos los que intervengan en la administración de justicia militar y le estén subordinados, dejando íntegra la que corresponda á la superioridad en los negocios que deban elevarse á su conocimiento.

17. Aplicar los indultos generales ó amnistías que se dicten por el Ministerio de la Guerra á los que hubiesen sido juzgados y sentenciados por los tribunales dependientes de su jurisdicción é informar sobre las peticiones de indulto especial de los mismos.

## CAPÍTULO II

### DE LAS ATRIBUCIONES DE LOS CAPITANES GENERALES DE DISTRITO Y DEMÁS AUTORIDADES MILITARES

Art. 71. Los Generales comandantes en jefe de cuerpo de ejército de operaciones con mando independiente ó que se hallen incomunicados con el General en jefe del ejército en campaña, ejercerán la misma jurisdicción que el expresado General en jefe; pero limitada á las fuerzas de su mando, personas que las sigan y territorio en que operen.

Art. 72. En el territorio sometido á su jurisdicción, y sobre las fuerzas de su mando, ejercerán las mismas atribuciones los Capitanes generales de distrito.

Art. 73. Los comandantes generales ó jefes principales

de división, brigada ó columna que opere en campaña aisladamente, ejercerán sobre las fuerzas de su mando y personas que las sigan, y sobre los habitantes del territorio que ocupen, las mismas atribuciones conferidas al General en jefe; pero limitándolas á los delitos de que puede conocer el Consejo de Guerra excepcional.

Los Gobernadores de plaza sitiada ó bloqueada tendrán las mismas facultades con idéntica limitación.

Art. 74. Las demás autoridades militares á que el Gobierno atribuye jurisdicción, con arreglo á lo dispuesto en el art. 2.º de esta ley, tendrán las atribuciones que el mismo Gobierno determine; y caso de no determinarlas, se entenderán limitadas á las que la ley reconoce á los Gobernadores de plaza sitiada ó bloqueada.

Art. 75. Los Capitanes generales de distrito y demás autoridades que ejerzan jurisdicción delegada del General en jefe de ejército, sólo tendrán las atribuciones que la delegación les confiera.

Art. 76. Todas las autoridades militares que ejerzan jurisdicción en territorio declarado en estado de guerra, podrán disponer la celebración de Consejo de guerra excepcional para conocer de los delitos de la competencia de éste.

## TÍTULO V

### DE LA CONSTITUCIÓN Y ATRIBUCIONES DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA

#### CAPÍTULO I

##### DE LA CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA

Art. 77. El Consejo conocerá de los negocios de su competencia, constituyéndose en pleno, en reunido y en Salas separadas, que se denominarán de Justicia y de Gobierno.

Art. 78. Todos los días, á excepción de los de fiesta religiosa ó nacional, se reunirá el Consejo. Sus sesiones durarán cuatro horas lo menos, habiendo asuntos de que tratar.

Art. 79. El Consejo pleno lo constituyen los consejeros

y fiscales, y se reunirá ordinariamente una vez á la semana.

Art. 80. El Consejo reunido lo constituyen los consejeros sin los fiscales, y en los días en que no tenga lugar el pleno empezarán por su celebración las sesiones del Consejo.

Terminados los asuntos de su competencia, ó á falta de ellos, se formarán las Salas separadas.

Art. 81. El Consejo pleno y el reunido no podrán constituirse sin la asistencia de ocho consejeros por lo menos.

Art. 82. La Sala de Justicia se compondrá de cinco ó siete consejeros, según sea la naturaleza de los asuntos de que tenga que conocer. Dos, á lo menos, serán de la clase de togados.

Art. 83. Cuando deban verse expedientes que procedan de los Tribunales del fuero de guerra, constituirán dicha Sala los consejeros Generales de ejército y dos togados del cuerpo jurídico militar; y cuando se trate de expedientes de Marina, la constituirán los consejeros Generales y el togado de la armada.

En uno y otro caso se completará el número de consejeros, sustituyéndose los de una procedencia con los de otra, cuando no los hubiere de la misma, observándose para esta sustitución el turno de mayor ó menor antigüedad.

Art. 84. La Sala de Gobierno se constituirá con los consejeros que no asistan á la de justicia, siempre que su número no baje de cinco.

Uno de ellos, por lo menos, será de la clase de togados.

Si las atenciones del servicio lo reclaman y hubiere el número de consejeros necesario, esta Sala podrá dividirse en dos secciones.

Art. 85. La presidencia de las Salas, cuando no asista á ellas el presidente del Consejo, corresponderá entre los que las formen al consejero militar de mayor categoría y antigüedad en el empleo.

Art. 86. El presidente del Consejo designará al principio de cada año judicial los consejeros que hayan de formar la Sala de Justicia durante el mismo, los cuales, en caso necesario, serán sustituidos por turno riguroso entre los demás consejeros.

Art. 87. El día 15 de setiembre de cada año, ó el siguiente hábil, comenzará el año judicial.

Art. 88. Sin perjuicio de lo establecido en los artículos anteriores sobre la organización de las Salas, el presidente del Consejo, con presencia de las necesidades del servicio y del número y clase de asuntos pendientes, podrá disponer que se forme otra Sala de Justicia que despache á la vez que la permanente ó que el Consejo funcione en Salas de Gobierno.

Art. 89. El reglamento del Consejo establecerá el orden de las discusiones y todo lo demás referente al régimen interior del mismo.

## CAPÍTULO II

### DE LAS ATRIBUCIONES DEL CONSEJO SUPREMO DE GUERRA Y MARINA

#### Sección 1.<sup>a</sup>

##### Atribuciones del Consejo pleno

Art. 90. Corresponde al Consejo pleno:

1.º Evacuar los informes en que así se prevenga de real orden.

2.º Informar en los negocios que el presidente del Consejo, el reunido ó la Sala de Gobierno estimen que por su importancia deban ser de su conocimiento.

3.º Proponer al Gobierno las reformas que convenga introducir en la administración de justicia de Guerra ó Marina.

4.º Hacer las propuestas para el nombramiento de los funcionarios y subalternos del Consejo en los casos previstos por el reglamento del mismo.

5.º Recibir el juramento al presidente, consejeros, fiscales, tenientes fiscales y secretario.

6.º Conocer de los asuntos que sean de interés general del Consejo.

Art. 91. Constituído en Sala de Justicia, conocerá el Consejo pleno en única instancia:

1.º De las causas instruídas contra Ministros de la Coro-

na, Capitanes generales de ejército, Almirantes, Presidentes del Senado y del Congreso de los Diputados.

2.º De las causas instruídas contra una Sala del mismo Consejo, el presidente, consejeros y fiscales del propio Tribunal.

3.º De las causas por delitos cometidos durante el desempeño de sus cargos por los Generales en jefe de ejército en campaña, de ocupación ú observación, y Comandantes generales en jefe de las escuadras.

4.º De las causas instruídas contra los Cardenales y Arzobispos.

5.º De los recursos de revisión contra las sentencias firmes.

Art. 92. También conocerá el Consejo pleno, constituido en Sala de Justicia, de las causas sometidas por esta ley al conocimiento del Consejo reunido, siempre que alguno de los fiscales ó defensores solicitase informar *in voce*.

## Sección 2.ª

### Atribuciones del Consejo reunido

Art. 93. Corresponde al Consejo reunido:

1.º Despachar los expedientes que no siendo de la competencia del pleno sometan á su decisión el presidente del Consejo ó la Sala de Gobierno.

2.º Conocer los expedientes gubernativos que se formen á los oficiales del Ejército y Armada y á sus asimilados.

3.º Conocer de los expedientes administrativos de presas de buques enemigos, contrabando de guerra y represalias.

4.º Informar sobre los recursos de alzada que se interpongan contra las resoluciones de las autoridades de marina en los expedientes de salvamento de buques náufragos.

5.º Resolver los casos de disenso entre las autoridades de marina y sus auditores en los expedientes de hallazgo y adjudicación de efectos encontrados en la mar ó arrojados á las costas.

Art. 94. Constituido en Sala de Justicia, conocerá el Consejo reunido en única instancia:

1.º De las causas por delitos cometidos durante el desempeño de su cargo por los Directores generales de las armas, cuerpos é institutos, Capitanes generales de distrito y de departamento marítimo, Generales comandantes en jefe de cuerpo de ejército y jefes de escuadra que operen independientemente, Comandantes generales de división, provincia y apostadero marítimo que ejerzan mando independiente, Gobernadores de plaza sitiada ó bloqueada y jefes principales de brigada ó columna que en campaña opere aisladamente.

2.º De las causas instruídas contra los presidentes, vocales y fiscales de los Consejos de guerra de Oficiales generales, por hechos relativos al desempeño de sus funciones de justicia.

3.º De las causas instruídas contra los auditores de Guerra y de Marina por delitos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

4.º De las causas instruídas contra los Obispos y auditores de la Rota.

5.º De las causas instruídas contra consejeros de Estado, Embajadores, Ministros plenipotenciarios ó residentes, y Ministros, magistrados y fiscales del Tribunal Supremo y de los de Cuentas y Ordenes militares.

Art. 95. Corresponde también al Consejo reunido la decisión de las competencias que se susciten entre los tribunales de Guerra y los de Marina, á excepción de las que se promuevan en las provincias de Ultramar.

### Sección 3.ª

#### Atribuciones de la Sala de Justicia

Art. 96. La Sala de Justicia conocerá:

1.º De las causas instruídas por delitos cometidos durante el desempeño de su cargo por los Gobernadores de provincia y jefes superiores de administración.

2.º De las causas instruídas contra los auxiliares y subalternos del Consejo y de sus fiscalías, por hechos relativos al ejercicio de sus cargos.

3.º De las causas instruídas contra individuos del Cuer-

po jurídico-militar y del jurídico de la Armada por hechos cometidos en el ejercicio de sus funciones.

4.º De las causas falladas por los Consejos de guerra, cuando no hayan sido firmes las sentencias dictadas por los mismos.

Art. 97. Corresponde también á la Sala de Justicia:

1.º Resolver los disensos en materia de justicia entre las autoridades de Guerra ó Marina y sus auditores.

2.º Decidir las competencias de jurisdicción entre los tribunales de Guerra, é igualmente entre los de Marina, á excepción de las que se entablen en Ultramar.

3.º Resolver lo procedente sobre las denuncias y quejas que se promuevan contra los tribunales y autoridades de Guerra ó de Marina por su conducta en la tramitación ó resolución de los procesos.

4.º Reclamar y examinar las causas fenecidas cuando lo estime oportuno, acordando lo que corresponda.

5.º Informar al Gobierno en los expedientes de indulto de pena impuesta por los tribunales de Guerra ó de Marina, y aplicar las amnistías é indultos generales en las causas de que conozca por propia jurisdicción ó hubiere fallado en definitiva.

6.º Conocer de los recursos que eleven al Consejo las partes interesadas, sobre la aplicación que hubieren hecho de las amnistías é indultos generales los tribunales ó autoridades inferiores.

7.º Conocer de los demás asuntos é incidencias judiciales que no sean de la competencia del Consejo pleno ni del reunido.

#### Sección 4.ª

##### Atribuciones de la Sala de Gobierno

Art. 98. A la Sala de Gobierno corresponde el conocimiento de todos los negocios que las leyes y reglamentos atribuyan al Consejo y no sean de la competencia del pleno, del reunido ó de la Sala de Justicia.

Art. 99. La Sala de Gobierno podrá someter al pleno ó al reunido los asuntos que por su importancia entienda que deben ser de su respectivo conocimiento.

### Sección 5.<sup>a</sup>

Disposiciones comunes á las cuatro secciones anteriores

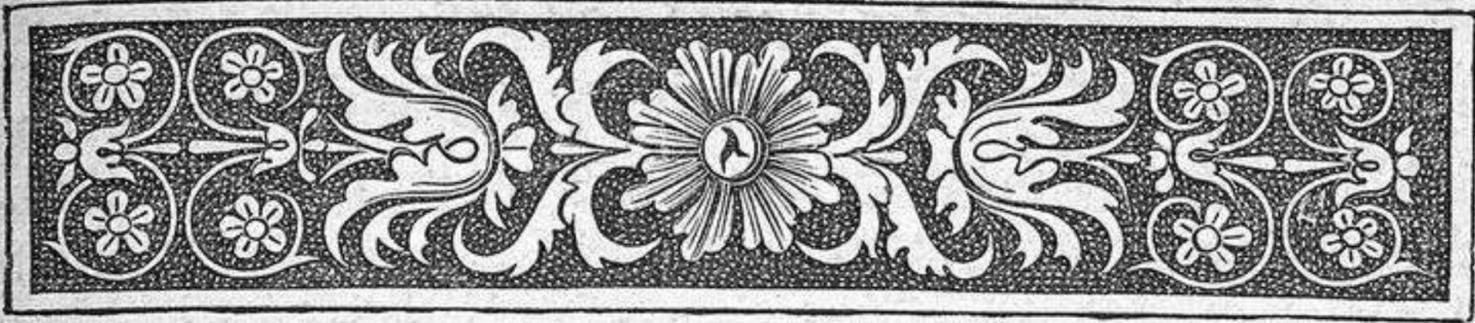
Art. 100. El Consejo Supremo de Guerra y Marina ejerce la suprema jurisdicción en el ejército y en la Armada, sin perjuicio de sus funciones consultivas.

Ningún tribunal militar ni ninguno de Marina podrá suscitarle competencia.

NICOLÁS DE LA PEÑA Y CUÉLLAR.

*(Continuará.)*





## LORD BYRON

---

TRES POEMAS, *puestos en verso castellano por D. José Núñez de Prado, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.*—Un tomo en 8.º de 258 páginas, Madrid, 1885.—Imp. de Pérez Dubrull.—3 pesetas.

**N**o andan ya de moda las tempestades del alma, que tanto interés excitaron en nuestros padres y en nosotros mismos, hombres maduros hoy, al comenzar en este mundo nuestra jornada;» dice el Sr. Cánovas del Castillo, refiriéndose al género poético cultivado por el autor de *Manfredo* y de *Don Juan*. Y en realidad, si el gusto literario tiene sus preferencias de época, justo es reconocer que éstas no marchan al presente en consonancia con aquellos pesimismo y aquellas desesperaciones que fué de rigor sintieran ó aparentaran sentir cuantos poetas escribieron versos en los comienzos del corriente siglo. Los impetuosos arranques del coloso del Parnaso inglés, tuvieron en ello no pequeña parte, creando una secta exaltada é intransigente, enemiga irreconciliable de toda producción lírica ó dramática que no tronase contra las realidades de la vida ó no se complaciera en calumniar á la humanidad, atribuyéndola, como manifestación ordinaria de sus propensiones, los crímenes más odiosos y los más repugnantes apetitos.

Tanto es el poder del genio. Niño aún, y ya carácter in-

dómito y procaz, desbordó Byron sus arrebatos de pasión y orgullo en admirables cantos, pasmo de su tiempo y timbre de su mérito, ora dulcísimos cuando los inspiró Margarita Parker, su primera musa, ora sangrientos y sarcásticos cuando *La Revista de Edimburgo* ridiculizó las *Horas de ocio*, su primera obra; Par de Inglaterra, es decir, representante de su país, cuando apenas tenía representación propia, rechaza la mano y las felicitaciones del Presidente de la Cámara con el mismo desenfado con que provoca más tarde los agasajos de Alí-Pachá ó los entusiasmos del pueblo griego; soñador hasta el delirio, melancólico y disipado, escéptico y creyente, capaz de las más altas virtudes y de los más denigrantes vicios, así se afana por lograr el título de esposo de aquella desdichada, pero enérgica mujer, que llevó su nombre, «tan buena, que yo (decía él), quisiera ser mejor,» como enamora á la misteriosa sevillana, la Inés de su don Juan; así escandaliza á Venecia con sus lubricidades como alarma á Roma con sus audacias; así afronta rudos peligros inscribiéndose entre los carbonarios, como gana excéntricas apuestas atravesando á nado el Helesponto; así llora acongojado en el *adiós* á su esposa, que envidiara madame Stael, como se revuelve cínico contra los respetos humanos y divinos, que huella despreciativo ó caprichoso...

Sus poemas son sus ideas, sus costumbres, sus impresiones, la exageración de sus sentimientos generosos, la fiereza de su vanidad y sus concupiscencias. ¿Qué extraño que su manera dominase en literatura, como su personalidad se impuso entre sus contemporáneos? El genio prescribe una regla donde quiera que estampa una huella, ha dicho el ilustre prologuista de *El diablo mundo*.

Aquí tuvimos (y el recuerdo se nos viene á la mano), un remedo hartamente brillante y fastuoso de sus aptitudes y de sus desvaríos, como poeta y como hombre... Con la diferencia de que Byron encontró amplio escenario donde agitarse, pródigo y emprendedor, temido y admirado, mientras que Espronceda, queriendo emularle, no vió que los bastidores le estrechaban en círculo mezquino, y que las bambalinas golpeaban despiadadas su cabeza...

¡*Quantum mutatus ab illo!* Hoy la poesía ha tomado nuevos rumbos, como la fama vive de otra savia.

\*  
\* \*

¿Qué importa?—ha dicho sin duda el Sr. Núñez de Prado,—y exhibe tres joyas de Byron á la consideración y para regocijo de los lectores españoles. ¿Es que el inteligente traductor se ha propuesto demostrar que, contra las aficiones dominantes en poesía, ésta triunfa siempre, avasalladora é imperiosa, cualquiera que sea el disfraz bajo cuyos pliegues encubra sus encantos?

La versión en rima castellana de *La novia de Abido*, *El infiel* y *Parisina*, aparece tan gallarda, tan rica de juventud y lozanía, que el vate inglés ha debido sentir alientos de resurrección desde la tumba que guarda sus restos en Nottingham.

No son, sin duda, los tres poemas elegidos por el Sr. Núñez de Prado los que mejor cimiento prestan al renombre del insigne autor. Ellos, no obstante, ponen en magnífico relieve el carácter singular de aquella esplendorosa inspiración que los creara. Casi simultáneamente (1813-14) brotaron de la pluma de Byron *La novia de Abido* y *El infiel*; poco después apareció *Parisina* (1816), y aunque de asunto diverso, en todos palpita la exuberante fantasía de Lord Byron. Su traductor ha acertado á conservarles la originalidad y el donaire de sus vigorosos trazos. Recojamos al azar algunos de ellos. Habla Selim, y dice en versos del Sr. Núñez de Prado:

Por mi valiente potro conducido  
ó la vela en el líquido elemento,  
el desierto cruzando enardecido  
ó el mar en alas del ligero viento;  
salta do quieras, mi alazán querido;  
deslízate con vago movimiento,  
errante á tu capricho, barca mía;  
en esto sólo cifro mi alegría.

Pero sé tú, Zuleika compasiva,

la estrella que me guíe en mi camino,  
 la paloma que venga con la oliva  
 el arca á serenar de mi destino;  
 si no hay paz en la vida fugitiva,  
 sé en sus borrascas iris peregrino,  
 luz que anuncia en la tarde, entre oro y grana,  
 con profético rayo la mañana.

.....

Dulce es soñar que en tenebroso día,  
 en las horas más negras de amargura,  
 cuando todo se cambia y se varía,  
 yo te he de hallar tan candorosa y pura;  
 sea tan firme tu alma cual la mía,  
 que yo tomaré de ella la ternura,  
 y unidos en la pena ó el contento,  
 confundamos en uno el pensamiento.

Si así canta el Sr. Núñez de Prado en la *Novia de Abido*,  
 veamos cómo se identifica con Byron en *El infiel*:

¡Delicioso clima! donde  
 las estaciones benignas  
 sonríen eternamente  
 á estas fortunadas islas;

Que de la cumbre lejana  
 del alto Columbas vistas,  
 la soledad hacen grata  
 y el corazón regocijan.

Aquí el undoso Oceano,  
 en sus risueñas mejillas,  
 llenas de dulces hoyuelos,  
 refleja las varias tintas

De pintorescas montañas,  
 por la corriente ceñidas,  
 que baña los orientales  
 edenés de sus orillas.

Si á veces el pasajero  
 blando soplo de la brisa

rompe el cristal azulado  
de las olas movedizas,

Ó roza ligeramente  
las verdes ramas floridas,  
¡qué bien venido es el aire,  
que despierta y disemina

Tanto olor, tanta frescura  
como entonces se respira!  
Porque aquí la fresca rosa,  
la sultana favorita

Del ruiseñor, casta virgen,  
por quien él canta y suspira,  
al acento de su amante  
se abre en púrpura teñida.

Su reina, de los jardines  
también reina peregrina,  
su rosa, nunca del viento  
ni de la nieve ofendida,

Lejos del invierno crudo  
de otros apartados climas,  
en todas las estaciones  
regalada por las brisas,

En el más süave aroma  
vuelve al cielo convertida  
la frescura, que recibe  
de la tierra que la cría.

.....

Las mil flores del verano  
aquí los campos matizan,  
y hay sombras que los amantes  
gustosos compartirían,

Y grutas que hechas parecen  
para el descanso y la acidia,  
y que sirven con frecuencia  
al pirata de guarida.

.....

¡Y cosa extraña, que donde  
la naturaleza misma

quiso hacer una morada  
 como de los dioses digna,  
 Y derramó sus encantos  
 y sus gracias exquisitas,  
 en aqueste paraíso  
 donde ella se regocija,

El hombre, amante insensato  
 del estrago y la rüina,  
 en un desierto convierte  
 la hermosa tierra que pisa!

.....

¡Extraña cosa, que donde  
 es todo paz y alegría,  
 en su orgullo las pasiones  
 siempre estén embravecidas;

Que en tan hermosos dominios  
 extiendan con saña impía  
 su imperio desordenado  
 la violencia y la rapiña!

Creyérase que los genios  
 infernales, en reñida  
 lucha con los serafines,  
 los vencieron y esclavizan;

Y que en los tronos celestes,  
 libres ya en su rebeldía,  
 se sientan los herederos  
 del infierno y de sus iras.

¡Tan bello como es el sitio,  
 hecho para la alegría,  
 tan malditos son los hombres  
 que lo siembran de rüinas!...

Si el traductor cantara por su cuenta, no rimaría con mayor desahogo, no emplearía dicción más fácil, más limpia y más correcta. Si Byron hubiera escrito en castellano, no habría dado expresión más afortunada á sus ideas. «Intérprete digno de su genio y fama,» como dice el Sr. Cánovas del Castillo, es el Sr. Núñez de Prado testimonio vivo de lo que

puede esa fuerza de asimilación que constituye una de las piedras angulares del talento.

En *Parisina*, á nuestro juicio el más interesante de los tres poemas, y el que con más cariño ha vertido el traductor, la gentileza de los rasgos poéticos, las armonías de la versificación, el arte que da tonos y matices al relato, descuellan tan vigorosos y atractivos en la versión castellana como en el original inglés. Baja la heroína al bosque del castillo de Este, donde espera á su amante á la hora en que las aguas y el viento

juntos murmuran en concierto vago  
y hacen música dulce en el oído.

Y están llenas las flores de rocío  
y sus estrellas muestra el cielo puro  
y el azul de la onda es más sombrío  
y el verde de las hojas más oscuro.

Y suave baña el firmamento raso,  
esa tinta entre clara, entre sombría,  
que vaga fluctuante en el ocaso,  
y sigue al lento declinar del día.

*Parisina* se sienta, trémula por la emoción que domina su alma, á medida que, al avanzar el tiempo, se acerca el momento de ver á Hugo entre sus brazos.

Escucha; pero no es el dulce canto  
del ruiseñor amante: más querido  
y de más suave y delicioso encanto  
otro acento esperando está su oído.\*

Del bosque espeso entre el follaje verde  
rumor de pasos se percibe lento,  
y súbito el color su rostro pierde  
y late más su corazón violento.

Pero se oye una voz entre las hojas,  
y el perdido color vuelve al semblante,  
y cesan de su pecho las congojas,  
y luego... ya á sus pies tiene á su amante.

¿Y qué es para los dos ahora el mundo  
con sus cambios de tiempo, en guerra ó calma?  
Vivientes, cielo y tierra y mar profundo,  
nada son á sus ojos, ni á su alma.

Como cuerpos sin vida, indiferente  
el espíritu á cuanto le rodea,  
el uno para el otro solamente  
vive y respira y goza y se recrea.

Revelan sus suspiros tal ventura,  
que si no decayera su alegría  
de esa suprema dicha, la locura  
el pecho que la siente destruiría.

Ni el crimen ni el peligro al pensamiento  
vienen en su confuso desvarío;  
¿quién teme ni vacila en tal momento  
de tal pasión sintiendo el poderío?

¿Quién piensa en lo fugaz de esos instantes?  
—¡Ya se pasaron! ¡Ay! de ese halagüeño  
soñar, preciso es despertarnos antes  
de saber que no vuelve más el sueño.

\*  
\* \*

Quien así versifica, para reflejar pensamientos ajenos, demuestra bríos é iniciativas propias de verdadero poeta. Y no son sus aciertos pasajeros; con pesar renunciaremos á transcribir nuevos trozos del libro con que ha enriquecido los fastos literarios. El canto primero de la *Novia de Abido* es un modelo; romances hay en *El infiel* que compiten con los mejores de nuestra poesía popular; las estancias en que Hugo increpa al Príncipe Azo pueden figurar, por su sonoridad y energía, al lado de las más celebradas de los *Gritos del combate*.

Byron, un tanto olvidado de nuestra generación, recobraría notoriedad y séquito si sus obras fueran todas objeto de trabajos tan concienzudos y brillantes como el del Sr. Núñez de Prado. Triste es condenar el alma á las lobregueces de una desesperación, que cierra las perspectivas del bien y de la

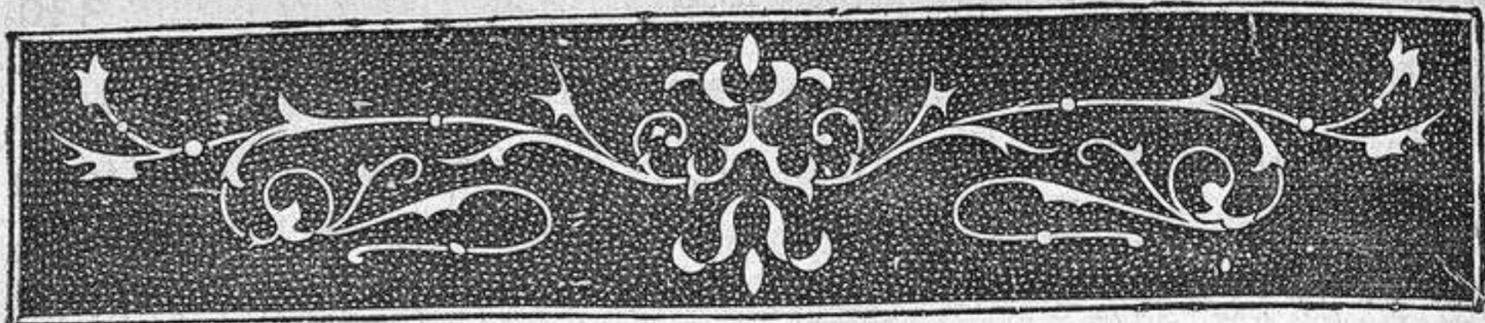
virtud, sumiendo al hombre en eterna noche de desconsuelos y aflicciones; que, á espaldas de la fe, antorcha de la esperanza, puede conducir al desprecio de la vida, á la misantropía, al suicidio... Pero, ¿acaso, aun con sus exageraciones, con sus impiedades y desvaríos, no son gigantes en la esfera del arte los que tales mundos evocan al mágico conjuro de su acento? Realice el poeta la belleza y, ya surja á su voz sombría y taciturna, en los misterios de la callada noche, ya aparezca risueña y comunicativa, á los albores de la alegre aurora, siempre encontrará homenajes que la reverencien, aplausos que la festejen, entusiasmos que la enaltezcan y la admiren.

Ser ó no ser, ya lo dijo Shaskepeare, poetas y no poetas; he aquí la única división aceptable entre los emisarios del divino Apolo.

El Sr. Núñez de Prado ostenta en su ejecutoria el blasón de los escogidos. Honor al noble tutor de *Parisina*... ¿Podrá, por ventura, negarse á presentarnos á *D. Juan*? Las dificultades del empeño avaloran el mérito del triunfo.

JAVIER UGARTE.





## REVISTA DE TEATROS

---



INVARIABLES en nuestro firme propósito de ocuparnos de la situación y aspecto del teatro contemporáneo, siempre que la ocasión y el espacio nos ayudara, vamos á aprovechar la una y el otro ahora que los estrenos de la primera quincena del lluvioso y ventoso abril nos abren camino, y la justificada permanencia en el histórico escenario del Teatro Español de la última producción del Sr. Echegaray *Vida alegre y muerte triste*, puede servirnos de tema á nuestras ligeras observaciones, y de modelo especial y genuino del drama moderno.

\* \*

Ya nos hemos ocupado con detención de este nuevo y aplaudido drama, y hoy vamos á encaminar nuestras reflexiones en lo que se relaciona con el estado de nuestra literatura dramática contemporánea, excluyendo la crítica y el examen de tan aceptable obra, sino en lo que se relacione con nuestro propósito el que también abarca el estreno de *Fedora* verificado en el Teatro de la Comedia por la compañía italiana que tiene encomendada su dirección al primer actor Giovanni Emmanuel, á la aparición en el de la Zarzuela de la *troupe* traspirenaica, llevando á la cabeza al bufo

parisién Paulus; la primera representación de la traducción de Victoriano Sardou *Tres mujeres para un marido*, que hemos visto en el de la Alhambra; la aparición en el de Novedades del drama *La cruz del Humilladero*, original de los señores D. Vicente de la Cruz y D. Manuel Reinante, y por último, y sólo con el carácter de epílogo, la apertura del Circo de Price con una compañía de acróbatas de todos sexos y especie, capitaneada por su empresario, Sr. Parhis.

\* \* \*

Si no un parecido exacto, tiene mucha semejanza la época en que empezó á escribir D. José Echegaray (al que no apellidaremos el monstruo de la Naturaleza) con las más características de nuestro teatro español, y sobre todo en su última producción se reasumen todas, si bien no de una manera perfecta y concluída, á cuyo término no ha llegado todavía, y no sabemos si llegará el reputado dramaturgo contemporáneo, que si reúne condiciones para ello, tiene defectos tan palmarios como sus relevantes dotes.

La primera época fué aquella en que Lope de Vega, apellidado el *Fénix de los ingenios*, arrinconó con mano poderosa y fino acierto las farsas, boberías, entremeses, y dando al traste con los preceptos clásicos greco-latinos, sumió en el olvido las obras del Marqués de Villamediana, Torres Naharro, Lope de Rueda y otros del mismo género, y llevó por otro camino la comedia, dotándola de bien trazados caracteres, de ingeniosos recursos dramáticos, no desterrando en cambio la inverosimilitud, la complicación de episodios y el hacinamiento, lances y accidentes que engendraban una confusión á todas luces antidramáticas.

Siguiéronle en tan por entonces brillante senda Tirso, Moreto, Calderón, Montalbán, Solís, Rojas, Alarcón, Vélez de Cubillo, Diamante, Mira de Mescua, que perfeccionaron y dieron más brillo á la comedia española, cerrando tan glorioso período Cadamie, Hoz y Mata, Zamora y Cañizares.

\* \* \*

El advenimiento del Rey D. Felipe V al trono de España, la guerra de sucesión con Austria y lo accidentado de este período histórico, se hizo sensible en nuestra escena, contribuyendo á la segunda época de un decaimiento, del que en vano intenta librarla Zamora y Cañizares intentando resucitar las dormidas glorias de la musa de Lope, Moreto y Calderón y demás ilustres vates ya mencionados, siendo tanta la confusión literario-dramática de aquellos tiempos, en las que alternaban con lamentable desorden las divinidades mitológicas, los héroes legendarios, los milagros de los santos, las heroicidades de los Reyes, nacidas á borbotones de las, desgraciadamente, fecundas péñolas de Gerardo Lobo, Antonio Pablo Fernández, Fray Juan de la Concepción, Valladares, Sotomayor, Arellano, Zabala y Zamora, y el nunca bien ponderado D. Luciano Francisco Comella, de *eterna recordación*, la que en vano intentó poner á raya la *Poética*, de don Ignacio de Luzón; las tragedias *Virginia* y *Ataulfo*, de don Agustín Montiano y Luyando, la de Llaguno y Amirola, *Athalia*, traducida del francés; los que, con los títulos de *Lucrecia*, *Hormisenda* y *Guzmán el Bueno*, y la comedia *La Petimetra*, de D. Nicolás Fernández de Moratín; *El delincuente honrado*, de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, las tragedias de D. Vicente García de la Huerta y los sainetes de Ramón de la Cruz Cano, alborada de los de la dramática española de aquellos tiempos, que anunció un día risueño en que don Leandro Fernández de Moratín con su *El sí de las niñas*, *El barón*, *La mogigata* y *La comedia nueva*, nubló los astros de Talía, ya originales, ya mal traducidas, manía deplorable y sensible entre nosotros, de *Marta la Romarantina*, *Pedro Vayalarde*, *Los mártires de Toledo*, *San Pascual Bailón*, *Los encantos de Ansenón*, *El sol de España y de Oriente* y *Toledano Moisés*, *Hernán-Cortés en Tabasco*, *El vinatero de Madrid*, *Por esposa y trono á un tiempo*, *El mágico de Servan*, *Catalina II*, *Gustavo Adolfo* y otros tantos abortos que componían el grueso de tan detestable ejército de comedias soporíferas, dramas pseudo-románticos, traducciones aborrecibles en abundancia que alternaban con las refundiciones de las comedias de Lope, Calderón y Moreto, debidas á la culta pluma de D. Cándido Ma-

ría Trigueros. Las que, como las otras, no se aclimataron en nuestra escena, apesar de las relevantes dotes artísticas de Máiquez, Rita Luna, Antonia Prado, Manuel García Perra y José Oros.

Sólo Moratín pudo hacer se replegara en cuarteles de invierno, y augurar una nueva época literario-dramática que, con intermitencias, siguió sostenida por D.<sup>a</sup> Rosa Gálvez de Meseguer y de Castrillón, Cienfuegos, Vargas Ponce, el Duque de Híjar, Quintana, Enciso, Solís y Carnicero, con sus tragedias *Zoraida*, *Egilona*, *Los Troyanos*, *Pelayo*, que tuvieron notable interpretación en Isidoro Máiquez, popularizador del repertorio extranjero de Talma.

A estos siguieron Gorostiza, con su *Don Dieguito*; Martínez de la Rosa, con *Lo que puede un empleo*, *La niña en casa*, y *la madre en las máscaras*; el Marqués de Cajigal, con su *Matrimonio tratado*; D. Javier de Burgos, con *Las tres iguales*, y D. Dionisio Solís, más hábil refundidor y traducccionista que como autor original, dió á luz sus tragedias *Camilo* y *La familia árabe*.

Las traducciones estaban en lamentable apogeo; no parecía sino que el teatro nacional iba á desaparecer, procurando darle calor y vida la Antera Baus, La Vig, Carretero, García Luna y Cubas, que, dignos émulos de La Amarilis, La Calderona, Amido Rojas y Juan Rana, interpretaban á maravilla las refundiciones del teatro antiguo.

La tragedia clásica apenas si tenía lugar en la escena, siendo de ella débiles reflejos *La viuda de Padilla* y *Lanuza*, de Martínez de la Rosa y el Duque de Rivas. Las glorias de nuestro teatro se oscurecían por completo, su histórico edificio recamado de ricas joyas se empezaba á desmoronar, cuando anunciaron los fulgores de su *tercera época* los jóvenes D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Francisco Flores Arenas. La fecundidad del primero y el reconocido talento del último dotaron al teatro de la verdadera comedia española, adaptada al gusto y á las exigencias de la época, y les abrieron su puerta al romanticismo, por la que entraron con firme paso y gloriosa marcha, Martínez de la Rosa ostentando su *Edipo*, y el Duque de Rivas su *D. Alvaro ó la fuerza del sino*,

que operando un cambio radical en nuestra escena, dieron vida á las creaciones de *El trovador*, *Los amantes de Teruel*, *Carlos II el hechizado*, *D.<sup>a</sup> María de Molina*, *La corte del Buen Retiro* y *el Zapatero y el Rey*, y nombre envidiable en la república de las letras á García Gutiérrez, Hartzenbusch, Gil y Zárate, Roca de Togores, Escosura, Zorrilla y otros varios de inolvidable recuerdo.

Alternando este nuevo género con las populares comedias de Bretón, salieron á la vida literaria Rubí, Ventura de la Vega, Tamayo y Baus, Ayala, Pinedo y Núñez de Arce, Retes, Luis San Juan, Echevarría, Hurtado, Coupigni, Blasco y muchos más que hicieron de nuestra escena una primavera hermosa y esplendente y un otoño agradable y ameno; pero como todo cambia en este mundo deleznable y tornadizo, las cosas políticas que en 1823 cambiaron la faz de nuestras costumbres y arrastraban al teatro entre sus inevitables consecuencias, las verificadas en 1868, produjeron una reacción en nuestro modo de ser, el gusto cambió por completo, la intranquila movilidad de los espíritus, las luchas de las ambiciones y los deseos, la libertad de pensar y de imprimir, el combate de las opiniones encontradas y la aspiración constante de un mejoramiento progresivo hizo que el gusto siguiera las volubles corrientes de la época, lo que unido á la introducción del género bufo y la apertura de teatros por secciones, con su correspondiente aditamento de café y tostada, lanzó á la palestra á una porción de jóvenes, que sitiados detrás de las trincheras de un absolutismo teatral inconcebible, no podían lucir sus dotes de escritores cómicos y dramáticos, á su sombra, tomando el teatro como refugio de incapacidades, se lanzaron los que no tenían otro modo de vivir, creando tal confusión y tal laberinto, que lo bufo, lo cómico, lo dramático, lo trágico, lo insulso y todo lo inverosímil y absurdo se presentó en nuestra escena en tan confuso tropel, que contribuyó muchísimo á que el gusto, estragado por efecto del cambio de vida de unos que subían y otros que bajaban, á la afección á las obras modernas extranjeras más materialistas que artísticas y al positivismo que se hacía sentir, la libertad ilimitada de hablar y hacer, y por último,

lo más fácil que era y es traducir que crear, hizo que nuestro teatro se convirtiese en un cuerpo acéfalo tan desconocido y abigarrado, que apenas se podía certificar de su existencia.

\* \* \*

En estos momentos se presenta el Sr. Echegaray, y aunque nosotros no le concedemos el lauro de ser un regenerador hasta ahora ni mucho menos, á fuer de imparciales, no negamos que pudo y puede contribuir mucho á realizar su alto fin, y protestando de que no pensamos hacer un artículo apologético, es nuestro objeto único y primordial dejar sentado que apareció en el estadio de la dramática española, á encauzar si era posible el desbordamiento que cada día se iba haciendo más sensible.

Comprendiendo sin duda la índole de nuestro público, sus condiciones y su genuino carácter, la impresionabilidad que le distingue y lo fácil que es llamar su atención y excitar su entusiasmo ó su hilaridad, teniendo muy en cuenta que el gusto de los pueblos cambia y depende de los conocimientos humanos, de las costumbres, de las creencias políticas ó religiosas, y de la civilización y de la cultura que se infiltra insensiblemente en todas las capas sociales, sin respetar ni las más ínfimas, midiendo con exactitud matemática los grados y la altura en que estas circunstancias se encontraban, lanzó su primera obra la *La esposa del vengador*, más romántica que naturalista como dieron en decir, y más naturalista que clásica.

Como queda probado por el breve relato que venimos haciendo, los elementos constitutivos de nuestro drama nacional se reducen al teatro antiguo, sostenido por Lope y Calderón, al clasicismo extranjero, defendido por Huertas y Moratín, y al romanticismo implantado por el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, y si se quiere Zorrilla; el público, impresionable siempre en este terreno, y cansado de fruslerías y mamarrachadas, mal traducidas y peor importadas de la vecina república, acogió aquellas primeras obras con el mismo entusiasmo y frenesí con que acogiera en aña-

jos y no lejanos tiempos las de los insignes vates, que como crepúsculos refulgentes de mejores tiempos brillaron en las tres épocas de que nos hemos ocupado.

De esperar era que el Sr. Echegaray que anunciaba una nueva época regeneradora de nuestro teatro, y los que á su sombra y siguiendo sus huellas se hicieron secuaces de su escuela adulterándola y corrompiéndola sin piedad, comunicaran tan laudable empresa y concluyeran de una vez esa confusión de los tres géneros indicados que no han desaparecido, sino que, por el contrario, se patentizan y arraigan cada día más, como lo prueban las obras nacionales y extranjero estrenadas últimamente, las que confirman nuestro aserto *Fedora*, *La Bolla di Sapponé* y *Odette*, representadas en la Comedia, *Una mujer para tres maridos*, traducida del francés, y cuyo estreno se verificó en la Alhambra, las que representan los restos de ese clasicismo, importado de Francia, que tan en boga estuvo siempre en nuestro teatro y que prueba que si la idea capital, base de la composición dramática, puede variar según los tiempos, las épocas, la ilustración y las costumbres, la naturalidad y el interés en la acción, la sucesión sencilla y sin esfuerzo, la verosimilitud en las situaciones, la propiedad en los caracteres, conformidad de las pasiones con la situación, su modo de desarrollarla con acierto, tacto y movimiento adecuado á la acción y al plan, la analogía y también propiedad de la versificación y del lenguaje con la época y el carácter de los personajes, desterrando la hinchazón y los conceptos alambicados, son condiciones inherentes y esenciales á toda buena obra dramática ó comedia y que están en relación con el arte, estudio y profundidad que en este género de composiciones se exige.

*La Cruz del Humilladero*, de los Sres. La Cruz y Reinante, que hemos visto en Novedades, por lo absurdo de su argumento, disparatado de la acción, falseamiento de los caracteres, y sublimidad é idealidad de que quieren revestirla, recuerdan los tiempos del romanticismo, y sazonados con las reminiscencias de aquellos abortos dramáticos, como *Las Ruinas de Palmira* y *Las Herrerías de Maremena* de principios

del siglo y fines del pasado, tan admirablemente criticados por Moratín en su *Comedia nueva ó el café*.

El gongorismo y el culteranismo, ese afán de discreteo y de diálogos casi serios y de impropios discreteos con que nuestros autores modernos aderezan sus obras, y que tan palmariamente contrastan con la idea y las tintas naturalistas con que quieren comprimirlas, recuerda las comedias de nuestro teatro antiguo, y las ha patentizado y demostrado claramente la vitalidad de los tres géneros enunciados en los momentos actuales de la dramática española.

¿Qué han hecho hasta ahora para corregir tan grave mal el Sr. Echegaray y los que le han precedido, absorbiendo y desfigurando el teatro nacional? Los segundos, nada ó peor que nada; hacinar traducción sobre traducción *cálamo curren-te*, sin detenerse á seguir las huellas de Ventura de la Vega y Fígaro, en el arreglo de obras extranjeras, sin cuidarse de apropiárselas á nuestra escena, ni en sus caracteres, ni en su forma, ni en su fondo, como lo prueba la estrenada en la Alhambra, que fracasó, por pretender traer á la escena española accidentes, episodios, situaciones y personajes franceses, y no adaptables á nuestras costumbres y modo de ser.

Confundir despiadadamente los tres géneros, y marcharse lastimosamente por los cerros de Úbeda en aras de una fantasmagoría dramática en todos extremos y bajo todos conceptos lamentable y perjudicial á todas luces.

El segundo, ó sea D. José Echegaray, no ha conseguido otra cosa hasta hoy que reasumir, no por separado como los anteriores, los tres elementos constitutivos del drama en sus diferentes producciones, sino fundirlos en su última obra de una manera evidente y clara; el clasicismo se refleja en el desarrollo de su acción, su interés creciente y urdimbre dramática, el romanticismo en algunos de sus momentos y situaciones, y el teatro antiguo en la fraseología, lirismo y conceptos ampulosos.

Esto ya lo digimos en nuestra anterior revista; hoy lo repetimos y á la par insistimos en que, dado este paso, puede, á poca costa, teniendo en más que su fama y nombre pasen á la posteridad justamente cimentados, que los laureles pasaje-

rós, fáciles de marchitarse, ser, en vez de meteoro que ilumina por breves instantes el espacio, astro brillante que fije los cimientos sólidos del teatro moderno sin mezcla del antiguo, el que sólo debe emplearse para que vivifique el estro poético, no como escuela, inspirándose en la época actual, sino en lo que debe ser el teatro, y que esto sea difundir la enseñanza en el público y que sea esta la norma que ha de regir.

Alguna lucha representa esta empresa con los encarnizados enemigos que la combaten; pero por fortuna se encuentran casi destrozados y reducidos á la última trinchera; testigos de mayor excepción son en primer lugar los bufos, que arrinconados y casi proscriptos de nuestra escena, no logran sacar la cabeza, por más que las compañías francesas que han tomado por asalto el Teatro de la Zarzuela traten de resucitarlos, trabajo inútil, apesar de las gracias insulsas de sus actores, capitaneados por el actor Paulus, bufo de *fraque* que consigue asome la risa en los labios de los espectadores.

La degeneración de este mismo género, retales sombríos de los sainetes de D. Ramón de la Cruz, que en su tiempo le cupo también la gloria de dar vida á nuestra escena, y de los entremeses de Cervantes y Benavente, que con tanto afán se cultivan en los teatros por secciones, van agotando el numen de los Flores García, Estremera, Burgos, Pina y Domínguez, Parra, Gascón y Jackson, que en vano ha querido sostener el fuego sagrado de tan abigarrado género en las últimas producciones presentadas en Lara á beneficio de Mejejo, tituladas *Turno pacífico* y *Mano de gato*, y en Eslava con *Maridos al por mayor*, y otras.

Los saltos, cabriolas y ejercicios acrobáticos, que han adquirido carta de naturaleza en el Circo de la plaza del Rey, han quedado reducidos á ser espectáculo de verano y no logran excitar el entusiasmo que Paul, Price y Chinisselli excitaron en no lejanos días.

Queda el regio coliseo, enemigo poderoso que tiene en su contra las exigencias imponderables de sus cantantes, que aun consiguiendo aplausos como Batisttini y Anton en *María di Rohan* y *La favorita*, en la que este último rompió el

hielo del público, que le acogió con justicia de un modo en extremo halagüeño, no calman las amarguras de sus empresarios, débilmente sostenidas por las autocráticas leyes de la moda.

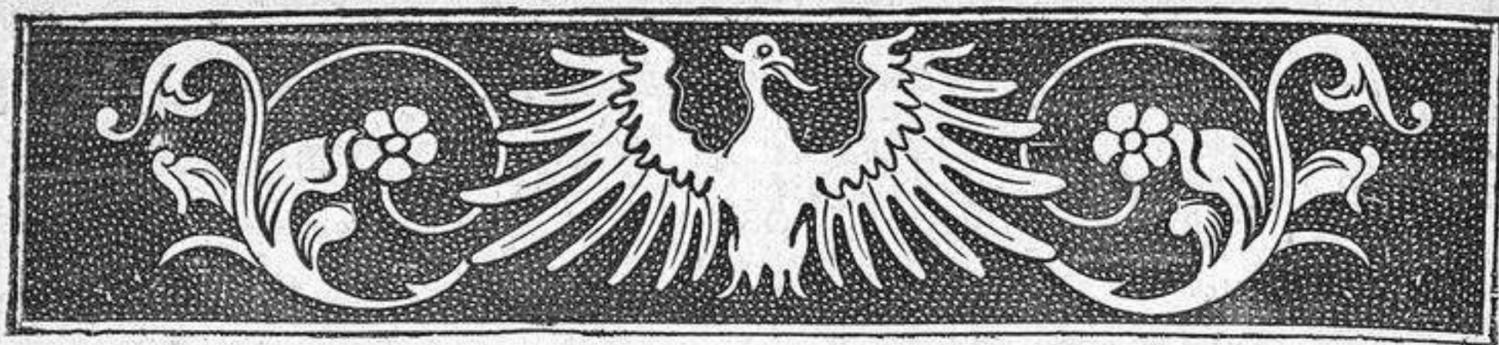


Trabajando con fe y con entusiasmo, teniendo en algo el arte y la gloria justamente adquirida, tarda en desvanecerse, y no dándolo todo al lucro y á triunfos convencionales que nacen marchitas, el teatro puede regenerarse; elementos hay para ello.

Tenemos autores en embrión y que pueden dar lugar á serlo en realidad; y respecto á los actores, ya expondremos nuestra pobre opinión cuando al ocuparnos de la interpretación que obtienen las obras por las compañías extranjeras y españolas que en la actualidad obtienen el favor del público, digamos algo en la próxima revista de tan difícil arte.

RAMIRO.





# SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

---

*Conclusión (1)*



UY diferentemente del zorro, que obra con reflexión y lógica, un ciervo desvía á veces del camino sin razón concebible, y sigue la nueva dirección que elige tan rápida y resueltamente como la que antes recorría.

En aquella circunstancia, el animal, después de haber saltado una valla muy alta de espinos entre dos fosos, se volvió bruscamente hacia un lado y desfiló á la sombra de la misma valla que acababa de saltar, de manera que los perros, lanzados como estaban, hubieron de pasar más allá del punto en el que acababa el ciervo de cambiar de dirección.

La Srta. Douglas tiró primero de la rienda á su caballo y luego le dejó hacer. Abandonados á sí mismos los perros, comprendieron su error, y volviendo á caer sobre la pista, se lanzaron de nuevo en persecución del ciervo con magnífico brío y sin haber perdido mucho más de un minuto.

Tan corto espacio de tiempo tuvo, sin embargo, por efecto

---

(1) Véase la pág. 492 del tomo anterior.

reunir á Bellorita y á su mujer, á Bill y al General en el cercado donde se encontraba la Srta. Douglas. Esta oyó detrás los pasos de los caballos que la seguían, se volvió é hizo tomar á su yegua un galope todavía más tendido que antes. Si, como parecía probable, estaba resuelta á no dejarse alcanzar, la trailla que rodaba ahora con una velocidad vertiginosa, favorecía admirablemente sus designios. Ningún caballo en el mundo podía alcanzar la trailla, y hasta *Satanella* tenía que hacer los mayores esfuerzos para no perder terreno. La mayoría de los caballos se había quedado atrás á mucha distancia. El General conocía que flaqueaba ya por momentos el animal superior que montaba; Bill iba adelantando con dificultad; el mismo Bellorita deseaba ya un poco de respiro, y solamente el pequeño *Boneen*, que era de pura raza, y tan incansable como perezoso, continuaba galopando, dispuesto y lleno de fuerza como en el primer momento del arranque. Durante más de una milla, nuestros cuatro amigos prosiguieron su carrera sin ningún cambio en sus posiciones respectivas. *Satanella* les iba aventajando gradualmente y los perros se alejaban de todos. Saltaron en el intervalo dos ó tres obstáculos, y en el último lugar un arroyo bastante ancho. Habiendo vuelto la cabeza Bellorita en aquel momento, algo inquieto por su mujer, no pudo menos de admirar el modo con que Norah manejaba y excitaba á *Boneen*. Aquel buen caballito, criado y adiestrado en Irlanda, parecía reunir, á la agilidad de un gato, el inteligente instinto de un perro. Como todos los de su sangre, solía sólo sacudir su pereza cuando sus compañeros empezaban á sentirse cansados, y la Sra. Walters, que se unió con su marido en la falda de la colina, después del paso del arroyo, le dijo sin que él la oyese:

—Bien podría yo ahora dirigir la caza si quisieses dejarme: el pequeño *Boneen* es tan alegre como el héroe de un teatro Guñol. ¡Yo bien quisiera detenerle, pero es tan buen muchacho, que no sabe cómo hacerlo!

El caballo de Bill metió sus pies traseros en el arroyo y cayó, pero volvió á levantarse en seguida con su jinete. El General saltó el mismo obstáculo sin accidente; solamente

que estando el caballo cansado y formando el terreno una pendiente al otro lado del agua, se encontró ser el último de los que de más cerca seguían á los perros.

En la cumbre de la colina se encontraba, para mayor contrariedad, una gran valla negra de un aspecto muy poco agradable. ¿Qué había detrás de aquella alta y sombría barrera? Lo desconocido, una pesada caída tal vez. Bellorita miró con ansiedad á derecha é izquierda, siempre inquieto por su mujer; pero no había ya medio de evitar el obstáculo. Era preciso arrostrarlo ó volver grupas. Fijó entonces sus miradas en la famosa yegua negra, que corría cien pasos adelante para ver cómo saldría de aquel caso, y quedó medianamente tranquilo viendo, en el momento en que la yegua se levantaba encima del obstáculo, una especie de lucha en el aire, lucha y triunfo de la que no se podía inferir sino que el sitio del lado opuesto no tenía nada de terrible.

Titubeaba, sin embargo, y detenía su caballo. Pero la impaciente Norah le gritaba de continuo:

—¡Vamos, Bellorita, vamos adelante!

Se resignó á hacer una nueva tentativa, arriesgándose, con los labios trémulos, no por él, sino por ella.

El obstáculo quedó felizmente vencido, y entonces se volvió en su silla para ver lo que había sido de su mujer y del pequeño *Boneen*. El relato que Norah hizo más tarde de su peligroso salto, lo explica mejor que pudieran hacerlo mis palabras.

—Cuando lo lancé en la valla—dijo,—le toqué al propio tiempo el hombro con el látigo, para darle á entender que no estaba en Kildare. Bastante lo comprendió el precioso animalito, pues le ví alzar las orejas y volverse á poner al galope; pero, ¡me hubiera gustado que vieses el salto que hizo cuando se levantó del suelo! ¡Y qué baraunda había detrás de aquel cercado! rosales silvestres, madreselvas, y no sé qué; pero todo enredado y amontonado, ocultando un foso negro, ancho y profundo como un desmonte de vía férrea. Pues bien; yo sentí que despedía un terrible par de coces en el momento en que dejaba aquel confuso montón á diez pies de distancia; y mira, Bellorita, cuando volvió á tomar tierra, tan ligero

como un brujo, estoy segura haberle oído echarse á reír!

La Sra. Walters, que como muchas paisanas suyas era muy propensa al entusiasmo, no pudo reprimir un pequeño grito de admiración ante el espectáculo que se le presentó después de haber hecho aquella proeza. Hasta al horizonte se extendía un valle magnífico, todo de pastos, iluminado por los oblicuos rayos de un sol de noviembre. Muy lejos, delante de ella, en el fondo del valle, un objeto oscuro, que sospechó era el ciervo, se movía con rapidez; en un campo más cerca estaban los perros corriendo con nuevo ardor, lo que demostraba que ellos también habían visto la caza; finalmente, á la falda de la colina que la dama bajaba, había también otra dama obligando á la yegua negra á una carrera veloz y muy peligrosa en una pendiente igualmente rápida. Bellorita seguía á *Satanella* á una distancia de cincuenta pasos, y Norah la acosaba de cerca, loca de placer y atormentada por vivos deseos de soltar la rienda á *Boneen* y de ponerse delante de todos.

De repente, en un momento en que Norah levantaba la vista para mirar á la intrépida amazona de la yegua negra y medir la distancia que de ella la separaba, dió un grito desgarrador y ocultó su rostro entre sus manos, mientras que el pequeño *Boneen* se paraba de repente y sin aliento.

Cuando volvió á mirar, vió el caballo de su marido que movía sus ojos espantados con la rienda abandonada al cuello; al lado suyo, Bellorita que había saltado al suelo, y algunos pasos más lejos, extendidas sin movimiento en el suelo y confundidas en una masa horrible y sin nombre, la hermosa yegua negra y su desgraciada ama, la intrépida amazona.

Había sucedido que al llegar abajo de la colina, no cesando de correr, *Satanella* había puesto sus pies delanteros sobre una capa de tierra poco profunda que cubría un foso ó torrente sin agua, y lo que era de temer en tal caso, llegó desgraciadamente á ser un hecho: el suelo se hundió bajo su peso, y el pobre animal yacía quebrantado é inmóvil para siempre sobre la desvanecida Blanca.

—¡Se han matado las dos!—murmuró Norah con el rostro pálido é inmutado.

Su marido se ocupaba entretanto en quitar las cinchas de la yegua, para desprender el cuerpo inerte y magullado de la amazona del peso que tan cruelmente la aplastaba, y dió voces para llamar en su auxilio á Bill y al General, que acababan de penetrar juntos en aquel cercado.

—Confío que no—replicaba el joven en alta voz.

Y luego añadió en tono más bajo, al propio tiempo que una idea horrible le oprimía el pecho:

—¡Ah, mi querida Norah! ¡Cuando pienso que esto hubiese podido sucederte... á ti!

## CAPÍTULO XXX

### TRISTE DESENLAZADO

Sensible espectáculo era aquél para aquellos alegres cazadores que pocos momentos antes gozaban plenamente de las embriagadoras emociones de su galope. Triste y lamentable para el General, sobre todo, que volvía á encontrar en semejantes circunstancias á la mujer amada que creía haber perdido.

Después que hubieron sacado á la joven con todas las precauciones posibles de debajo del cadáver de la yegua, aquélla dió un débil gemido.

—¡Alabado sea Dios!—exclamaron los más próximos, seguros entonces de que cuando menos vivía.

No tenía felizmente que irse muy lejos para encontrar toda clase de auxilios. La Sra. Walters con razón observaba:

—Gracias á Dios que no sucede aquí como en Kildare, donde no se encuentra una cabaña ni un campo de patatas á muchas millas á la redonda. Cada granja tiene aquí el aspecto de una gran posesión y se encuentran habitaciones casi á cada paso.

La confortable vivienda de un acomodado colono, rodeado

de sus establos, estaba en efecto á poca distancia, y Bill estuvo allí en dos minutos, apesar de las dos caídas que había sufrido. Algunos otros jinetes, perseverantes, pero retrasados, llegaron entretanto; todos pararon la carrera para ofrecer sus servicios. No había sportsman bastante endurecido para seguir pensando todavía en los perros y en el ciervo que se iban Dios sabe á dónde, en presencia de aquel cuerpo sin movimiento, de aquel rostro inmóvil y descolorido, envuelto entre los abundantes bucles de una cabellera negra y brillante.

Cuando trasladaron á Blanca, tendida en unas tablas, á la hospitalaria casa del colono, cualquiera habría dicho, al ver adelantar lentamente aquel lúgubre cortejo, que era un convoy fúnebre en el que Saint-Josephs parecía formar el duelo.

El porte del General era grave y tranquilo, su marcha seguía firme y sus manos no temblaban; pero sus labios se agitaron por intervalos, y entonces una muda oración se levantaba desde el fondo de su alma quebrantada.

—¡No quiero más que hablarle otra vez todavía!...—decía.—¡Lo único que quiero es que pueda ella reconocerme y mirarme una sola vez siquiera!...

Este ruego ferviente debía ser oído.

Durante dos días, Blanca Douglas permaneció sin voz y sin movimiento alguno. La Sra. de Walters, que se había constituido en enfermera suya, no abandonó la cabecera de la cama. El General pasó aquellas cuarenta y ocho horas en la puerta del cuarto de la enferma.

El médico del lugar, práctico muy reputado, que había visto á la Srta. Douglas momentos después de su accidente, no había aún expresado su opinión ni por medio de sus palabras ni por sus gestos; pero así que estuvo fuera, movió la cabeza en señal de desconsuelo. Un célebre médico de Londres á quien enviaron á buscar al momento, guardó también un silencio de mal agüero, y, como su colega, fruncía las cejas y movía de uno á otro lado la cabeza cuando subió al coche que volvía á conducirle á la estación. El buen colono que había puesto generosamente su casa y cuanto poseía á

disposición de la víctima, tomando también el acuerdo de mandar á sus hijos á casa de una tía suya que vivía en una granja vecina, se sentía, según declaración propia, profundamente desanimado. Su buena mujer, con las lágrimas en los ojos, andaba en la punta de los pies por aquellas silenciosas habitaciones. Bellorita y Bill corrían de acá para allá por todas partes día y noche, cuando se les exigía, y Norah, encerrada en el cuarto de su amiga, hacía grandes esfuerzos para cobrar alguna esperanza, y oraba, aunque sin atreverse á creer que pudiera el cielo concederle lo que pedía.

El General parecía más tranquilo y con más calma que nadie. Recogido y silencioso, velaba y no tenía, sin embargo, confianza alguna. Tal vez un instinto más sutil que el de los otros le daba una fatal certidumbre, y le instruía de la inevitable verdad de aquel grave estado.

Por la tarde del segundo día, Norah entró por el pasillo donde él se encontraba y le puso la mano en el hombro. Estaba sentado delante de una ventana y miraba distraídamente los campos y verjeles de que aquella habitación estaba rodeada. La campiña estaba ya sumergida en el precoz crepúsculo del invierno; pero lo que veía estaba bastante iluminado, pues el sol cubría aún la vertiente de la colina. Había un tinte dorado en el cielo, y en el suelo un siniestro montón formado por un caballo muerto, un pedazo de traje de amazona y un pequeño látigo que pocos días antes manejaba la enguantada y aristocrática mano de Blanca.

—Acaba de preguntar por vos—balbuceó Norah.—Venid al lado suyo... y apresuraos. ¡Que Dios os asista, General, y procurad sufrir esta prueba como hombre de corazón!

Estaba casi del todo á oscuras el cuarto; el General se acercó sin meter ruido á la cama y su mano se encontró con otra que buscaba la suya.

—¡Querida mía!...—murmuró.

Y las lágrimas del hombre fuerte rodaron calientes como las de un niño.

La enferma habló; su voz era débil y casi imperceptible.

—¡Mi pobre yegua!—dijo,—¿ha sufrido mucho?... No era culpa suya.

Él tuvo que responder y descubrió la verdad sin darse cuenta de sus palabras. Entonces la enferma continuó con una voz todavía más apagada que antes:

—¡Las dos!... Entonces no vale la pena. Yo quería dárosela, amigo mío, y rogaros que la cuidaseis por amor mío. ¿Me habéis... me habéis perdonado?

—¡Perdonado!—exclamó él.

El acento desfallecido del General parecía aun menos firme que el de la enferma.

— Os he hecho sufrir cruelmente—prosiguió ella.—No era yo bastante buena para vos. Todo lo veo ahora; y si tuviese que volver á empezar, no os abandonaría ya nunca... ¡nunca! Pero yo creía tener razón obrando mal como he obrado. Tomé muchas precauciones y me dí malos ratos para ocultarme aquí, pero ahora me alegro... sí, me alegro de que me hayáis por fin encontrado... ¡Qué sombría está esta habitación!... No soltéis mi mano... ¡Abrazadme, ahora... amigo mío!... Comprendo en este momento que yo también os amaba con ternura... y mucho más de lo que yo misma creía.

La débil presión de sus dedos fué más fuerte, y la oscuridad había aumentado todavía más en aquel cuarto.

Vino la noche, y un pálido rayo de la luna inundó aquella cama. El rostro de la amada joven estaba ya fijo y lívido, y... ¡la mano que el General oprimía entre las suyas estaba fría y crispada por la muerte!

El General se fué á las Indias con un corazón menos dolorido tal vez de lo que había esperado, un corazón libre por lo menos de roedores cuidados, de amarguras, humillaciones y luchas consigo mismo que poco antes le turbaban y afligían. Se quedó, sin duda alguna, grave, taciturno y aparentemente mucho más viejo de lo que en realidad era; pero cada cabello que blanqueaba en su frente, cada nuevo síntoma de vejez, parecía señalar en él una nueva etapa que le aproximaba más á desconocidas satisfacciones del alma, envueltas entre sus últimos recuerdos. Sentía un deseo ardiente de unirse á la que había tan tiernamente amado y había perdido en el momento en que iba á ser suya; sentía el deseo

de ir allá donde ella le había precedido, allá donde nadie podría poner entre ellos obstáculo alguno y jamás se separarían.

Bill y Bellorita le vieron por última vez cuando abandonó el suelo de Inglaterra. El primero, envidiando siempre el destino de todos aquellos á quienes una buena fortuna llamaba á un servicio efectivo, le encontraba dichoso en su desgracia misma. El segundo, comparando la existencia aislada y las destruídas esperanzas de su superior con su propia dicha, se sintió mucho mejor dispuesto para las luchas de la vida, más humilde y prudente.

La Sra. de Walters, sin perder nada de su franqueza y buen humor irlandeses, se volvió algo más seria, ó mejor dicho, adquirió más pronto la formalidad de madre de familia, y aunque á veces iba aún á las cacerías, montaba con menos atrevimiento, por cierto, que antes de la catástrofe.

Su hermana Mary, sin embargo, que había ido á pasar una temporada con ella, sostuvo el renombre de audacia de la familia, y hubiera conquistado el corazón de Bill por su intrepidez al seguirle á caballo entre los más formidables obstáculos, si aquel corazón no le hubiese ya pertenecido. A consecuencia de una famosa jornada durante la que la señorita Mary, que montaba á *Boneen*, supo instigar á aquel perezoso caballito de un modo que electrizó á Bill, éste no pudo contenerse más, y puso su persona, su fortuna, *Catamount* y *Benjamín* á los pies de la atrevida amazona. Tuvo ella la bondad de aceptarlo todo, menos el tejón, y aquel animal de fuerte hedor, tuvo que dejar la cómoda de su elección por una residencia más conveniente en una cuadra de alquiler. La boda se celebró en Londres y los jóvenes esposos inauguraron su luna de miel con una cacería de carrera de la que se habló por mucho tiempo.

Poco me queda que añadir relativamente á la Sra. Lushington. Aceptó ésta la triste desventura de la antigua amiga con la resignación habitual en las personas de su categoría que se encuentran enfrente de desgracias que no les alcanzan directamente ni son obstáculo para sus placeres. Perjuró que el lance era tristísimo, habló de vestir lutos,

pero no lo hizo, y continuó como antes acudiendo á las invitaciones que le hacían. Hasta la misma Bessie Gordon manifestó más sensibilidad, pues lloró, al saber la noticia, y por la noche del mismo día se presentó en un baile con los ojos hinchados y la nariz encarnada.

Muchas personas se informaron de lo que había sido de la Srta. Douglas. Generalmente contestaban en las tertulias algo parecido á las frases siguientes:

—¿No sabéis lo que ha sucedido? Es un lance doloroso, un accidente horrible. Se mató en una cacería. ¡Singular historia es la de aquella extravagante muchacha! Sí; era hermosa, sin duda alguna, pero ¡tenía cosas tan raras!

Enterraron á la yegua negra en el mismo sitio donde había caído, y mucho tiempo antes de que la hierba hubiese crecido en su tumba, la amazona y su yegua habían pasado de moda y estaban casi olvidadas por todos los que las conocieron.

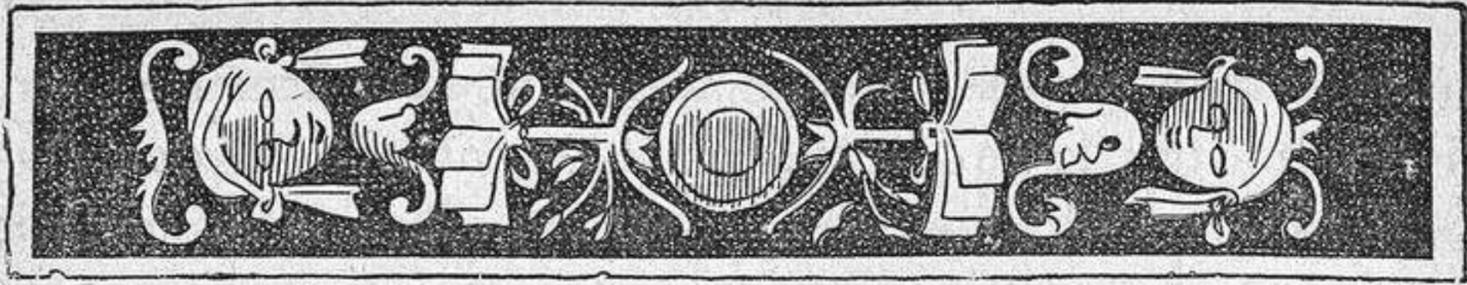
No poca sensación habían, sin embargo, producido una y otra en su tiempo; pero la vida se parece de tal manera á una cacería que apenas admite una ligera parada y no consiente el pesar. ¿Cómo habíamos de poder alcanzar nunca nuestro objeto si tuviéramos que pararnos para recoger á los que caen y llorar á los que han muerto?

Es, no obstante, muy justo consignar que en ciertos corazones, buenos y fieles, el recuerdo de aquellos dos desgraciados seres se conservó tan vivo como al día siguiente de la fatal caída.

Hay en la India un soldado, de cabeza cana, grave y silencioso, que todas las noches ve á Blanca Douglas en sus sueños. Y Bellorita, Walters, en el colmo de la alegría y de la embriaguez que le causan todavía las locas carreras á que á menudo se entrega, da á veces un suspiro y siente que su corazón se oprime dolorosamente, en tanto que una voz de espectro murmura á su oído:

—Como *Satanella* no ha habido ni habrá nunca otra semejante.

FIN.



## VARIEDADES

---



**A**TENEO.—En las *Conversaciones científicas* del viernes 10 del actual usó en primer término de la palabra el Sr. Iñiguez con objeto de exponer un nuevo procedimiento para la enseñanza de las ciencias matemáticas.

El ingeniero Mr. Lagout ha ideado un procedimiento experimental que simplifica el estudio de las matemáticas, reduciendo á un mes el tiempo necesario para imponerse en cada una de las asignaturas de aritmética, álgebra, geometría y trigonometría.

La dificultad principal con que tropiezan los alumnos de segunda enseñanza se debe á que pasan del terreno concreto al abstracto, en que desde la época de Euclides se explican las matemáticas. Y es particularmente útil la reforma de Mr. Lagout para el personal auxiliar facultativo de los cuerpos de ingenieros militares y civiles, al cual se le encomienda el desempeño de ciertos cargos. Y hasta ahora no había más que uno de estos dos medios para instruir al expresado personal: ó darle simplemente reglas prácticas, enunciados de teoremas, sin demostración alguna, con lo que no se llevaba el convencimiento al ánimo de los alumnos ó enseñarle todo fundamentalmente, tarea que exige mucho tiempo.

A tal extremo lleva la simplificación Mr. Lagout, que re-

duce la enseñanza de los conocimientos de aritmética á una lección y á tres la de los de álgebra y geometría. Para ello—concretándonos á la geometría—suprime Lagout toda la introducción de ángulos y la teoría de líneas paralelas, ateniéndose á las tres que llama ideas madres: los paralelogramos, la equivalencia y el valor de los ángulos del triángulo. Parte del cuadrado, que lo define así: la figura que resulta de la intersección de dos líneas verticales ó de á plomo con dos líneas horizontales ó de nivel.

Lagout cuida con gran empeño de evitar el tecnicismo, y emplea aquellas palabras que facilitan la comprensión de los principios matemáticos.

Valiéndose de simples figuritas de cartulina de diferentes colores, que superpone, cambia y combina, según los casos, hace todas las demostraciones de modo que no queda lugar á duda.

Compréndese—añadía el Sr. Iñiguez—cuán ventajoso puede ser este ingeniosísimo procedimiento para la enseñanza de los obreros y de los sargentos del ejército. A varios idiomas han sido traducidas las obras de Mr. Lagout, quien tuvo la suerte de encontrar un entendido intérprete en el Sr. Iñiguez, muy aplaudido al terminar su curiosa *conversación*.

Concedida la palabra al catedrático D. Enrique Serrano Fatigati, empezó su discurso notando que se ha dicho por alguien que la micrografía no es una ciencia verdad; pero como con el auxilio del microscopio se observan en zoología innumerables seres, invisibles de otra manera, y en botánica se estudia muchedumbre de plantas pequeñísimas, y en física se practican también interesantes observaciones, resulta que la micrografía representa muchas ciencias, porque es la amplificación, el desarrollo en gran escala de infinitos cuerpos, que no por ser diminutos entrañan menor importancia en la armonía del Cosmos.

Con la micrografía—observa el diligente socio del Ateneo—se extienden los conocimientos y se profundizan. En la botánica, por ejemplo, hánse desvanecido muchos misterios: ya hoy se sabe que las plantas no son masas informes, sino complicadísimos organismos. Mientras que apenas pasan de

unas 300.000, entre especies y variedades, las plantas que á simple vista se conocen y han sido descritas, con el microscopio aumenta considerablemente su número. De las cuatro grandes secciones en que se dividen las criptógamas—decía el Sr. Serrano Fatigati—quedémonos con una sola, las algas; de las cuatro familias que la componen, tomemos una, de ésta un grupo y de éste un solo subgrupo, el de las diatomeas; pues bien: de estas plantitas, que tienen de ocho á diez cienmilésimas de milímetro y están animadas de un movimiento de traslación, hánse estudiado ya muy cerca de *diez mil* especies.

Muchos son los naturalistas que en el extranjero se dedican exclusivamente á este estudio, prueba indudable de su importancia singular. De quince años á esta parte son numerosos los trabajos practicados en esta aplicación de la actividad humana. Indica después el Sr. Serrano Fatigati lo que ocurre, v. gr., en mineralogía: reduciendo las rocas y los minerales á láminas tan delgadas que se hacen transparentes, se estudian al campo del microscopio íntima, profundamente, sus menores cambios. Enseñó á seguida varias preparaciones hechas en España para los trabajos ordinarios: un pedazo de granito entre dos cristales muy gruesos, otro de aragonito en el que se ve muy bien la constitución interna, etc.

Con el microscopio se ha visto que las rocas presentan á menudo inclusiones líquidas ó gaseosas, animadas de movimientos que se verifican con suma lentitud: hay burbuja de gas que recorre cinco milésimas de milímetro en cuarenta segundos. También se ha observado la formación de los cristales y las distintas materias que éstos suelen contener, tales, por ejemplo, como vidrios amorfos.

Extrañábase con razón el sabio catedrático de que todavía haya en el Ateneo quien dude de que se vea realmente cuanto afirman los microscopistas. Varias son las casas industriales que en Europa se dedican á hacer preparaciones microscópicas que venden como objeto de comercio. En comprobación de esto mostró el Sr. Serrano Fatigati un cristal que contenía una preparación de sesenta foraminíferos, perfectamente numerados y clasificados, para lo que se refieren

á un catálogo que acompaña á la preparación. Aunque por su pequeño tamaño parezcan de escasa importancia los foraminíferos, la tienen por su número inconcebible; como que llegan á constituir montañas, á la manera de las diatomeas que ocupan, según ha visto el Sr. Fatigati, en la otra vertiente del Guadarrama una extensión de dos kilómetros de longitud, 80 metros de altura y 70 de profundidad. Y este terreno está formado por una sola especie de diatomeas. ¡Cuán grande es lo infinitamente pequeño!...

Habló después de la última preparación que anuncia Willer: contiene 5.000 especies con su catálogo correspondiente y cuesta 1.000 chelines. Dudando de que llegue á adquirirse por el Estado una de estas magníficas preparaciones, se dolió muy discretamente de nuestro abandono en particular tan importante. Antes de concluir su interesantísima conversación, enseñó á sus consocios las preciosas fotografías obtenidas por los distinguidísimos ingenieros de montes señores Castellarnau y Breñosa; representan cortes de maderas que permiten examinar sus condiciones y crecimiento, y cortes de rocas de no menos utilidad, fotografiados con una máquina ordinaria. ¿Qué mejor prueba, diremos con el Sr. Serrano Fatigati, de que la microscopia no es una fantasía, sino realidad y realidad fecunda y hermosa?

Muchos y merecidos aplausos oyó el inteligente naturalista al terminar su explicación, que fué nuevo y gallardo testimonio de su actividad y talento.

El Sr. Vilanova hizo después algunas indicaciones, observando, como ya habia dicho el Sr. Fatigati, que no es preciso ir al extranjero para encontrar personas que se dedican con fruto al estudio de las ciencias y del microscopio. Añadió que en una mina de Bélgica, y tras una excavación de 300 metros de profundidad, se encontró un hueso que, enviado al Museo de Bruselas, hizo á su director Mr. Dupont que comisionase á un ayudante, quien dirigió una serie de trabajos por espacio de tres años, que han costado 90.000 pesetas y servido para recoger setenta toneladas de huesos: se han encontrado 23 esqueletos enteros de un reptil de extraordinario tamaño, pues mide 9 metros de longitud y 4<sup>m</sup>,36 de altura;

dos magníficos cocodrilos; tres ó cuatro tortugas; 1.500 peces, y gran cantidad de plantas fósiles.

Reseñó el Sr. Vilanova otro museo de ciencias naturales establecido en Amberes, con motivo de haberse descubierto muchos esqueletos, de cetáceos principalmente, al hacer las excavaciones para construir las fortalezas de la ciudad citada, y recuerda que á su regreso de Argel en 1881 encontró en las cercanías de Cuevas 10 esqueletos petrificados, que aún no se han recogido para nuestro Museo, y sufren los destrozos á que les expone la ignorancia codiciosa de los habitantes de Vera, Cuevas, etc., que creen hallar en ellos metales preciosos. El respetable catedrático de la Universidad de Madrid fué oído con suma complacencia.

\* \* \*

NUEVA ZOOLOGÍA.—H. Beauregard, distinguido naturalista francés, ha publicado recientemente una *Zoología general* que honra á su ilustre autor.

Bajo dos fases distintas se nos presenta la historia de la zoología. La primera fase es toda observación, como si el entendimiento humano, perdido entre el cúmulo de materiales que encontraba, no se cuidase de coordinarlos y se detuviese sólo en el examen de los hechos que más particularmente llamaban su atención. Sigue después la era de los compiladores, que reúnen los conocimientos esparcidos y sin orden en obras que resultaron cansadas, pesadísimas. Cuando se hizo sentir la necesidad de una clasificación sistemática de todos los materiales ya reunidos, empieza la segunda fase de coordinación y síntesis. Las ideas generales nacen poco á poco y engendran hipótesis que importa comprobar, para lo que se hace preciso volver á la observación.

Beauregard resume en su obra los conocimientos que hasta hoy se tienen en anatomía y fisiología general. Procediendo de lo simple á lo compuesto, considera sucesivamente los elementos anatómicos, los tejidos y los órganos que concurren á formar el individuo, que estudia en seguida en sus relaciones con el medio ambiente y con los demás individuos que constituyen por su conjunto el reino animal.

Refuta el autor las distinciones que se ha tratado de establecer entre el animal y la planta, distinciones que, en su concepto, origináronse por errores que ha borrado completamente el adelanto de las ciencias. Es imposible (y así lo aseguraba también en hermosa conferencia el sabio ingeniero de montes, Sr. Laguna) hallar un límite bien marcado entre los animales y las plantas; por donde quiera encuéntrase una sustancia, el protoplasma, que Huxley denominó acertadamente «base física de la vida,» ya constituyendo el sér por sí solo, ya formando el cuerpo celular, es decir, la parte elemental de los elementos que, bajo formas variadas, constituyen los tejidos de los animales y de las plantas. A dicho protoplasma, se le ve desarrollarse, crecer, multiplicarse por segmentación, siguiendo análoga marcha en ambos reinos. Existe, pues, entre el animal y la planta un lazo indisoluble, creado por la identidad de la materia fundamental, el protoplasma.

Dedica Beauregard interesantes capítulos á la morfología, costumbres y clasificación de los animales. Trata en aquéllos de la adaptación á las condiciones de existencia, de la lucha por la existencia, de la conservación del individuo y de la especie, de la distribución geográfica, de las emigraciones y de la sucesión geológica de los animales.

Por lo que toca á la clasificación, entiende Beauregard que los términos especie, raza y variedad, han perdido todo su valor objetivo. «Se conservan—dice—porque son útiles en los ensayos de clasificación á que nos vemos reducidos.» Pero al propio tiempo las palabras afinidad, parentesco, tipo, caracteres de adaptación, que emplean los naturalistas, dejan de ser metáforas para adquirir sentido absoluto.

\*  
\* \*

**PARTICULARIDADES DE LAS MAREAS.**—El Almirante francés Mr. de Jonquieres ha hecho algunas curiosas observaciones sobre este fenómeno.

Señala entre las principales anomalías, la existencia en algunas riberas de una sola marea, en vez de dos, durante las

veinticuatro horas. Esto se observa principalmente en Pa-pæta (isla de Tahiti). En otras regiones, como el golfo del Tonkin y la inmediata costa de China por el Norte, así como en Manila y otros puertos del archipiélago filipino, como Ilo-Ilo y Balabar, conserva el fenómeno el mismo carácter anormal, pero con menos sencillez. Se nota que la declinación de la luna desempeña un papel importante, contra lo que ocurre en las costas del Océano y Atlántico.

Insiste además el citado Almirante sobre las notables discordancias de altura que presentan las mareas en las diferentes localidades. Así, en ciertos puntos, favorablemente orientados con relación al Océano de donde llega la onda general, tales como la Mancha, el golfo de Corea, etc., es considerable la altura dicha, lo que puede explicarse por la progresiva aproximación de las orillas, entre las cuales se propaga la onda concentrándose. Es, por el contrario, muy débil en algunas islas situadas en medio de vastos océanos, tales como las de la Sociedad, hasta el extremo de que pongan en duda los navegantes exista la marea. Esto puede explicarse por un motivo contrario al del caso anterior.

\* \* \*

PUBLICACIONES.—Al escribir esta sección, anuncian los periódicos que acaba de aparecer en las librerías de la corte el tomo primero de una novela titulada *Lo prohibido*, debida á la pluma del eximio literato Pérez Galdós. Basta este nombre para que nos atrevamos á elogiar desde luego el último trabajo de quien ocupa con sobrada justicia el primer puesto entre los novelistas españoles contemporáneos. Cuando hayamos leído detenidamente *Lo prohibido* quizás intentemos dar idea de las bellezas que indudablemente atesora la producción del Sr. Galdós.

Persistiendo la casa editorial de D. Daniel Cortezo, de Barcelona, en su laudable propósito de enriquecer la «Biblioteca de Arte y Letras,» con obras de verdadero mérito, y después de habernos dado á conocer los dramas de Shakespeare y de Schiller, las odas de Horacio, los sainetes de don

Ramón de la Cruz, las poesías de Campoamor, etc., etc., reparte ahora la preciosa novela titulada *El Conde Kostia*, escrita por el ilustre académico francés Mr. Víctor Cherbuliez, castizamente vertida al castellano y con artísticas ilustraciones de los Sres. M. Foix y A. Font.

A la «Biblioteca clásica española,» que publica también el Sr. Cortezo, pertenecen obras de tanta importancia como *El Quijote*, de Avellaneda; *Las cartas familiares*, del P. Isla; *La perfecta casada*, de fray Luis de León; las *Comedias*, de Moratín, etc. De la misma forma parte el *Tratado de la tribulación*, compuesto por el P. Pedro de Rivadeneira, y repartido juntamente con *El Conde Kostia*. Ofenderíamos la ilustración de nuestros lectores si nos detuviéramos á encomiar la antigua producción del insigne jesuíta, que será siempre de actualidad, porque en todos los tiempos habrá menester el hombre de un libro que le enseñe á conformarse cristianamente en las tribulaciones de la vida, mucho más abundantes que las alegrías. El P. Rivadeneira consigue, merced á su gran talento y unción evangélica, que se eleve á regiones tranquilas el alma del lector, tocando para ello delicadamente las fibras más sensibles del corazón humano.

R. ALVAREZ SEREIX.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR



INIERON las festividades que marcaban un pequeño interregno parlamentario, y ese paréntesis de la Semana Santa y de la Pascua nos priva de cierta variedad en las peripecias tan frecuentes en el campo de la política, único aliciente de los aficionados á apuntes de índole parecida á los que ahora forman la tarea nuestra.

Seremos, pues, breves, seguros de poder indemnizarnos muy luego. Las Cortes reanudan sus debates, y claro es que empezará á funcionar de nuevo y á todo vapor la máquina política, no menos complicada y maravillosa que la más potente de los grandes centros fabriles.

Apesar del relativo descanso que caracteriza la pasada quincena, han servido de pábulo á dimes y diretes los viajes de algunos personajes políticos, que en ninguna parte olvidan sus papeles; la suspensión del Ayuntamiento de Madrid y las declaraciones de León XIII relativas á la conducta de algún Obispo de España.

Pero, vamos por partes, y demos principio por lo que en concepto nuestro mayor importancia tiene.

\* \* \*

No bien tuvo Su Santidad conocimiento de los términos en que estaba concebida una pastoral del Sr. Obispo de Plasencia, «se dignó espontáneamente disponer que por su secretario de Estado se escribiese á dicho Prelado de España llamándole la atención acerca de la forma poco serena en que estaba redactado su escrito, y respecto á algunas alusiones en él contenidas, las cuales eran capaces de imprimirle cierto carácter de manifestación política, y por tanto de turbar el curso de las amistosas relaciones, que atenta siempre á realizar los fines de la Iglesia, mantiene la Santa Sede con el Rey Católico, concluyendo, en suma, por recordarle las vivas exhortaciones que en pro de la concordia encerraba la Encíclica *Cum multa*, dirigida en 8 de diciembre de 1882 por el Padre Santo al episcopado español. Pero todavía entonces no poseía cabal noticia la Santa Sede de los motivos de agravio del Gobierno de S. M. Católica, porque no era fácil inducirlos del mero texto de la pastoral, no siendo bien conocidos en Roma aquellos hechos que hubieran servido de motivo para hallar en aquel escrito las apreciaciones que se juzgan injuriosas, é ignorándose, sobre todo, que el Gobierno del Rey había creído poder discernir en los conceptos de la pastoral, los caracteres de una ofensa, dirigida, no sólo contra los Ministros, sino también contra las sagradas personas de los católicos Príncipes que ocupan el Trono español.

»Presentada después bajo un aspecto tan delicado la cuestión, la Santa Sede no ha vacilado un momento en declarar, que si en realidad las palabras del Prelado de Plasencia hubieran sido escritas con la intención de inferir ofensas semejantes, no podría en esta parte dejar de reprobarlas altamente; porque al deber que tienen los Obispos de inculcar la observancia de las leyes de la Iglesia y combatir las doctrinas perniciosas, va unido también el de respetar los poderes constituidos y mantenerse extraños á los partidos que luchan en el campo político.»

Debemos acatamiento y respeto á todo lo que es dogma y materia de fe; ningún católico puede discutir lo que constituye el fondo de las creencias; pero esto de ningún modo se

opone al examen de una mera cuestión de conducta. Séanos, pues, permitido á los escritores creyentes manifestar, con ocasión de lo ocurrido, una opinión propia.

Sabemos que un Obispo cumple con su deber defendiendo el poder temporal de la Santa Sede y condenando la tolerancia de cultos, el matrimonio civil y la libertad ilimitada de la enseñanza. Sabemos que su celo debe extenderse á todo lo que al orden religioso atañe; pero parécenos que se equivoca al encerrarse en un integralismo intransigente. Prescindimos de la política y hasta prescindimos ahora del gran espíritu de concordia en que se inspiran todas las declaraciones del Sumo Pontífice. Para afirmarnos en nuestra idea, nos basta el conocimiento de lo que á nuestro alrededor pasa.

El espectáculo de lo que sucede en nuestros días lleva el desconsuelo á las almas de fe. Ya no estamos en el tiempo en que la religión, colocada en alto trono, dominaba el espíritu y los corazones. *¡Quantum mutatus ab illo!* El libre examen lo ha invadido desgraciadamente todo; el *Sancta Sanctorum* de las creencias no es respetado por todos. Sobre ciertas cuestiones teológicas no se discute ahora ni siquiera *argüendi gratia*; la incredulidad y el indiferentismo no aman esta clase de debates, y les da muy poco cuidado lo que los teólogos enseñan sobre la predestinación, sobre la gracia y otros importantes puntos análogos. Los que no creen, y por desgracia son muchos, consideran estériles esta clase de discusiones.

Bajo el imperio de estas ideas y sentimientos se ha procedido al desenvolvimiento de los diversos estudios. Las ciencias, las letras y las artes han sido y son todavía cultivadas por muchos que no pagan tributo á las creencias religiosas; y por esto ha podido libremente domiciliarse el error donde bien le ha parecido. Y la filosofía se ha hecho racionalista; y la economía política y la medicina han franqueado ancha puerta al materialismo; y las letras y las artes han buscado innoble inspiración y estímulos innobles en un realismo sensual y grosero. En virtud de esta vida propia, en virtud de esta independencia que se han creado las ciencias, las letras y las artes, se han creído en aptitud y derecho para sacudir

toda imposición dogmática; y así como para otras generaciones la religión fué lo principal; y si bien no ha dejado ni dejará de serlo, ello es que en nuestros tiempos, propagada la incredulidad y arraigado el indiferentismo, son muchísimos los que no quieren reconocer en la religión preferencia de ningún género.

¿Es esta la oportunidad de un integralismo intransigente según el sentido político que se da á esta palabra? ¿No es, por el contrario, tiempo de atracción y benevolencia? ¿Habrá quien crea en la posibilidad de que vuelvan épocas que pasaron? ¡Ah! No hay espíritu imparcial y sereno que pueda así imaginarlo. Y de cualquier modo las intransigencias conducen siempre á soluciones muy diferentes. Conocidos son los móviles de los que hoy desde opuestos campos unen sus voces y sus palmadas á los supuestos íntegros. ¿Quién con más acritud recrimina en el Congreso al Gobierno por las declaraciones de la Santa Sede? ¿Cómo ha de infundirse acatamiento á la autoridad halagando á los que quieren su desprestigio?

Buscar antagonismos entre católicos, y antagonismos que sería inocente no considerar políticos, es una conducta infinitamente distante del espíritu que inspiran las sabias decisiones del Vaticano.

\* \* \*

El Sr. Sagasta y la plana mayor de su partido oficiaron hace algunos días de pontifical en el teatro de Córdoba entre flores, luces, hermosas mujeres y opíparos manjares. Se trataba de declarar constituído el gran partido liberal-dinástico, lanzando *urbi et orbi* el pregón de su salvador programa.

¿Triunfará el Sr. Sagasta y su indiscutible jefatura? Ya forman en sus filas el Sr. Moret y el Sr. Martos; mañana se alistará tal vez el Sr. Montero Ríos. ¿Cuándo ha de tocarle el turno al Sr. López Domínguez?

El General sostiene hoy con firmeza lo que sostuvo en la carta de Biarritz, y su órgano en la prensa nos dice, refirién-

dose al banquete celebrado en el teatro del Gran Capitán, banquete del que tantas declaraciones se esperaban:

«No es la primera vez que el Sr. Sagasta se excusa de formular programas, refiriéndose á un programa ya formulado y que se supone universalmente conocido, del que hablan todos sus correligionarios en ocasiones análogas cuando se comunican con los demás partidos y con el resto de las gentes, pero por el cual estamos seguros que no pocas veces habrán de preguntarse unos á otros cuando se queden solos.

»En cambio, el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, que representaba allí tendencias opuestas á las del Sr. Albareda, parece que no se creyó obligado á la misma reserva, y habló como han hablado siempre los centralistas, quienes, después de haber alterado y corregido el antiguo programa del partido constitucional, no perdonan ocasión ni medio de sofocar en el seno de éste toda tentativa de adelanto y progreso.»

En estas singulares contiendas, no parece por cierto que se discutan los lemas de la bandera ni tampoco doctrinas ni ideales. No hay, según se murmura, más que una cuestión. ¿A quién corresponde el bastón de jefe? Esta desdichada pregunta es la que hace y hará imposible todo concierto entre las huestes que acaudilla el Sr. Sagasta y los hombres de la izquierda, que no pueden resignarse á ver al ex-regente del reino, al General Serrano, convertido en otro Martínez Campos del fusionismo.

\*  
\* \*

Se ha hablado mucho estos días de la celosa administración de los que por largo tiempo fueron en Madrid nuestros ediles. No es posible hacerse cargo, sin rubor, de todo lo que se dijo, y nosotros queremos poner aquí punto y aparte.

Ha desaparecido un Ayuntamiento, y tenemos otro nuevo. Esperamos que esta vez el pueblo madrileño llegue á apercibirse del cambio.

Hasta hoy venía creyéndose que una corporación municipal era simplemente administrativa, y nada tenía que ver

con las luchas de los políticos. Gran disparate debe ser tal teoría. Círculos hay de partido que votan la expulsión de correligionarios y expulsan á sus socios por atreverse á desempeñar las funciones de concejales... No es posible llegar á comprender toda la enormidad de la deshonra y del delito.

*¡Oh, témpora!...* Ya no es un misterio la causa de los terremotos.

A.





## REVISTA EXTRANJERA

---



**T**ERRIBLES, aunque no inesperados, han sido los sucesos que han preocupado á los políticos de Europa durante esta primera parte del mes de abril: gravísimas derrotas de los franceses en el Extremo Oriente, crisis profundas, la perspectiva de una guerra formidable entre Rusia é Inglaterra, y un alarmante descenso de los valores en las Bolsas que sirven de norma á todos los hombres de negocios é imprimen movimiento á los más importantes mercados. No han podido ser más fuertes las emociones.

Cuando algunos estadistas franceses repetían uno y otro día que la pacificación del Tong-King no era más que un juego de niños y que los ejércitos de China no eran más que cantidades despreciables, fantásticas sombras que se dispersarían á los primeros tiros como las hojas de los árboles al primer vendaval de otoño, un inesperado telegrama de Brière de l'Isle dejaba estupefactos en Francia á gobernantes y á gobernados. A consecuencia de un impetuoso ataque de los chinos, el General Négrier estaba gravemente herido, el coronel Herbinger había sido arrollado, los franceses habían sido desalojados de todas sus posiciones, y las plazas de Lang-Song, Ki-Lua, Dong-Song y Than-Moi quedaban evacuadas y en poder de los soldados del Celeste Imperio. Esta

noticia significaba que el ejército expedicionario estaba poco menos que deshecho, y que los conquistadores, al primer choque serio vencidos, tenían que huir á marchas forzadas hacia el Delta del Río Rojo. No otra cosa significa la deshecha columna del General Négrier, fuerte de unos 10.000 hombres, dejando municiones y artillería en manos del enemigo en las batallas del 26 y 27 de marzo.

El primer grito de dolor de los impresionables franceses, el primer remedio que imaginó su batallador Gobierno fué enviar inmediatamente al Tong-King cuarenta ó cincuenta mil hombres de refuerzo, evacuar la isla Formosa, bombardear todo el litoral chino del Sur al Norte, y marchar luego sobre Pekín para dictar allí las condiciones de paz que parecieren mejores.

Nunca fué más fácil forjar en la imaginación y trazar en el papel el plan de una brillante campaña.

\*  
\* \*

Iba á abrirse en París, á la hora de costumbre, la Cámara de los Diputados, y la afluencia era enorme en el exterior y en el interior del palacio Borbón, donde celebra sus sesiones. Era preciso atravesar una muchedumbre compacta para llegar á la verja; el patio, los pasillos y los salones, estaban llenos de curiosos, entre los que figuraban muchos personajes políticos del régimen de ahora y de las situaciones vencidas. La agitación era grande, y muchos rostros parecían consternados. Los Ministros recibían de sus fieles allegados algunos consejos de última hora, y también apretones de manos, como los que suelen darse á los representantes del duelo de las familias en las fúnebres ceremonias.

Desde la víspera, los Ministros de la Guerra y de Marina habían acordado las medidas conducentes á facilitar el envío de cincuenta mil hombres al Extremo Oriente... Ya estaban señaladas las divisiones de Infantería y de Caballería, así como las baterías y el contingente de Ingenieros, enfermeros, obreros y funcionarios de Administración Militar, que habían de emprender el viaje de tres mil leguas desde las

costas de Argel, de Túnez ó de Francia. Se requisarían todos los trasportes de las compañías marítimas de Marsella, Burdeos, el Havre, etc.; se mandarían órdenes para evacuar Formosa, á fin de que las tropas del coronel Duchesne pudieran dirigirse apresuradamente á Hué, y así podría evitarse tal vez una rebelión en el Annam, favorecida por los Pabellones Negros é instigada por las tropas regulares del Imperio.

Momentos antes de la sesión de los diputados, los conciliábulos favorecían la animación de todos los grupos. ¡Las noticias son inverosímiles é inexactas!—exclamaba un ministerial.—¡Ese Ferry es un miserable!—decía, sin atenuar su violento y poco culto calificativo, Mr. Raoul Duval.—Ya el sábado se sabía que nuestros soldados se habían batido en retirada, dejando en poder del enemigo hasta sus mochilas... La derrota principió el día mismo de la sorpresa de Dong-Dang, que se nos pintó como una victoria. ¡Es preciso echar hoy mismo á la calle á ese Gabinete—añadían los señores Ribot y Clemenceau.

Abrióse al fin la sesión. El hemiciclo se había llenado precipitadamente de arriba abajo, y todos los Ministros estaban en su banco. Concedida la palabra por el Presidente de la Cámara al jefe del Gabinete, Mr. Julio Ferry leyó con voz segura el preámbulo de un proyecto de ley pidiendo 200 millones de crédito.

No había de tardar en emitir la Cámara una censura contra el Ministerio, manifestando su hostilidad por 318 votos contra 161, y el Sr. Ferry subió de nuevo á la tribuna para manifestar entonces que el Gabinete se retiraba para ir á presentar á Mr. Grevy la dimisión.

\* \* \*

El desenlace estaba previsto ante la gravedad de aquellas circunstancias que á todos impresionaban. El Gabinete Ferry era el que acariciaba la idea de enseñorearse del Extremo Oriente, saliendo triunfante en una lucha contra una nación

de 300 millones de almas, y buscando popularidad y triunfos electorales con ficticios oropeles.

No podían menos los republicanos de caer en la cuenta de lo que les pasa. En el Tong-King quedan sus tropas ahogadas por millares de enemigos, y todas las victorias han resultado estériles de repente. La población que ocupa las riberas del Río Rojo, viéndose obligada á una guerra sin cuartel, ha de tratar siempre de sacudir el yugo extranjero por más hábitos pacíficos que ella tenga. Apesar de haber ocupado los franceses la ciudadela de Hué, el Gobierno annamita no puede ser amigo, será el alma de la resistencia, y sus emisarios predicarán necesariamente la rebeldía en todas partes, en el Tong-King, como en la Cochinchina-baja. El Príncipe regente del Annam, Nguyen-Van-Thuong, hoy prisionero de los franceses, tratará por todos los medios posibles de romper las cadenas que le oprimen, así como Norodón, el desdichado Rey del Camboya, cuya autoridad usurpa el Gobernador nombrado por el Gabinete del París. La insurrección amenaza por todas partes, y bien puede decirse que Mr. Ferry se ha dejado arrastrar por ilusiones, creyendo eran realidades las más simples esperanzas.

Gran parte de la opinión pública en Francia, sorprendida por repentinos descalabros, ha visto una solución en una marcha de un ejército francés sobre Pekín, halagada por el recuerdo de la expedición del General Montauban en los días del Imperio. Los tiempos, sin embargo, son muy otros.

China, que no tenía propiamente ejército ni pudo oponer á los soldados de Napoleón más que flechas, algunas lanzas, y muy pocos fusiles de chispa, cuenta hoy con armas modernas y artillería de los últimos modelos.

Ténganse también en cuenta las dificultades naturales de una gran expedición destinada á penetrar en China. Los preparativos y los trasportes no se improvisan, la travesía es de dos meses, el desembarque y la organización de los cuerpos expedicionarios reclaman algún tiempo; la capital de China está á 200 kilómetros del mar y á 120 de Tien-Tsin, el último puerto de río, y en octubre principia ya la estación rigurosa que pone intransitables todas las vías. Ocupar la ciudad de

Cantón, como algunos periódicos han aconsejado, no parece tampoco una medida muy practicable; pues aparte de que Cantón no habría de tener una influencia decisiva en la guerra, acabaría por enajenar de Francia todas las simpatías de las potencias neutrales perjudicadas en el comercio.

Bien puede asegurarse que los franceses, reducidos ya á sus cuarteles de verano, por tener encima la estación de los calores y de las lluvias, han terminado hasta el mes de octubre sus campañas en el Tong-King, y los refuerzos que allí se manden no han de entrar en verdadera acción hasta el próximo otoño, caso de querer Francia proseguir esa guerra desastrosa que, como de antiguo venimos advirtiendo en estas páginas, es indudablemente un mal paso dado por un presuntuoso é ilusionado Gobierno, mal paso que desaconsejaban los intereses del pueblo francés en Europa y su agobiada situación financiera.

\* \* \*

Pero, ¿deben recaer exclusivamente sobre el Gabinete Ferry las responsabilidades de los últimos sucesos en el Extremo Oriente? Algunos periódicos oficiosos nos hablaron en los primeros momentos con reticencias misteriosas de desaciertos y de incomprensible pánico, como queriendo echar sobre algunos jefes de la expedición parte de culpa por los recientes desastres.

Las graves heridas del General Négrier proclamán su valor y excusan el desaliento de los soldados que en él confiaban. Al tomar el mando de las fuerzas el Coronel Herbinger, se encontró con una situación comprometida é irremediable. Si algún tanto de culpa cabe, será al General Briens de l'Isle que aceptó un empeño para el que no contaba con medios suficientes; pero aún puede escudarse con la obediencia que debía á las instrucciones de su Gobierno.

Nosotros creemos que la principal responsabilidad incumbe, no precisamente al Ministerio Ferry ni á sus Generales, sino á la Cámara francesa de los diputados, Cámara que por

los elementos de que costa, es hoy tan incapaz de resolver los grandes problemas del interior, como las trascendentales cuestiones que al exterior se ventilan.

Una larga semana ha necesitado la Cámara para presentar un Ministerio más ó menos viable, manifestando su impotencia para dar un Gobierno con mayoría parlamentaria. Así es que el nuevo Gabinete Brisson-Freycinet no está destinado á resolver grandes problemas, ni á fijarse en vastos horizontes. El mismo comprende que los sucesos le imponen una ley dura, y en su declaración ha expresado exactamente las convicciones suyas. Por esto se ha limitado en esa exposición, declaración ó programa suyo, á frases vagas y generales acerca de la necesidad de mantener la concordia entre los diversos grupos de la antigua mayoría, acerca del deber de realizar momentáneamente una tregua entre los partidos. Ha dirigido algunas palabras patrióticas en defensa de la bandera francesa, comprometida en el Tong-King, afirmando que el Ministerio quiere la paz, si es posible, y por lo mismo desea que la Cámara vote inmediatamente algunas leyes que tienen el carácter de urgencia; y finalmente, ha hecho la rutinaria promesa de que las próximas elecciones se realizarían libremente y con libertad, manifestándose el Gobierno neutral en absoluto.

Así sea, dirán cuantos conozcan los procedimientos puestos en práctica por los Gabinetes anteriores en materias electorales.

Apesar de todo, la caída del Ministerio Ferry ha coincidido con una noticia de sensación. Dícese que los franceses están en vísperas de firmar un tratado de paz con el Imperio chino. No sabemos si la publicación de este hecho es debida ó no á la pasada crisis; lo cierto es que la historia de las negociaciones pertenece al anterior Gabinete, al que no faltaba nunca solución en todos los trances de apuro, á los que le conducía su aventurera política.

Se cuenta que, á consecuencia de tratos officiosos anteriores, el cónsul de Francia en Tien-Tsin, recibía el 22 de marzo último notificación de la adhesión, dada por un edicto imperial anterior, á las proposiciones de paz sometidas officiosamente

en los primeros días de marzo al Gobierno francés por el representante de China, Mr. Hart, un alemán que es inspector de las Aduanas del Celeste Imperio.

El arreglo en cuestión comprende, en resumen, preliminares de paz: la suspensión de las hostilidades y la reglamentación de todas las cuestiones militares. Comienza consiguando que China consiente en ratificar el convenio firmado en Tien-Tsin el 11 de mayo de 1884, y que Francia, por su parte, no aspira á más que á la ejecución íntegra de aquel convenio.

Los periódicos franceses nos traen la nota publicada por el diario oficial de la República, declarando que China ha ratificado después los preliminares de paz, firmados en París el día 4 de este mes. No ha andado con lentitud en esta ocasión la diplomacia francesa.

El armisticio parece un hecho consumado, y el Ministro de la Guerra, General Campenón, ha trasmitido á Brière de l'Isle, hasta ahora Comandante en jefe del cuerpo expedicionario, las órdenes é instrucciones telegráficas que las circunstancias exigían, haciendo lo propio el Ministro de Marina al Almirante Courbet.

Las proposiciones que ahora con tanto apresuramiento acepta Francia, son menos ventajosas que las que ofreció China hace diez meses. Verdad es que entonces los imperiales no habían derrotado á los franceses en Lang-Song. El año pasado China ofrecía indemnizar á los perjudicados en la escaramuza de Bac-Lé, pero Francia se empeñaba en exigir una fuerte indemnización de guerra, que rechazó el Celeste Imperio. De ahí los hechos de armas sin declaración previa, y todas las irregularidades de esa desatentada lucha que venimos presenciando.

Las cosas han cambiado mucho. Francia afecta hoy querer la paz, y se resigna á haber sacrificado inútilmente millones de francos y millares de existencias. ¿Son sinceros los propósitos que manifiesta?

Motivos hay para ciertas sospechas, viendo que el día mismo en que oficialmente quedaba acordado el armisticio entre Francia y China, el Gobierno de París disponía una

expedición inmediata al Tong-King de 10.000 hombres de refuerzo, y nombraba otro General en jefe.

El tiempo nos dirá qué significación tienen tan belicosos preparativos en el momento mismo de las pacíficas promesas.

\*  
\* \*

Más influencia que los codiciosos proyectos de los franceses en el Extremo Oriente, ha de tener en Europa el conflicto anglo-ruso.

Inglaterra y Rusia, colocadas frente á frente en las fronteras de la India, no podían menos de chocar uno ú otro día, y el temido instante parece haber llegado. No sólo los slavos y los anglo-sajones tienen en Asia intereses opuestos; hay también de por medio motivos de odio profundo. No sólo son dos razas enemigas; existe un reto de muerte casi ratificado en nuestros días.

La historia de ayer nos recuerda ese odio y ese reto entre slavos y anglo-sajones. Era á fines de febrero de 1878, cuando los rusos, vencedores de los turcos en Plewna, habían atravesado los Balkanes y ocupaban las llanuras de Andrinópolis, adelantándose á marchas forzadas hacia la codiciada Constantinopla, cuna de la iglesia ortodoxa. Estaban ya á la vista del victorioso ejército los minaretes de Santa Sofía, las siete torres y los monumentos de la antigua Bizancio, y 100.000 soldados veían ya allí el premio de su ruda campaña, cuando de repente un despacho del cuartel general mandó suspender la marcha y acampar en el para siempre famoso pueblo de San Stéfano. La contraorden dada por el Gran Duque Nicolás tuvo su explicación un día más tarde. Una flota, la más fuerte reunida por el almirantazgo inglés desde la guerra de Crimea, imponía su ley en el Bósforo y amenazaba al ejército ruso que aquel mismo día pensaba recibir la ovación debida á los triunfadores en las calles mismas de la capital de Turquía. Son recuerdos vivos que no pueden menos de manar sangre todavía y pedirán por mucho tiempo venganza.

Rusia no puede temer á Inglaterra en el Asia. No alcanzan allí los cañones de los acorazados.

Inglaterra siente, por otra parte, la debilidad de sus fuerzas en las luchas en tierra firme. Hace poco que proclamaba en todos los tonos que jamás consentiría que Rusia anexionase la ciudad de Khiva. En vista de tales declaraciones, quiso el Khan resistir por desgracia suya, y quedó anexionada Khiva al vastísimo Imperio moscovita sin que se moviesen los ingleses. Lo mismo sucedió poco después en Merv, apesar de que los periódicos de Londres anunciaban que aniquilarían á la raza slava el día en que su atrevimiento llegase á tanto.

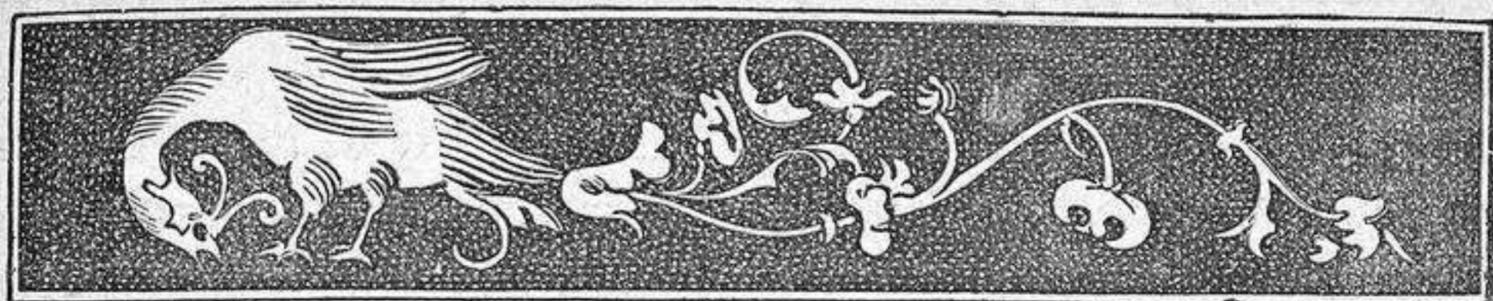
Lo probable es que el ejército ruso, que en el Asia opera, trate hoy al Emir de Cabul como antes trató al Khan de Khiva. No es fácil que retroceda, mucho menos contando con el apoyo de Alemania. Lo grave de la situación ahora es que, si Inglaterra no se bate, es muy de temer una formidable insurrección en las Indias que dé al traste con la influencia de los explotadores de Londres y haga bambolear el Imperio asiático de la Gran Bretaña.

Rusia, por otra parte, quizás no tenga prisa, porque sabe que es ya inevitable que por el Afghanistan han de realizarse á la corta ó á la larga sus fines.

Esta es la débil y única esperanza de paz que en estos momentos nos queda. No sentiríamos por cierto equivocarnos.

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

**Colección de escritores castellanos.**—*Dramáticos.*—*Obras completas de D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.*—*Teatro.*—*Tomo VI.*—*Castigo y perdón (inédita).*—El nuevo Don Juan.—*Precio, 4 pesetas.*

Tratándose de tan reputado autor como el inolvidable Ayala, cuyo prematuro fin lamentará siempre la república de las letras, fuera necio empeño enaltecer el mérito de sus obras, ya tan juzgadas como excelentes por voto unánime de sabios é ignorantes, aquéllos apelando á la crítica, los últimos guiados por el instinto natural, encaminado siempre á lo mejor, cuando la pasión no le pervierte.

No caeré, pues, en semejante deslíz. Contentárame con desempeñar el oficio de ciertos buscadores de rica pedrería en las comarcas del Brasil, que sin más auxilio que su conocimiento en los terrenos fecundos en preciados tesoros, señalan los que de nuevo aparecen en los criaderos ex-

plotados ya, advirtiendo la inagotable riqueza que presentan á la explotación, pero sin aquilatar el valor intrínseco de que nadie duda por muestras infalibles de tan buen terreno.

Ahora bien; una comedia del señor Ayala, inédita hasta el día, se ha dado á la estampa bajo el título de *Castigo y perdón*. Se estrenó en el Teatro del Príncipe el 21 de noviembre de 1851, tomando parte en su representación las Sras. Díez (doña Matilde) y Chafino, y los Sres. Romea, Lozano, Guzmán, Calvo y Lázaro Pérez.

He ahí su historia bibliográfica y escénica en resumen; en cuanto al objeto filosófico, desenvuelto con naturalidad, belleza en los caracteres, arreglado á los sanos principios de la moral más pura, como todos los que el Sr. Ayala trató, se reduce al castigo providencial de un malvado y al generoso perdón que le otorgan los ofendidos en la hora en que muere.

---

(1) Los autores y editores que deseen se hagan de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

¿No es cierto que semejantes circunstancias hemos llegado á tiempo que faltan en muchas obras dramáticas?

Pues atended, que aun han de parecerlo menos las reflexiones del culpable á solas con su conciencia. Dice así:

No sé qué hacer  
de esta mísera existencia.  
Mil negras sombras gozosas  
se burlan de mi pesar,  
y me lanzan al pasar  
carcajadas horrorosas.  
Una sola, una cuitada,  
á quien traidor ofendí,  
está llorando por mí  
en su tumba arrodillada.  
Con Dios anhelante aboga  
por su burlador infame,  
¡y aún pide que ésta me ame!  
¡Oh! ¡sed de llanto me ahoga!  
¿Nada, corazón de fiera,  
á llanto te ha de mover?  
¡Ay! ¡Quién pudiera verter  
una lágrima siquiera!  
¡Lágrimas! ¡Ah, maldición!  
Quieren salir en tropel,  
y convertidas en hiel  
se vuelven al corazón. (*Pausa corta.*)  
Huyamos de este aposento;  
salgamos de esta tortura. (*Se detiene.*)  
¡Ay! temo en la noche oscura  
á mi propio pensamiento.  
Ya no hay vida; ella ha matado  
mi esperanza: bien lo ví. ...  
Yo debo quedar aquí  
para siempre sepultado.

La segunda comedia se titula *El Nuevo Don Juan*. Tuvo la desgracia de publicarse después de *El tanto por ciento*, por lo cual ya la pronosticaba el autor mala suerte. No la sufrió, pero mejor la hubiera tenido sin la comparación inmediata.

El asunto no permite la elevación de sentimientos que *Castigo y perdón*, mas la gracia en el decir recomienda la obra, así como la belleza de sus conceptos.

Sirva de muestra el paréntesis en que un marido receloso juzga la razón de sus inquietudes:

Y hace plaza  
de la iglesia: él tiene traza  
de un infame libertino.  
Cuando sorprendo el afán  
con que la mira, el bribón  
finge que está en oración  
mirando á San Sebastián.  
Pero á través de su encanto  
contemplativo, yo noto  
que es más ardiente devoto  
de mi mujer que del santo.

\* \* \*

**Poetas arábigo-almerienses.**  
—*Estudio histórico, por A. MARTÍNEZ DUIMOVICH.*— *Un cuaderno en 8.º*

Corto es, pero eruditísimo, especialmente para la comarca de Almería, en cuanto á sus poetas árabes, y de seguro habrá costado á su autor mucho trabajo de coordinación, cual materia poco tratada, si es que alguna vez lo fué en círculo tan reducido; mas puede estar satisfecho de haber dotado á su país de un documento histórico digno de consulta, por el prolijo examen que revela de los mejores arabistas que le han puesto en el caso de dar noticias de los principales poetas arábigo-almerienses, de algunas de sus principales joyas poéticas y otras muchas útiles curiosidades relativas á las antigüedades árabes del territorio.

\* \* \*

**Colección de escritores castellanos.**— *Filólogos.*— *Estudios gramaticales, introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. MARCO FIDEL SUÁREZ, con una advertencia y noticia bibliográfica, por D. MIGUEL ANTONIO CARO.*— *Un tomo en 8.º—Precio: 5 pesetas.*

Es difícil encerrar en una ligera noticia estudios profundos en filología; mas en la precisión de hacerlo algún tanto, he de contentarme en la presente ocasión enumerando sólo los criterios que guiaron á D. Andrés Bello en sus trabajos acerca del idioma castellano, cuando publicó la gramática destinada al uso de los americanos en 1847, coronada luego con tan completo éxito, que sus doctrinas fueron pronto corrientes en los pueblos de la América española. Castizo escritor y gran poeta, dotado de una vasta ilustración literaria y científica, de sólido juicio, de talento superior y más que de talento de genio, pues que tuvo el excelso don de crear, Bello acometió y llevó á término la alta empresa de reformar, de reconstruir por completo, el edificio de la gramática castellana.

Sin embargo, para que su obra no careciese ni aun de aquel atractivo que la modestia sabe dar, él la destinó al uso de los americanos. «No tengo—dice en el prólogo de su obra—la pretensión de escribir para los castellanos; mis lecciones se dirigen á mis hermanos los habitantes de Hispano-América.»

Pero los estrechos fines que el autor se propuso, los sobrepujó el alcance del resultado, pues la Gramática del gran filólogo fué luego encomendada, y más tarde reimpressa en la Península, y valió á su autor el insigne puesto de miembro honorario de

la Real Academia de la Lengua, testimonio patente de la admiración que aquel docto cuerpo tributó á la obra de nuestro sabio.

Tres criterios guiaron á Bello en la composición de su Gramática: el estudio del castellano en sí mismo, para formarle á su medida una gramática propia, desechando todo lo que, más ó menos bueno para la lengua madre, no podía convenir á nuestro romance; el de estudiar el lenguaje con un método bastante experimental, prescindiendo en lo posible para la clasificación y el análisis gramatical, del significado ideológico de las palabras; esto en cuanto á la parte filológica de su obra; cuanto á la crítica ó corrección del lenguaje, el uso erudito fué el guía que se propuso seguir y la piedra de toque con que analizó el habla castellana.

Juzgado así el autor por D. Antonio Caro en lo referente á la Gramática, está hecha su apología en los demás conceptos referentes á pureza y analogía de lenguaje, que sólo podrá apreciar en su justo valor quien estudie y lea, pues obras de tal índole sólo aplicándose á estudiarlas es posible comprender su importancia.

\*  
\* \*

**Anuario de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales.**  
—1885.

Es una verdadera historia de la Real Academia en 1884 y situación de la misma á principios de 1885, tan próspera y feliz como será en adelante según los temas de los premios para los concursos abiertos hasta fin del año actual y todo el curso del venidero, añadiendo á esta seguridad de brillante porvenir la que ofrece el sabio personal de señores

académicos numerarios en las diferentes secciones, así como los corresponsales nacionales y extranjeros. El mejor elogio sería publicar sus autorizados nombres, si bien el *Anuario* no lo hiciera con detalles referentes á la situación de cada individuo en la docta corporación.

\*  
\* \*

**Memoria acerca del estado del Instituto de segunda enseñanza de Cuenca, durante el curso de 1883 á 1884, leída el día 1.º de octubre de 1884 por D. RAMÓN FLORES, catedrático y secretario de dicho establecimiento.**

Según demuestra este profesor, los alumnos matriculados han sido 195 con 492 inscripciones correspondientes: á la enseñanza oficial 125 y 339 respectivamente; á la privada 24 y 57, y á la doméstica 46 y 96. Cuatro alumnos trasladados á este Instituto con 14 inscripciones: 7 con 18 de éste á otros, y 192 con 448 en resumen, han quedado en fin de curso.

Estos han sido los frutos de la enseñanza durante el año, indicio seguro del estado próspero en las demás circunstancias, merced á la inteligencia de los encargados de aquel centro de saber.

D. CH.

\*  
\* \*

**Obras dramáticas de Shakespeare, versión castellana de GUILLERMO MACPHERSON, con un estudio preliminar de EDUARDO BENOT.—Un tomo en 8.º de CCXXXV-228 páginas.—Madrid, 1885.**

De las diferentes personas que han acometido en nuestro país la difícilísima tarea de verter al castellano las obras del insigne dramático inglés, ninguno, á nuestro juicio, lo consigue

con tanto éxito como el Sr. Macpherson, cónsul de Inglaterra en Madrid. Poseyendo á la perfección ambos idiomas, dedicado desde mucho tiempo hace al estudio de la literatura shakespearina, de la que posee un gran número de trabajos, ha sabido ser intérprete de las altas concepciones del famoso autor de *Hamlet*, presentándonos en la versión de *El Rey Lear* y *Sueño en noche de Verbena*, que son las contenidas en este primer tomo, una muestra notable de las especiales aptitudes que reúne, para salir airoso en su empeño.

El concienzudo *Estudio preliminar* del Sr. Benot, es digno de entusiasta elogio y revela una suma considerable de afanes, tal serie de datos, curiosos todos y pertinentes, que bastaría para acreditar á su autor si ya no lo estuviese sobradamente por sus muchas y magníficas producciones, ya filológicas, como sus gramáticas de los idiomas alemán, italiano, inglés y francés; ya de ciencias como su libro monumental sobre la *Movilización de la fuerza del mar*, publicado por la Academia de Ciencias. Maravilla el poderoso entendimiento de D. Eduardo Benot, quien no obstante su salud muy delicada, tiene ánimo para aumentar el número no escaso de sus producciones con otra tan llena de interés y nutrida de profundas consideraciones como el *Estudio preliminar* sobre la vida y obras de Shakespeare.

Pertenece este tomo á la biblioteca clásica de D. Luis Navarro, y en ella ocupa el número ochenta. Justo es, pues, que aplaudamos también al editor que con tanto acierto elige las obras de su biblioteca.

A.